

Carlos A. Page (Ed.)



La vida del novicio jesuita  
José Clemente Baigorri  
escrita por el P. Gaspar Juárez

Báez  
qwertyuiopasdfgh  
jklñzxcvbnmqwerty  
uioqppwertgfidh  
ediciones

Page, Carlos Alberto (Ed.)

La vida del novicio jesuita José Clemente Baigorri escrita por el P. Gaspar Juárez. 1ª ed. Córdoba: Báez Ediciones, 2012.

151 p., 23 x16

ISBN: 978-987-1498-34-5

1. Historia de América del Sur. I. Título  
CDD 980

Título de la obra: *La vida del novicio... escrita por el P. Gaspar Juárez*

Autor: Carlos A. Page (Estudio y comentarios)

© 2012, Carlos A. Page

ISBN: 978-987-1498-34-5

1º edición, Córdoba, Julio de 2012

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina – Impreso en Argentina – Made in Argentina

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Introducción

Hace unos años tuve la oportunidad de visitar los archivos españoles de los jesuitas gracias a una plaza que me otorgó la Fundación Carolina. Y como todo historiador, pude sentir las singulares emociones de redescubrir un desconocido mundo del pasado, donde podía palpar manuscritos escritos por los antiguos jesuitas que desarrollaron actividades pastorales en gran parte de la región sudamericana. Digo redescubrir porque a su vez sentí que humildemente seguía los pasos de los PP. Hernández y Furlong e igual emoción me causaba ver sus aclaraciones marginales en esos antiguos folios como los mismos originales que tenía en mis manos. Uno de esos archivos, el de la antigua provincia jesuítica de Castilla, se ubica en el Santuario de Loyola.

El sitio es un complejo que encierra la casa-torre donde nació San Ignacio en 1491. En torno a ella se encuentra la Iglesia Basílica circular, flanqueada por dos grandes alas que suman 150 metros de longitud. El proyecto lo realizó el arquitecto italiano Carlo Fontana (1634-1714), discípulo de Bernini, por encargo del P. General de la Compañía, Juan Pablo Oliva (1664-1681), quien tanto estimuló los emprendimientos arquitectónicos. Pero fue recién su sucesor el P. Carlos de Noyelle (1682-1686), quien ejecutó la grandiosa obra. El conjunto posee una importante biblioteca con 150.000 volúmenes donde por ejemplo se halla un curioso ejemplar del libro de Bernardo Ibáñez de Echavarrri *“Regno Jesuítico del Paraguay dimostrato co’ documenti piu classuci de’ medesimi Padri Della Compagnia, I quali confessano e mostrano ad evidenza la Regia Sovranira del R.P. Generale con independenza e con odio verso La Spagna. Anno 1760. In Lisboa nella Stamperia Reale. 1770”*. El manuscrito de este polémico jesuita vasco que estuvo en el Paraguay y renunció al Instituto regresando a España, lo encontramos en la biblioteca San Estanislao, de la residencia y colegio jesuítico de Salamanca, con su apéndice inédito.

Pero el archivo histórico de Loyola no es menos imponente, atesorando documentación relativa sobre todo a la casa y linaje de Oñaz y Loyola, y a la Compañía de Jesús en España. Contiene también y por ejemplo, los 63 volúmenes del diario manuscrito del P. Manuel Luengo sobre la expulsión de los jesuitas de los dominios de España, aunque no faltan en él significativos documentos relativos a la historia civil

española de los Siglos XV, XVI y XVII. Pero a su vez cuenta con una sección relativa a documentos de África, América, Asia y Oceanía. Dentro de nuestro continente, conserva varios documentos sobre Argentina, Paraguay, Bolivia, Brasil y Chile, es decir el territorio de la antigua provincia jesuítica del Paraguay. En ellos encontramos importantes documentos como un menologio del Paraguay, relatos del humanista Domingo Muriel sobre los efectos de la expulsión, el original del P. Cardiel sobre la relación de las misiones, del P. Juan de Escandón un texto sobre el Tratado de Límites y de Juan Pedro Andreu el manuscrito de la vida del P. Ugalde. Se suman cartas de José Guevara y algunos anónimos como el que hace referencia cronológica de las fundaciones jesuíticas y algunos mapas de la provincia del Paraguay. Entre todos ellos sobresalen varios textos de Francisco Javier Miranda, como el de la expulsión de los novicios de Córdoba y también hallamos un manuscrito del P. Gaspar Juárez sobre la vida del novicio José Clemente Baigorri que ahora damos a conocer en forma íntegra.

Junto a la casa de San Ignacio trabajé una temporada, rodeado de una arquitectura y un paisaje cargado de profundos símbolos, inmerso en el más reconfortable placer, que compartía dentro de la biblioteca con los libros y documentos.

Pues allí me encontraba con el texto de un santiaguense ilustre, a mi humilde entender sobre los valores de las personas. Biografiaba la vida de un joven cordobés no menos glorioso y ejemplar para mi propio consuelo humano. Dos personajes que no eran gente de armas, ni de hazañas de guerra, ni políticos, ni jerarcas de la Iglesia. Pues no es casual entonces que de ellos tampoco hoy se levanten monumentos, placas recordatorias, ni tumbas donde visitar, pues como hemos escrito en otra ocasión, no fueron hombres que necesitaran de esas frivolidades, aunque construyeron un pasado digno de ser recordado y emblema cultural que llevamos en parte de esa memoria etérea que conforma nuestra identidad como personas.

Simplemente eran dos hombres que habían tenido la Gracia de haber transitado parte de sus vidas como miembros de la acreditada Provincia Jesuítica del Paraguay y luego sufrieron el destierro. Corrieron por mis manos innumerables manuscritos, muchos de jesuitas exiliados, que de alguna u otra forma no cesaban de manifestarse literariamente por el recuerdo grato de aquella vida pasada, que sus

detractores llamaron utopía, cuando fue una de las experiencias más reales y ejemplificadoras de la historia de la humanidad, como ya he manifestado. Pero creo que este relato es el más conmovedor y el fiel reflejo de la vida de un joven leal a sus convicciones y que debió soportar la intolerancia de un tiempo que no debe ser olvidado porque una y otra vez se repite.

### **¿Qué más podemos decir de Gaspar Juárez?**

Poco podemos agregar a la vida de este santiagueño, exhaustivamente estudiado por el P. Furlong (1954) cuyo relato no ha sido superado. El P. Juárez fue uno de los cuatro santiagueños que sufrieron la expulsión. Lo acompañaron en aquellos trágicos días tres jóvenes con disímil destino. Uno fue el matemático y astrónomo Alonso de Frías (1747-1824) y los otros, los novicios Domingo de Paz (1747-1773) y Francisco Urrejola (1750-1779). Los casi veinteañeros jóvenes, fueron parte de los exiliados que salieron de Córdoba rumbo a Italia. El primero sobrevivió a los otros y brilló en sus estudios, terminando los mismos en la universidad de la provincia de San José (antes del Paraguay) reubicada en Faenza, donde obtuvo su sacerdocio. Luego se dirigió a Milán a estudiar matemáticas y astronomía con el por entonces célebre Rogelio J. Bošković<sup>1</sup>. Viajó a España en 1799, con el objeto de regresar a su tierra, pero no se le permitió embarcar. No obstante tuvo el regocijo de encontrarse en Roma cuando en 1814 se reinstauró la Compañía de Jesús y volvió a sus filas, pero nunca pudo regresar a su patria falleciendo en la Ciudad Eterna (Storni 1967: 51). Los otros dos eran compañeros del H. Baigorri y sufrieron los mismos padecimientos, el primero falleciendo en Ravena a los tan sólo veintiséis años de edad y el segundo en Faenza a los veintinueve. Además sabemos que Urrejola dio sus votos correspondientes al término de los dos años de noviciado, el 27 de agosto de 1768, con aprobación del viceprovincial de México P. Agustín Antonio Márquez,

---

<sup>1</sup> Bošković (1711-1787) fue un jesuita croata profesor de ciencias y matemáticas en varias ciudades italianas con marcadas influencias de Leibniz y Newton. Fue un reconocido miembro de la Royal Society y además de ser asesor científico del Papa Benedicto XIV, para 1783 se encontraba como director del Servicio de Óptica de Paris. Un personaje multifacético, ya que fue matemático, físico, astrónomo, ingeniero civil, arqueólogo y poeta.

siendo testigos los novicios Hipólito de Urbina, Juan Petit, Lorenzo Vilaseca y el mismo José Clemente Baigorri. En la ocasión expresa que fue de esa manera “*por la violenta separación en que nos hallamos, no fue posible hacerlos delante de algún superior o sacerdote de la Compañía de Jesús los hice delante de mis compañeros*”<sup>2</sup>.

El P. Juárez brinda variadas noticias del primer comprovinciano mencionado, a través de las hoy extraviadas cartas que le escribió a los hermanos Funes y que llegó a publicar el P. Pedro Grenón en 1920. Fue amigo personal de Ambrosio, maestro de su hermano Gregorio, que alcanzaría a ser deán de Córdoba y de Domingo. Pero fue ante todo maestro espiritual y confesor de la madre de ellos, doña Josefa Bustos. Su vínculo de amistad con los Funes lo continuará cultivando en el exilio hasta sus días finales.

El santiagueño fue docente por excelencia, enseñó humanidades, filosofía y teología moral. Cuando sobrevino la expulsión tenía a su cargo la cátedra de cánones. Fue cuando dejó un singular texto que describe la angustia de aquellos días (Page 2001). Siguió el largo epistolado con los Funes, ya mencionado, y luego vendrán sus primeras publicaciones. Efectivamente, llegados los jesuitas a Faenza no sólo reinstalaron sus estudios sino que mantuvieron la estructura de la provincia con sus autoridades. El P. Juárez continuó impartiendo lecciones de teología mientras escribió varias obras científicas y literarias. Entre estas se asoció con el P. Iturri para redactar una gran *Historia Natural, Civil y Eclesiástica del Río de la Plata*, correspondiéndole al santiagueño la primera parte. Aunque la obra permanece extraviada. Entre otros trabajos también desaparecidos cabe mencionar sus *Disertaciones sobre el derecho natural y de gentes*, que le costó más de veinte años de trabajo.

Pero quizás su mayor extravagancia por mostrar el amor a su suelo, fue crear un jardín de plantas americanas. Lo hizo primero en un terreno ubicado al pie del monte Gianicolo del barrio de Trastevere, a instancias del historiador Gilli y el sacerdote Majoli. Pero luego fue trasladado a un espacio cedido en los jardines del Vaticano y se lo

---

<sup>2</sup> Archivo de la Compañía de Jesús de la Provincia de Cataluña (ARXIU) ACMI 03 (doc 10).

llamó “Orto Vaticano Indico”. Esta experiencia le permitió describir en dos pequeños tomos las propiedades de las mismas<sup>3</sup>.

También incursionó en el género biográfico, tan antiguo como el hacer historia. Y con una metodología que para la época de Juárez aún seguía en vigencia y que respondía a la usada por los griegos para narrar la vida de personas ilustres. El *encomium*, que es el elogio fúnebre, estaba dividido en una primera parte con los datos biográficos desarrollados en forma cronológica y una segunda parte donde se enaltecían las virtudes del personaje (Page 2011a: 13). Pero obviamente Juárez descarta cualquier suceso ficcional, basándose su texto en documentación de gente que conoció al personaje. Incluso le brinda un texto el sentido hagiográfico, aunque no resultara un personaje canonizado, priorizando el relato ejemplar para hacerlo virtuoso al resto de la humanidad. Si bien no usa la cita bibliográfica, ya empleada por el benedictino San Beda el Venerable (c.672-735), incorpora en la biografía de Baigorri y como apéndice, una serie de cartas e informes de amigos, una instrucción escrita por el personaje y hasta una carta de novicios de Sevilla.

Pues el P. Juárez sin ser especialista en este género, lo cultivó, como lo hicieron muchos jesuitas expulsos. Habiéndose destacado en su labor literaria científica, escribió también una “*Vida iconológica del apóstol de Indias San Francisco Javier*”, impresa en Roma por Miguel Puccineli en 1798. Es una biografía ilustrada con 24 láminas que corresponden a cada uno de sus capítulos que hacen referencia a un episodio de la vida del santo<sup>4</sup>. Estas láminas son las mismas que publicó cinco años antes en Roma, el italiano Giuseppe Mase que ilustraban el “*Compendio della vita di San Francesco Saverio*”. Sólo que los textos fueron enriquecidos en castellano por el P. Juárez. Recordemos que de la biografía Javeriana se escribieron desde la primera del P. Manuel Teixeira de 1579, unos doscientos libros hasta la actualidad y en once idiomas. El libro del P. Juárez incluso fue

---

<sup>3</sup> *Osservazioni fi tologiche sopra alcune piante esotiche introdotte in Roma fatte nell'Anno 1788. Da gli abati Filippo Luigi Gilii e Gaspare Xuarez.* Roma, 1789. Texto traducido y publicado por Furlong 1954: 81-131.

<sup>4</sup> Un ejemplar en la Biblioteca Nacional Argentina. *Ubicación física:* S2AH251724 - *Número Inventario:* 00513314.

reeditado en Pamplona en 2004, edición de María Gabriela Torres Olleta e impreso por la Fundación Diario de Navarra.

Por otra parte el mismo P. Juárez le cuenta a Ambrosio Funes que unos manuscritos suyos fueron colocados en un catálogo de libros escritos después del destierro, entre ellos “unas diez Vidas de Varones Ilustres de la Provincia del Paraguay”. No menciona todos, sólo a Francisco Ruiz [de Regis] (1745-1822), José Clemente Baigorri y el porteño José Ignacio Jaunzaras (1743-1770), agregando que aparecerían en un tomo donde también se darían noticias sobre las misiones, trabajos apostólicos y la expulsión. El texto lo tenía escrito desde antes de la abolición (1773) pues expresa que se había leído en los refectorios de algunas casas con el título de “Cartas edificantes de la Provincia del Paraguay desde el año 1767”. Finalmente señala que las biografías estaban escritas en castellano y “las más o todas las ha traducido después en latín D. Joseph Peramas” (Grenón 1920 (1): 181-182). Efectivamente, el catalán primero publicó *De vita et moribus sex sacerdotum...*, en 1791<sup>5</sup> y luego *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum*, en 1793<sup>6</sup>. En este último incluyó la biografía de Baigorri, que se tradujo primero al italiano en el año 1859<sup>7</sup> y al español en Barcelona en 1895<sup>8</sup>. Poco después el jesuita Vicente Agustí (1849-1915) la publicó en un folleto de 16 páginas, también en Barcelona, agregándole un adecuado subtítulo. Recordemos que este sacerdote

---

<sup>5</sup> Contamos con una reedición impresa en 1946.

<sup>6</sup> Esta segunda serie de biografías, Peramás no llegó a verlas impresas debido a su muerte en Faenza en ese mismo año. Esta vez incluía no sólo trece personajes sino una primera parte, titulada *De administratione guaranítica comparate ad rempublicam Platones commentarii* de 162 páginas. En este texto compara la organización efectiva de las reducciones del Paraguay con la doctrina utópica de la República de Platón. Fue reeditada con traducción al español de Juan Cortés del Pino por Emecé Editores en 1946 y por Francisco Fernández Pertiñez y Bartolomé Meliá en 2004 a través del Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch” de Asunción del Paraguay.

<sup>7</sup> El P. Giuseppe Boero (1814-1884) al revisar los cuatro tomos del menologio de Patrignani publicado en 1730 y ampliar en dos tomos, publicando todo en 1859, incorporó tres biografías de Peramás, la del P. Juan de Escandón en el tomo uno (pp. 145-153), la del P. Juan Pedro Andreu en el tomo dos (pp. 436-447) y la de Clemente Baigorri en el tomo uno (pp. 438-444).

<sup>8</sup> *Revista Popular*. Semanario Ilustrado. Año 39. Barcelona: Librería y Tipografía Católica, 1895, pp. 86-88.

valenciano después de concluir sus estudios en Francia, fue profesor de retórica y escribió varios libros, ocupándose de redactar la *Monumenta Historica Societatis Jesu*, que se editó en 1900. Pero tuvo predilección por las biografías, publicando varias, entre las que se destacan la de San Estanislao de Kostka que lo hace después que la traducción de la vida de Baigorri, que le debe haber impactado de alguna manera. Finalmente la biografía de Peramás fue nuevamente traducida en 1999 por Italo M. Viotto.

Pero por llamarlo original y hacer una breve digresión, el P. Juárez escribió la vida de dos mujeres. María Josefa Bustos, publicada en Roma en 1797 y reeditada por Luis Roberto Altamira (1949), y la de su coterránea santiagueña María Antonia de la Paz y Figueroa<sup>9</sup>, conocida como Mamá Antula o la beata de los Ejercicios. Era su hija espiritual, quien cada tanto le enviaba desde Buenos Aires algunos auxilios para sobrellevar aquel injusto destierro. Sobre esta obra sabemos que en 1800 el P. Juárez le solicitó a Funes, y posiblemente a otros amigos, que le enviaran documentación sobre Antonia, que había fallecido el año anterior, con el fin de dar a luz una breve relación de su vida. Por sus cartas desentrañamos que recibió algunos de esos informes pero que seguía esperando más material. Igualmente veía difícil poder publicar el texto, pues escribe: “Es verdad, que en las presentes circunstancias de persecuciones, miserias, y carestía de todo, aun el papel para hacer imprimir, será difícil la impresión; pero a lo menos quedará manuscrita para la posteridad o tiempos menos infelices”. Tres años después de la muerte de Antonia había recibido parte de la información solicitada, pero reclamaba a Funes que se explayara más, aunque después no volvió a tocar el tema (Grenón 1920 (2): 234-266). No se ha encontrado este manuscrito, por lo que se ha perdido o en realidad el P. Juárez nunca completó su escrito porque también la llegada de correspondencia era parte de las mismas circunstancias desfavorables por las que atravesaba Europa. Esta vocación fue correspondida por el Papa Pío VII (1800-1823), quien además de reestablecer la Compañía de Jesús, lo designó director de la sección de la curia romana encargada de las causas de beatificación.

---

<sup>9</sup> Una amplia bibliografía sobre la Venerable María Antonia de la Paz Figueroa en Gorostiaga Saldías (2008), Sáenz Quesada de Sáenz (1957), Blanco (1942) y Ezcurra (1980).

Entre una y otra biografía, escribió la vida del novicio José Clemente Baigorri, que incluso una copia manuscrita llegó a manos de la Madre María Antonia de San José, porque el mismo Juárez se la envió y deseaba que llegara también a manos de sus padres y de los Funes (Grenón 1920 (1):18). El P. Furlong agrega que Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) escribía en 1793 que esta biografía de Juárez “se tradujo al italiano y en latín. La latina se ha impreso en Alemania”. Pero duda de lo dicho por el erudito Hervás, pues ningún bibliógrafo efectivamente ha registrado ese libro (Furlong 1954: 62). Seguramente Hervás se confundía con la biografía que escribió en ese año el P. Peramás.

Como lo había hecho con las otras biografías y lo expresa en el prólogo de la obra, Juárez pidió informes de Baigorri a los jesuitas que tuvieran datos de su niñez, de sus padres, de quienes habían sido compañeros del Convictorio y del Noviciado. Incluso contó con una relación, un diario y cartas escritas por el propio novicio y otros informantes, cuyos manuscritos posiblemente no nos hayan llegado a la actualidad pues desconocemos su paradero. Intercalando estos datos, el P. Juárez nos brinda facetas de la vida cotidiana del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat y del Noviciado jesuítico de Córdoba. Pero por sobre todo se extiende en la tragedia de la expulsión para los jóvenes novicios, marcada con el sentimiento del pesar y dolor que significó el exilio para aquellos hombres.

### **El personaje, su infancia y su juventud en tierra de santos**

La historia de José Clemente Baigorri tiene singulares particularidades. El mencionado P. Manuel Luengo, se refirió a él expresando: “*este joven Novicio es una cosa tan singular y tan extraordinaria que parece tiene la Compañía en él otro San Luis Gonzaga o San Estanislao de Kostka o una cosa semejante muy de cerca a estos santísimos jóvenes*”<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Archivo Histórico de Loyola (AHL), Manuel Luengo SI, *Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha provincia de Castilla*. 6 de febrero de 1771.

Su muerte conmocionó a Italia y a los numerosos jesuitas expulsos que allí se encontraban porque apenas contaba con 23 años de edad y una historia de fidelidad inquebrantable a la Compañía de Jesús. Pues desde que los soldados irrumpieron en el colegio de Córdoba para llevarse a los jesuitas y arrasar con sus bienes, había padecido un particular sufrimiento.

Como dijimos, no dudó el P. Peramás en escribir una biografía de su persona e insertarla entre las vidas de otros trece jesuitas contemporáneos de la provincia paraguaya. El mismo P. Juárez da cuenta que ese texto fue una síntesis del suyo, que prefirió mantenerlo inédito para encargarse él mismo de publicar la obra del gran latinista catalán. Sin embargo el P. Peramás no redactó tan sólo un resumen sino que, si bien el texto es mucho más reducido, aporta información que no consigna el P. Juárez. Por ejemplo menciona a Catalina, la hija que quedó con la abuela asesinada y fue llevada por los indios en un ataque a la estancia de su padre. O también da el nombre de Benedicto Rivas, su maestro en el Convictorio de Monserrat, aunque no registramos esa persona.

El P. Juárez tampoco escribió que el novicio José Clemente nació en Soconcho donde su padre tenía la mencionada estancia<sup>11</sup>, pero sí da cuenta de sus progenitores, su padre el maestre de campo Juan Clemente de Baigorri y Tejeda (1696/8-1770) y su madre María Francisca de Ávila y Ferreira (c.1721-1795) quienes tuvieron ocho hijos<sup>12</sup>. Pero con anterioridad sabemos que el padre se casó en primeras nupcias con María Andrea de la Fuente en 1726, habiendo tenido un

---

<sup>11</sup> La estancia de la Falda de Soconcho fue parte de una antigua y amplia merced del Valle de Calamuchita que se repartió entre varios de los colonizadores recién llegados a la región. Para el Siglo XVIII parte de ella la heredó don Juan Clemente Baigorri de los derechos del alcalde Melchor Ramírez Camacho, casado con Francisca de Cáceres, aunque no estaba bien deslindada. La posesión fue igualmente otorgada a un hermano de Clemente llamado Gabriel. Mientras que a aquel le sucedieron en la propiedad sus hijos Fernando y el sargento mayor Roque Baigorri, hermanos del novicio Baigorri.

<sup>12</sup> Eran Roque que contrajo matrimonio con Jacinta Álvarez; Gabriela que falleció soltera; Fernando casado con Fermina Sánchez en 1762; Domingo, fallecido antes de 1792; la cautiva Catalina casada con Bernardo Encinas; Tomás Antonio que se casó con Isidora Carranza, el doctor en teología y cura rector de la Catedral José Domingo y María Josefa que se casó con Joseph Luis Cabral (Coghian 1972: 113).

hijo dos años después, cuando ella falleció en el parto. El débil bebé llamado Francisco Antonio murió al año siguiente.

A la hora de redactar su testamento, teniendo como albaceas a su hijo mayor Roque, su esposa Francisca y a su primo don Dalmacio Vélez, solicitó que su cuerpo fuera sepultado en la iglesia de los franciscanos o en la de San Roque, con mortaja del hábito franciscano y con misa de cuerpo presente. La casa de la calle San Roque en Córdoba, donde vivía, la había heredado de su primera esposa y allí tenía cuatro esclavos entre cuatro y diecinueve años. En la estancia de la Falda de Soconcho poseía 1.000 cabezas de ganado vacuno, casi 100 yeguas y 100 caballos, 500 ovejas y 40 mulas pequeñas. El testamento lo firma el 11 de agosto de 1770<sup>13</sup> y al poco tiempo falleció. Pero sin enterarse que su hijo jesuita ya había muerto el 23 de enero de ese mismo año. Ni siquiera su madre supo más de él, pues en su testamento de 1792 expresaba que lo daba por muerto (Coghian 1972: 113).

Resulta interesante dar una breve referencia de este apellido de origen Navarro que da origen a la familia del joven novicio. La ascendencia se remonta al antiguo Señorío de Baigorri de la comunidad foral de Navarra, que se extendió por sus merindades, creadas tras la conquista de 1200, incluso al País Vasco francés de la Baja Navarra separado por decisión de Carlos V entre 1529 y 1530, donde aún existe un poblado llamado Baigorri. Mientras que en la merindad de Estella se conservan las ruinas de otro pueblo con el mismo nombre.

Dos fueron las ramas que pasaron al Río de la Plata en distintas épocas. Una era la que se afincó en Valtierra, merindad de Tudela y otra en Lesaca, merindad de Pamplona. Así fue que de la primera llegó a Buenos Aires el Caballero de Santiago don Pedro de Baigorri y Ruiz, nacido en Corella (merindad de Tudela) trasladado con el cargo de gobernador de Buenos Aires en 1563, ocupándolo hasta 1660 y falleciendo soltero una década después, sin poder regresar a su tierra como lo pretendía.

La segunda rama a la que nos referimos pasó a Córdoba del Tucumán en la persona de Juan Martínez de Baigorri y Elso, nacido en Lesaca (merindad de Pamplona) en el primer tercio del Siglo XVII. Fue

---

<sup>13</sup> Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba (AHPCba) Esc 1-A.1779, leg. 397-Exp3. *Copia testamento de Clemente Baigorri, 1779, escribano Arrascaeta.*

vecino feudatario de Córdoba, Capitán y escribano de Su Majestad. Al llegar a las Indias residió un tiempo en Lima, asentándose en Córdoba en 1660, aunque también vivió en La Rioja, donde se casó tres años después con María Brizuela y Doria. El matrimonio tuvo diez hijos, el primogénito fue el abuelo del novicio, el riojano Juan Clemente de Baigorri y Brizuela (1655-1723). Notable personaje de su tiempo que fue maestro de campo, Señor de San Sebastián de Sañogasta (La Rioja) desde 1707 y encomendero de Nogolma (Córdoba), quien además era dueño de una estancia en Calamuchita que una parte vendió a los jesuitas a instancias del P. Antonio Machoni<sup>14</sup> y otra quedó para su hijo. Fue además sobrino del mencionado gobernador de Buenos Aires don Pedro de Baigorri y Ruiz, obteniendo los grados de general y luego sargento mayor del Tercio de Fronteras en 1697. También ocupó los cargos de teniente de gobernador de La Rioja, alcalde ordinario y de la Santa Hermandad en Córdoba (Coghian 1972: 99). Su esposa, es decir la abuela del novicio José Clemente, era Gabriela Garay Tejada y Cárdenas con quien se casó en 1684 y cuyos apellidos hablan por sí solos de su linaje. La madre del novicio, doña María Francisca tuvo por padres a Tomás Ávila y Rosa Ferreyra, esta última es la que muere en el ataque de los indios mencionado.

Veamos este último hecho que preanuncia la vida de Clemente desde el relato de su niñez, pues contaba con apenas 10 meses de edad cuando la estancia de sus padres fue atacada por los abipones en el verano de 1747, al mismo tiempo en que moría asesinado en Río Segundo el jesuita Santiago Herrero, quizás por los mismos indios comandados por el cacique Kebachichi (Page 2011: 61). El P. Juárez da a entender un suceso milagroso pues sugiere que la madre y el bebe huyeron en el ataque, pero quedaron paralizados en un sitio donde los indios corrían por su alrededor, pareciendo que no los veían y por tanto salvaron sus vidas. No así su abuela Rosa que fue asesinada y su hermana Catalina llevada como cautiva y encontrada tiempo después por su padre en Santa Fe, quien luego la casó con don Bernardo Encinas<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Es la estancia de San Ignacio de Calamuchita que fue comprada con los fondos que donó el vasco Pedro de Echazarraga (1685-1762) cuando ingresó al Instituto en 1728 (Page 1998: 18).

<sup>15</sup> AHPCba Esc 1-A.1779, leg. 397-Exp3.

Pero he aquí que por esas cosas no tan casuales, cabe mencionar un hecho muy particular referido a las tierras de Soconcho, y que citan varios autores, que ubican a San Francisco Solano en este sitio un siglo y medio antes. Efectivamente, “En Soconcho, al sur de Córdoba, recorriendo los Padres franciscanos de Tierra Santa aquel paraje en 1880, pudieron cerciorarse de que los vecinos antiguos del lugar conservaban vivas reminiscencias de haber sido santificado aquel territorio por San Francisco Solano; y en lo interior de un bosque de arboleda secular, les hicieron conocer los moradores los cimientos casi ocultos de una capilla, construida por el Santo, ó en la que al menos catequizó á los indios del lugar durante sus misiones”. Continúa Izaguirre (1908: 200-201) expresando que “Los Padres levantaron allí una nueva capilla en conmemoración del suceso, empleando en los nuevos cimientos las piedras que restaban de la antigua”<sup>16</sup>. El santo entró en la ciudad de Córdoba en la primavera de 1596, donde permaneció por poco tiempo, partiendo a la Sierra de los Comechingones hasta fin de ese año, teniendo como base de sus operaciones misionales el sitio de Soconcho, tierras donde vio la luz el joven novicio jesuita.

José Clemente desde pequeño estudió primeras letras con los jesuitas y después gramática latina con lo que concluyó sus estudios humanísticos. Ingresó a la Universidad residiendo en el Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat. Completó los tres años de filosofía y luego entró a cursar teología que se lo hacia en dos años, asistiendo a las materias de escolástica, moral, cánones y sagrada escritura. En su último año fue nombrado bedel del Convictorio y fue cuando decidió ingresar a la Compañía de Jesús el día de la Virgen de 1766. Lo hizo al Noviciado, pero al menos en Córdoba no pudo completarlo, pues lo sorprende la expulsión. A partir de entonces se inició en la vida del joven una verdadera odisea.

---

<sup>16</sup> En nuestra visita al sitio encontramos efectivamente el templo, de no pequeñas dimensiones, sólo que se levantó un alto basamento con piedras y sobre ellas los muros de ladrillo que quedaron a media altura. El mismo se encuentra adosado a una de las propiedades inmuebles de la familia Astrada, poseedoras de las tierras desde mediados del Siglo XIX.

## La expulsión y los novicios

El tema de la expulsión de los novicios del Paraguay lo tratamos en particular en otra oportunidad (Page 2010: 69-85), trabajo del que nos valdremos en varios de los pasajes siguientes.

El Noviciado de la provincia se encontraba en Córdoba, habiendo sido creado por el P. Diego de Torres en 1608. Siempre permaneció junto al Colegio, excepto en el periodo de 1700-1713 cuando se les donó una casa al efecto (Page 1999: 38-41).

Para el tiempo de la expulsión se encontraban en el Noviciado once jóvenes, entre 17 y 22 años los estudiantes, y entre 20 y 39 los coadjutores. Cabe señalar que los novicios estudiantes eran cuatro criollos, nacidos uno en Córdoba, dos en Santiago del Estero y uno en Asunción. Mientras que los siete coadjutores eran todos españoles, excepto un correntino<sup>17</sup>. Consignemos también que dos estudiantes: Gregorio Funes y Gabriel Álvarez solicitaron en plena ejecución del Decreto de Expulsión que se les permitiera ingresar como novicios, pero los pedidos fueron rechazados. Era por entonces Maestro de Novicios el P. Juan de Escandón y ayudantes el P. Juan de Arizaga<sup>18</sup> y el H. Antonio Scola<sup>19</sup>.

La figura del P. Escandón es sumamente relevante en la historia jesuítica del Río de la Plata. Se ocuparon de rastrear sus datos

---

<sup>17</sup> Eran ellos Domingo de Paz (Santiago del Estero, 1747-Ravena, 1773), Bernardo Azcona (Asunción, 1745-Roma, 1815), Francisco Urrejola (Santiago del Estero, 1750- Faenza, 1779), Clemente Baigorri (Córdoba, 1746-Faenza, 1779), Juan Domínguez (Huelva, 1728-Última noticia Faenza, 1785), Pedro Céspedes (Cuenca, 1734-Faenza, 1787), Manuel Lara (Sevilla, 1745- Faenza, 1827), Juan José Ríos (Corrientes, 1742-Faenza, 1779), Joaquín Iribarren (Guipúzcoa, 1744-Faenza, 1777), José Elguezabal (Vizcaya, 1747-Venecia, 1797), Hipólito Ortiz de Urbina (Vitoria (Esp.), 1744-Faenza, 1815).

<sup>18</sup> El vizcaíno P. Arizaga nació en Durango el 23 de setiembre de 1712. Ingresó a la provincia del Paraguay en 1737, profesando el sacerdocio tres años después. Fue destinado a Salta donde hizo sus últimos votos en 1749, muriendo en Faenza el 12 de octubre de 1779 (Storni 1980: 22).

<sup>19</sup> El H. Scola nació en la norteña ciudad costera de Loano, de la provincia de Savona, Italia, el 18 de agosto de 1735, ingresando a la Compañía de Jesús en 1760. Hizo sus últimos votos en el exilio en la ciudad de Fiastra en 1771, alcanzando el sacerdocio algunos años después. Falleció en Tivoli cerca de Roma en 1785 (Storni 1980: 267).

biográficos, su contemporáneo el P. José Manuel Peramás (1946: 193-234) y el incansable P. Guillermo Furlong (1965). Fue designado Maestro de Novicios apenas regresó de Europa, donde se desempeñó como procurador. Por entonces contaba con 69 años y era lógico que deseara retirarse, pero jamás imaginaría que volvería al Puerto de Santa María donde había enfermado y mucho menos que lo hiciera en las condiciones que se le impusieron. Cruzó el Río de la Plata y luego desde Buenos Aires partió a Córdoba a reunirse con los jóvenes. Pero sólo ejerció su nuevo puesto de trabajo por dos años ante la inminente expulsión.

El trágico acontecimiento se llevó a cabo en Córdoba en la madrugada del 12 de junio de 1767, estando a cargo del sargento mayor Fernando Fabro, nombrado por el gobernador de Buenos Aires don Francisco de Paula Bucareli y Ursúa. Llegó a Córdoba con ochenta soldados y con el cargo de teniente de gobernador interino. Lo hizo con la orden de enviar a los jesuitas a Buenos Aires e inventariar todos sus bienes. Pero se instaló en el colegio con sus soldados y permaneció allí por cuatro años cometiendo todo tipo de desmanes. No obstante haber sido promovido al grado de teniente coronel, fue acusado ante la Real Audiencia de la Plata por Juan Antonio de Bárcena, al tiempo que la Junta Superior de Buenos Aires le ordenó que abandone el Colegio y se traslade a una casa en Córdoba hasta que aclare su situación. Posteriormente el mismo virrey Vértiz expidió orden de prisión, aunque Fabro obtuvo una licencia para regresar a España y las sendas acusaciones que recibió del gobernador intendente Sobremonte se consideraron imposibles de resolver (Page 1999: 75).

Este personaje encerró con violencia a todos los jesuitas, incluyendo los novicios, en el refectorio donde les leyó el decreto, manteniéndolos prisioneros por diez días. Los novicios se recluyeron en un rincón y al pasar el escribano Pedro Antonio de Sosa para tomarles declaración, expresó: *“Oh! Estos son los novicios? Dichosos ellos que en lance tan apretado pueden huir fácilmente con el regio beneplácito todo el golpe de trabajos y miserias que en los presentes tiempos amenazan a la Compañía”*<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Francisco J. Miranda: Relación de lo acaecido a los novicios de la provincia que fue del Paraguay, hoy de San José, (AHL, C 19, N 03). El P. Miranda nació en Ledesma,

El P. Peramás también se detuvo en la respuesta del joven Domingo de Paz cuando el escribano le dijo que siendo novicio podía quedarse. Y este le respondió: “VM escriba mi nombre y déjese de lo demás, que no se le preguntó á los demás novicios” (Furlong 1952: 95).

Las instrucciones emanadas con respecto a los novicios fueron precisas en cuanto que debían separar y presionar a los que aún no habían hecho sus votos religiosos y conducirlos a alguna casa particular donde podían definirse por dejar de pertenecer a la Compañía y quedar en libertad, o bien seguir el camino de los sacerdotes y coadjutores aunque sin ningún tipo de manutención, excepto alimentación hasta que se decidieran<sup>21</sup>.

Al comunicárseles sus derechos por primera vez en el refectorio, ninguno de estos once novicios quiso abandonar a los jesuitas, pero al día siguiente, es decir en la noche del día 13 de julio fueron enviados al convento de San Francisco, donde era guardián fray Blas de Agüero. La separación de los novicios la recuerda el P. Juárez con profundo dolor: “*Con grande sentimiento nos apartaron de nosotros a los novicios y llevaron a San Francisco, donde los tuvieron también encerrados con bastante incomodidad suya y con la pena de verse combatidos de varias personas para que dejasen su vocación religiosa*” (Page 2001:233).

---

Salamanca en 1730 y falleció en Bolonia en 1811. Ingresó a la provincia del Paraguay en 1746, encontrándose para la expulsión en Tucumán. Fue profesor de Derecho Canónico, prosecretario del Provincial Barreda, y capellán de los guaraníes que fueron a tomar Colonia de Sacramento en 1762. Dentro de su intensa labor escrita en el exilio de Italia cabe mencionar “*El fiscal fiscalizado*”, defensa jurídica e histórica de la Compañía de Jesús contra la Consulta de Campomanes y “*Vida del P. Muriel*” último provincial del Paraguay (Furlong 1963: 38). En el mismo Archivo y en idéntica carpeta se encuentra presidiendo el documento del P. Miranda una copia manuscrita del P. Pablo Hernández que publicó en 1906: “Los novicios de Córdoba del Tucumán y otros novicios Americanos – Relato de sus pruebas y constancia en seguir la Compañía de Jesús en la expulsión de Carlos III; y sucesos de otros novicios americanos. Ms copiado en el Archivo de Loyola por el R.P. Pablo Hernández SJ en 1902” (Hernández 1906: 199-209, 285-297 y 367-380).

<sup>21</sup> *Instrucción de lo que deberán executar los Comisionados para el Estrañamiento y ocupación de bienes y haciendas de los Jesuitas en estos Reynos de España é Islas adjacentes, en conformidad de lo resuelto por S.M., (Colección: 1767: 8-9)*

Mientras los ejecutores iban inventariando los cuantiosos bienes jesuíticos, buscando supuestos tesoros y llegaban los jesuitas de las estancias, uno por uno y por el término de ocho días en que permanecieron en el convento, los novicios fueron interpelados por algunos frailes (franciscanos y mercedarios) a fin de convencerlos que dejaran el Instituto. Entre ellos fray Francisco Javier Barzola quien recibirá especiales prerrogativas de parte de Fabro.

Pero los novicios no flaquearon en su decisión, recibiendo particulares afectos por su constancia, aunque permanecieron separados de los jesuitas. No obstante tenían noticias de los sacerdotes y éstos de ellos a través de un pretendiente llamado Nicolás que servía de comunicación entre ambos.

Al anoecer del día 21 de julio los novicios fueron devueltos al refectorio del Colegio. La población se enteró y salió a identificar a estos ejemplares jóvenes alumbrándoles el camino por el que transitaban. Como no llevaron guardias pudieron conversar con muchos que demostraron afecto y compasión. Escribe el P. Miranda: “*Iban los novicios, parte confusos, parte avergonzados, y no poco embarazados con los pequeños fardos, que habían formado de sus libritos, alguna poco ropa, y tal cual cosilla*”<sup>22</sup>.

En la noche del 22 de julio 130 religiosos, incluyendo los novicios, emprendieron un largo viaje de 26 días hacia Buenos Aires. Cuenta el P. Peramás que a los novicios y a su ministro Juan de Arizaga se les asignó cuatro carretas (Viotto 1999). El resto quedó distribuido en dos sacerdotes y un hermano en un carretón y cuatro en cada una de las carretas. Arribaron a la Ensenada, población costera con más de cien casas, donde estaban dispuestas una serie de lanchas y botes que los conducirían a las fragatas apostadas en Punta Lara (Furlong 1952:110-112).

Todos fueron llevados directamente a la “*La Venus*”<sup>23</sup> mientras esperaron por largo tiempo que llegara de España el resto de las

---

<sup>22</sup> AHL, C19 N 03.

<sup>23</sup> La fragata *la Venus*, conocida también como Santa Brígida fue construida en los astilleros de La Carraca en Cádiz y botada en 1755. Tenía un desplazamiento de 800 toneladas, con una eslora de 33 metros y una manga de 9 metros. Perteneciente a la escuadra de Cádiz, contaba con sólo entre 28 y 30 cañones, lo que la hacía veloz pero la colocaba en una situación de desventaja ante cualquier ataque de fragatas francesas o inglesas, que contaban al menos con 40

embarcaciones. A poco más de diez días de estar en la nave se sumaron los jesuitas venidos de España<sup>24</sup>. Pero también el mismo día y en esa misma embarcación vendrían órdenes expresas del gobernador de llevarse a los novicios a la ciudad de Buenos Aires. Así entraron a la capital de la gobernación el mediodía del 31 de agosto, domingo de Ramos, a la vista de todo el pueblo y escoltados por soldados que impedían que nadie hablara con ellos. Fueron llevados a la Casa de Ejercicios de Mujeres, donde quedaron al cuidado de una señora que vivía en ella. Pero al día siguiente comenzaron otra vez las presiones.

Tiempo después se sumaron a los once novicios de Córdoba otros ocho novicios que recién habían llegado de España en el navío “*San Fernando*”, arrestados antes de desembarcar. En la Casa de Ejercicios se les leyó el decreto y quedó de superior del grupo uno de los recién llegados porque ya era sacerdote.

Mucha gente pasaba por la Casa a los fines de alentarlos o convencerlos que desistieran de su propósito. Entre quienes los animaban estaban un franciscano y un dominico a quienes habían enviado para que los confesaran y dijese misa, como también un guipuzcoano de apellido Aramburu.

---

cañones. Llevaba como mascarón de proa la efigie de un león rampante, como los navíos de línea de entonces. Fue la que comandó la flota que partió con la primera tanda de jesuitas expatriados, al mando del capitán Gabriel Guerra Jerezamo. Prestó servicios hasta 1809.

<sup>24</sup> Habían sido solicitados por el provincial Pedro Juan Andreu en 1763 a los fines de incorporar misioneros a diversas reducciones. El fiscal del Consejo de Indias estuvo de acuerdo en el número solicitado y un año después el presidente de la Casa de Contratación autorizó el embarque. Se presentó una primera lista de cuarenta sujetos y luego fue modificada. Poco después una cédula real fechada el 29 de enero de 1767 sólo permitía embarcar a las Indias sacerdotes ya ordenados, a excepción de coadjutores legos. Pero ya había zarpado el primer grupo de 42 jesuitas para el Paraguay y Chile en el navío “*San Fernando*” a cargo del maestre don Benito de Viñas y Freire. Cabe consignar que en el viaje cuyo superior era el P. Francisco Javier Varas fallecieron seis jesuitas. Zarparon desde Cádiz el 11 de enero de 1767, y permanecieron por dos meses en las costas españolas ante el mal tiempo que azolaba el puerto. Luego de todo tipo de padecimientos arribaron a Montevideo el 26 de julio. La otra nave que llevaría al resto de la expedición autorizada de dieciséis sujetos a cargo del P. José Sanz, llamada “*Diamante o San Nicolás*” a cargo del maestre don Manuel de la Encina, no zarparía con los jesuitas por el decreto de la expulsión, aunque viajaría al Río de la Plata a fin de cargar expulsos.

En la última incursión de las autoridades, los encerraron a todos en la capilla con un centinela y los verdugos se apostaron en el refectorio donde llamaron uno a uno a los novicios para leerles el decreto real y firmar lo que escogían. A medida que terminaba cada uno de los 19 novicios, era conducido a los aposentos superiores sin permitir la comunicación entre ellos. Así fue que desertaron dos de los jóvenes novicios españoles recién llegados, seguramente engañados o espantados luego de siete meses de navegación.

Los 17 novicios que quedaron firmes en su decisión fueron embarcados en una lancha a mediados de setiembre, acompañados por una multitud que los animaba y seguía por las calles. En la pequeña embarcación permanecieron tres días, soportando una tormenta que no les permitía llegar a "*La Venus*". Tampoco todos entraron en el navío y el grupo de ahora seis novicios que llegaron de España, fueron conducidos al paquebot "*El Príncipe*" con el P. Cosme Agulló<sup>25</sup>, designado por el gobernador como superior del grupo.

A la vista de Montevideo levantaron anclas y soltaron velas el 12 de octubre de 1767. Con algunos contratiempos, aunque no de importancia, el viaje transcurrió en los siguientes casi tres meses. Llegaron al puerto español y entraron por el río Guadalupe, para ser trasladados al "hospicio de misiones".

La vida en el hospicio comenzó con la toma de filiación de cada jesuita. Periódicamente llegaban noticias del arribo de nuevas naves con religiosos provenientes de América. En este sentido los novicios de las provincias americanas restantes<sup>26</sup> llegarían en breve plazo, recibéndolos cordialmente el H. Baigorri y sus compañeros. Primeramente lo hicieron 18 de Santa Fe de Bogotá, a quienes rápidamente se les leyó los decretos. Igualmente se hizo con los 7 mejicanos y 2 peruanos que arribaron luego.

---

<sup>25</sup> El P. Agulló nació en Finestrat, Alicante, el 25 de octubre de 1710, ingresando en la Orden de la provincia de Aragón a los 17 años. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Machoni de 1734. Sus últimos votos los profesó en Buenos Aires en 1744. Del colegio de San Ignacio, donde era rector, fue llevado a Europa, muriendo en Faenza el 31 de marzo de 1772 (Storni 1980: 5).

<sup>26</sup> Las provincias ultramarinas de la Asistencia de España eran: Filipinas, Chile, Paraguay, Perú, Quito, Santa Fe y México.

Los días comenzaron a tornarse incómodos, pues la mayoría dormía en el suelo sin tener una estera que poner debajo. De allí que las enfermedades abundaban, muriendo en el mes de febrero dos coadjutores provenientes del Paraguay: los HH. Benito Ribanedeira y Agustín Almedina. Ese mismo mes al llegar el navío “*San Esteban*” se enteraron que en el viaje habían fallecido los PP. Nicolás Contucci, Jerónimo Núñez y Sebastián Garau.

Posteriormente los novicios fueron trasladados al convento de los franciscanos donde el jesuita vice provincial a cargo, Pedro Juan Andreu, señaló como superior al H. Baigorri para los casos urgentes. Inmediatamente éste fijó la distribución que debían observar los novicios en el convento.

Desde allí, los jóvenes escribieron una carta a su maestro contando las vicisitudes sufridas en esta nueva sede. Relataron que el día 24 irrumpió el gobernador para tomarles declaración, explorando su voluntad y anunciándoles el nuevo decreto del Consejo Extraordinario que ordenó a los novicios que quisieran seguir en el Instituto, que se deberían costear su propio viaje a Italia por tierra, con traje secular y sin permitirles usar sotana (Furlong 1952: 171)<sup>27</sup>. Los novicios respondieron por escrito que “*resolvimos unánimemente seguir la Compañía del dulce nombre de Jesús, y hacer nuestro viaje, aunque sea a pie en traje de peregrino a invitación de nuestro glorioso santo Estanislao de Kostka hasta la misma Roma*”<sup>28</sup>.

El P. Escandón dio a leer la carta a sus compañeros provocando gran consuelo la perseverancia de los jóvenes. Incluso llegó a manos del P. Luengo quien comentó de la misma: “Está esta carta de los Novicios tan tierna, tan fervorosa, y tan según el Espíritu de Jesucristo que no es posible leerla sin enternecerse y sin que se asomen las lágrimas a los ojos” (Fernández Arrillaga 2001: 656).

No todo eran sinsabores en la estadía de dos meses que tuvieron en el convento franciscano, y de paliar éstos se encargaban los mismos jesuitas alemanes allí alojados. Entre ellos y como señala el P. Paucke había varios artistas “*ocho verdaderos músicos y seis chapuceros*” que

---

<sup>27</sup> La misma carta transcribe el P. Juárez en la biografía de Baigorri AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

<sup>28</sup> AHL, C 19, N 03.

con autorización del Guardián ofrecían periódicamente sus conciertos “*de violines, violones, bajos, clarines, bocinas, flautas traversas, fagotes*”, en los que asistían caballeros que se sentaban a escuchar fuera del convento (Paucke 1944 (3): 136).

Cuando ya llegaban a más de 1.000 jesuitas en el puerto, se decidió trasladar a los 35 novicios allí agrupados a diversos conventos de Jerez de la Frontera, con el fin de continuar con la lucha psicológica para que dejaran la Compañía de Jesús. El 2 de mayo, luego de haber sido trasladados a la enfermería el día anterior, fueron llevados por los caminos de olivares plantados a cordel, “*unos en caballos, a otros en burro ya algunos enfermos en calesas*”<sup>29</sup> y distribuidos por distintos conventos según su procedencia. El alcalde mayor con sus ministros y escribano estaba esperándolos en la entrada de la ciudad y personalmente ordenó su distribución. A los peruanos y a 2 mejicanos los llevaron al convento de Carmelitas Descalzos de Belén. A los 5 mejicanos restantes se los condujo al convento de San Agustín. Los 8 del Paraguay y los 18 de Santa Fe fueron destinados al de Predicadores, encomendando el alcalde a los frailes la tarea de persuasión y quedando en regresar para obtener respuesta.

Las condiciones de hacinamiento que describen tanto el P. Miranda como el P. Juárez en Santo Domingo iban de la mano con el mal ceño que sus anfitriones les perpetraban, que ni luz querían darles por la noche. Mientras que los jesuitas del Puerto de Santa María habían enviado al pretendiente Nicolás para reunir noticias de ellos y llevarles cartas.

Los novicios siguieron sometidos a interrogatorios, mientras los jesuitas del Puerto fueron embarcados a Italia. La angustia de los jóvenes se prolongó por más de un año y medio hasta que después de varias mudanzas entre conventos, realizadas para cortar la comunicación, se les obligó a dejar la sotana quedando desterrados. Aceptaron seguir a los expatriados a Italia encontrando ellos mismos los medios económicos, aunque se les dio entre 4 y 6 meses para

---

<sup>29</sup> Ibid.

abandonar la península. Fueron socorridos por doña María de Borja<sup>30</sup> quien los recibió amablemente. Igual trato caritativo recibieron también de doña Juana Arroyabe junto con varios de los habitantes del puerto que costearon el viaje. Luego de un mes de permanencia en el Puerto de Santa María, partieron para la Bahía de Cádiz, logrando embarcarse el domingo 15 de enero de 1769 rumbo a Italia para unirse con los expatriados. Trece días después los 26 novicios que habían perseverado en continuar en el Instituto se hicieron a la vela por el Mediterráneo.

Ya en costas italianas arribaron a Portovenere donde cambiaron de embarcación para zarpar hacia el sur, a Civitavecchia, donde arribaron el 23 de marzo. Aún quedaría el último trecho que los conduciría hasta Roma.

El ingreso de los novicios a la Ciudad Eterna, tuvo algunos contratiempos, pues la embarcación que los conducía por el Tiber poco antes de arribar, recibió variados insultos “*diciéndole que llegaba la peste a Roma*”. Pero el afecto de los jesuitas fue enorme, sobre todo del P. General Lorenzo Ricci, que fue a recibirlos especialmente. Poco después dejaron Roma y visitaron el Santuario de Nuestra Señora de Loreto, hasta que al fin el Maestro de Novicios Juan de Escandón, los recibió en Faenza el 23 de abril, seguramente acompañado de su ayudante el P. Arizaga. Luego de la inmensa alegría que causó la presencia de los “invencibles” novicios en la comunidad jesuítica, los jóvenes renovaron sus votos en la Casa de Probación. De allí pasaron a la casa donde residía el P. Juárez, la del señor canónigo penitenciario don Domingo María Fanelli, donde estaban las aulas de estudio.

A los novicios desterrados Carlos III no compensó con pensión alguna y su situación económica fue delicada a pesar de las colectas que se hacían en América.

Cabe consignar finalmente que los once novicios del Paraguay fallecieron en Italia. Uno de ellos, el sevillano Manuel Lara, que como dijimos abandonó el Instituto pero volvió a ingresar a la provincia americana en el exilio en 1769, fue el último en morir en 1827 cuando se encontraba en Faenza. Los americanos nunca más volvieron a su

---

<sup>30</sup> María de Borja Lastrero era casada con el caballero de Santiago don Miguel de Uriarte Herrera. Descendía por línea paterna de la familia del santo duque de Gandía San Francisco de Borja.

tierra natal. Uno de ellos y de ilustre memoria fue el tantas veces mencionado H. Clemente Baigorri que luego de un resfrío enfermó de pulmonía, permaneciendo un mes convaleciente hasta que el P. Domingo Muriel le dio la Extremaunción, falleciendo a los 23 años en Faenza, el 23 de enero de 1770.

**Vida**  
**del Hermano Joseph**  
**Clemente Baigorri**  
**de la Compañía de**  
**Jesús**

**Al lector**

El intento de escribirse esta vida no es otro, que el que Dios sea glorificado en ella. No se verán aquí aquellos prodigios de visiones, Revelaciones, Raptos, Éxtasis, Profecías, y Milagros, que hacen admirable una vida; pero que no son más, que unos dones de Dios gratis dados: solo sí se verán aquellos otros dones de Dios, que hicieron a nuestro Hermano Joseph Clemente Baigorri tan grato a su Divina Majestad en la flor de su edad, que en la abundante cosecha de trabajos, que coge la Compañía de Jesús en estos tiempos, lo escogió el mismo Señor, como a fruto bien sazonado para el Cielo. Admirarás pues en esta vida una pureza rara en la niñez, una sólida piedad en la Juventud, y un continuo ejercicio de virtudes en la Religión. Más: una inalterable tranquilidad de ánimo, así en lo próspero, como en lo adverso, una grande conformidad con la Voluntad Divina en las mayores penalidades, y sobre todo una heroica, e invicta constancia en su vocación, y amor a nuestra Compañía de Jesús, que fue como su virtud sobresaliente.

Lo que pienso deber únicamente advertir, es, que se ha procurado escribir esta vida con la mayor exacción, y diligencia, que se ha podido, y las circunstancias del tiempo, y lugar lo permiten. Pidiéronse informes a Sujetos de nuestra Compañía, que conocieron a nuestro Hermano de Niño en su Casa, y trataron inmediata, y continuamente a sus Padres; a los que fueron sus Maestros de leer, y escribir, de Gramática, de Artes, de Teología, y al que fue su Maestro de Novicios; a los que fueron sus Con-Colegas en el Seminario de Nuestra Señora de Monserrate en la ciudad de Córdoba de Tucumán; a

sus Con-Novicios, copartícipes de sus trabajos, y peregrinaciones; y quien principalmente depone lo más de que ante se referirá aquí es un Padre; que lo trató íntimamente, y fue su Confesor, cuando fue Convictorista el Hermano Baigorri, y aquí después de Jesuita hasta la hora de su muerte.

Fuera de esto nos hemos también valido de un papel, que el mismo Hermano comenzó aquí a escribir por orden de su Confesor, sobre los beneficios particulares, que Dios le había hecho, para tenerlos más presentes, y agradecérselos; y de una Relación, que por orden del Superior iba formando de todo lo acaecido a nuestros Novicios; aunque uno, y otro lo dejó sin concluir, preocupado de la muerte. Últimamente se ingieren en esta vida algunos de sus apuntes, o propósitos, que se le encontraron después de muerto, y eran el fruto, que sacaba de los Ejercicios Espirituales en vida. También algunas de sus cartas, que escribió a diferentes sujetos, las que se tuvo el cuidado de conservarlas, por la piedad, que en sí contenían; y que entiendo, no dejarán de servir de alguna edificación.

Divídese esta vida en dos partes. La primera contiene la narración de los hechos sucesivamente, y se ponen algunos de dichos apuntes, y cartas conforme las circunstancias. La segunda contiene sus virtudes, y los demás apuntes, propósitos, y Cartas. Quiera el Señor, que todo ceda a mayor honra, y gloria suya.

**Primera Parte**  
**de la vida del Hermano Joseph**  
**Clemente Baigorri de la**  
**Compañía de Jesús.**  
**Capítulo 1º**  
**Su Nacimiento, y su Educación en las Escuelas<sup>31</sup>**

La vastísima Provincia, que vulgarmente se decía del Paraguay, estaba situada en la América Meridional; y siendo una sola en el

---

<sup>31</sup> AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

gobierno Jesuítico, comprendía, cuanto menos, otras tres no pequeñas Provincias del Gobierno Civil, y Político. La primera de éstas es la que propiamente se llama Provincia del Paraguay, cuya Capital es la Ciudad de la Asunción.

La segunda es la Provincia del Río de la Plata, cuya Capital es la Ciudad, y Puerto de Buenos Aires. La tercera es la Provincia del Tucumán, cuya Capital es la Ciudad de Córdoba<sup>32</sup>, y la que fue Patria de nuestro Hermano Joseph Clemente Baigorri. Su padre se llama Clemente Baigorri, y su madre Francisca Ávila, personas nobles, honradas, y piadosas. Gobernaban su casa con tal acierto, y cuidado, que más parecía Casa de Religión, que de Seglares. Por premio de su virtud les dio el Señor este hijo, como fruto de bendición. Nació el año de 1746, día 7 de marzo, consagrado al Glorioso Santo Tomás de Aquino, Ángel de las Escuelas, y Ejemplar de constancia en la vocación religiosa: y pudo esta ocurrencia parecer presagio de las Angélicas costumbres, que después había de tener el Niño, y de la heroica constancia en su vocación, que había de mostrar en la Religión de la Compañía de Jesús.

Apenas salió a luz, cuando se vio, que la Divina Providencia lo tomaba bajo de su especial protección. De diez meses estaba a los pechos de la Madre, y a la sazón en una hacienda de campo<sup>33</sup>, la que siendo invadida de los indios bárbaros, escapó con vida por una especie de prodigio. Eran del Gran Chaco aquellos indios, Abipones de Nación, que son entre todos los más feroces. Tenían éstos en su infidelidad reconcentrado en sí un odio mortal a los españoles, y con sus irrupciones asolaban aquellas Provincias, porque todo lo pasaban a sangre y fuego. Hasta que reducidos después en pueblos, y convertidos a la fe muchos de ellos por los Padres de la Compañía de Jesús, cesaron

---

<sup>32</sup> Para la época de la expulsión de los jesuitas la gobernación del Tucumán estaba gobernada por Juan Manuel Fernández Campero (1764-1769), la de Paraguay por Carlos Morphi (1762-1772) y la de Buenos Aires o del Río de la Plata por Francisco de Paula Bucareli y Ursúa (1766-1770). La división eclesiástica era similar, siendo obispo del Tucumán Monseñor Manuel Abad e Illana (1764-1772), para Paraguay había quedado la sede vacante cuando el obispo Manuel Antonio de la Torre pasó a Buenos Aires en 1762 hasta 1776 en que falleció.

<sup>33</sup> La estancia a que se refiere era la de Soconcho, donde había nacido Clemente y había heredado su padre.

de hostilizar<sup>34</sup>. Una de sus más sangrientas invasiones antes de su conversión, fue la que hicieron en la dicha Hacienda de los padres de Baigorri. Nunca se habían temido éstos, ni aún imaginado, que en su casa de campo pudiese suceder semejante desgracia; por estar ella muy distante, y en parte opuesta a los parajes donde habitaban, y a donde asaltaban los infieles; pero en esta ocasión, parece, que permitió Dios este contraste, para probarlos, como antiguamente al sabio Job, porque eran justos. Un día, que estaban muy descuidados, se dejó ver repentinamente por el horizonte, entre las dos, y tres de la tarde, un espeso nublado de polvo, y dentro de él unos bultos, o jinetes a caballo, que corrían rápidos hacia la casa, como rayos despedidos de aquella nube de tierra. Desde luego se entendió quiénes eran, y el peligro evidente de perder las vidas, porque a nadie perdonaba su fiera. Todos los de la familia se pusieron en fuga, aunque no pudieron escapar todos.

La madre de Clemente, que estimaba la vida de su hijo tanto, como la suya, tomándolo en brazos, salió la última con ánimo de esconderse en un bosque, que estaba no muy distante de la casa. No pudo conseguirlo, porque apenas estuvo fuera, cuando ya tuvo a la frente al escuadrón enemigo. Con su horrible vista quedó inmóvil del susto, y pavor, sin poder dar un paso más adelante. Acercábanse a toda prisa los bárbaros, y viendo la miserable, que no tenía modo de libertarse, quedó asentada a la raíz de un pequeño matorral, en lugar bien descubierto. No pensó ya, sino en disponerse con fervientes actos de contrición, mientras llegaban a quitarla la vida. En tal conflicto acordóse de la poderosa intercesión de María Santísima, a quien profesaba singular devoción en el Misterio de su Inmaculada Concepción. Acudió a ella con aquella ansia, y fervor, que se deja entender, encomendándola su vida con la de su inocente hijo. No tardó

---

<sup>34</sup> Las reducciones de abipones que crearon los jesuitas fueron la de San Jerónimo del Rey (1748) donde hoy se encuentra emplazada la ciudad de Resistencia. Al año siguiente se fundó la de la Purísima Concepción, sobre el río Salado y cerca de la ciudad de Santiago del Estero. Le siguió la de San Fernando del Río Negro en 1750, donde hoy se levanta la ciudad de Resistencia. Finalmente se creó la reducción de Santo Rosario y San Carlos del Timbó en 1763, donde hoy se encuentra la localidad de Herradura en la provincia de Formosa. Pero luego de la expulsión estas reducciones muy pronto se despoblaron (Dobrizhoffer 1967 (1784) y Furlong 1938).

la Reina de los Cielos en protegerlos; pues parece, que invisiblemente los cubrió con su manto; para esconderlos de la vista de los gentiles.

Llegaron éstos al lugar, donde estaba la afligida mujer con su hijo; pero como si no hubiera allí tales personas, pasaron de largo, sin verlos: unos derechamente a la casa, y otros a dar alcance a los que huían. A la vista de la Señora mataron a su madre y abuela<sup>35</sup> de Clemente, y a otros criados, en tanta cercanía, que la sangre, que corría de los cuerpos, llegaba a donde estaba ella. Llevaron cautiva una hija suya pequeña, saquearon la casa, y pegaron fuego a todo lo que no pudieron cargar consigo. Con espectáculo tan lastimoso crecía la aflicción de la madre, y también su clamor al cielo. Lo más raro del caso fue, que en toda la tarde, que emplearon aquellos crueles tigres en matar, y robar, pasando diferentes veces, por el mismo lugar, donde estaban el hijo, y la madre, jamás los descubrieron. No deja también de admirar, cómo un niño tierno no prorrumpiese de temor en algún llanto, como acostumbra los de aquella edad; ni a la vista de los indios, que embijados, y emplumados hacen figuras espantosas; ni a la estruendosa gritería de sus alaridos, que usan en los ataques, con la que son capaces de infundir terror al hombre más valiente. Hasta un perro, que huyendo de aquellos, que eran más que fieras en braveza, se refugió al abrigo del mismo matorral, que pudo llamarse desde entonces árbol de la vida, no dio ni un solo ladrido contra su natural instinto; y quedó también libre; cuando otros de su especie fueron víctimas del bárbaro feroz. Parece, que la Santísima Virgen impedía piadosamente cualquier motivo, por donde pudiesen ser descubiertos los que tenía bajo de su protección.

Acabada tan cruel carnicería, volviéronse los indios a su país<sup>36</sup>, y quedó la madre de Clemente, aunque penetrada de dolor por tanta

---

<sup>35</sup> Como dijimos en la introducción era doña Rosa Ferreyra casada con Tomás Ávila.

<sup>36</sup> Este ataque de los abipones ocurrió en el verano de 1747, poco antes de la embestida que sufrió el joven sacerdote Santiago Herrero en Río Segundo cuando iba camino a Santa Fe para remontar el Paraná y alcanzar su destino en las reducciones guaraníes. El 18 de febrero de ese año un grupo de abipones atacó al grupo que viajaba con el P. Herrero. Estaba al mando del cacique Kebachichi quien personalmente le atravesó el pecho con una lanza. El Cabildo de Córdoba reaccionó ante los ataques abipones de ese verano y el teniente de gobernador don Manuel de Esteban y León preparó unas gurupas a cargo del sargento mayor don Juan Vicente Montenegro que iría a Río Seco y al maestre de campo Juan Álvarez que partiría para el río Segundo (Page 2111a: 63).

desgracia, pero muy conforme con la voluntad Divina: y dando con especialidad muchas gracias a su Celestial Bienhechora, por haberles conservado la vida. El padre de Clemente, que también había quedado con vida, por haberse liberado con más tiempo en lo hondo que formaban las barrancas de un torrente vecino, cuando pasada la tempestad salió y supo por el modo, como habían escapado la Madre y el Hijo, acompañó a su esposa en la acción de tan de tan debidas gracias; y ambos estimaron en adelante a aquel niño, como un presente dado segunda vez del cielo, depositaron en él todos sus cariños y cuidados. Fue este caso muy notorio a todos los vecinos de aquella ciudad, y su jurisdicción, y como sabían muy bien lo lince que eran aquellos indios para la maldad, no pudieron menos que calificarlo por prodigio. Confirmado aún ahora algunos sujetos de los nuestros, que vieron el sitio, donde estuvieron la madre y el hijo, y atestiguar, que humanamente no pudieron librarse con vida, sino es, o porque Dios los hizo invisibles, o porque cegó a los infieles. Como quiera que hubiese sido, lo que pienso no se podrá negar y es, que usó el Señor con Clemente en esta ocasión una muy particular providencia; prenunció tal vez de la que había de usar después, cuando estuviese de Novicio a los pechos de su segunda muy amada madre la Compañía, libertándolo no con menor prodigio de los peligros, y debates, que padecería juntamente con ella, aún a vista de muchos, que miserablemente fallecerían, siendo su misma casa o religión.

Tuvo también después el Señor otra muy amorosa providencia con la Casa de los Padres, porque, probada la paciencia y conformidad de estos, les reestableció su hacienda, le resarcó los daños padecidos, y hasta la hija, que habían llevado cautiva los indios, hizo que con el tiempo la restituyesen. La piadosa madre, reconocida a los beneficios de Dios, se persuadió, que su primera obligación era la buena crianza y educación de aquel hijo, tan señaladamente protegido del Cielo. Criólo por sí misma, y dióle a mamar, juntamente con su leche, el amor a la virtud, y la devoción a la Santísima Virgen. Luego que rayó en él la luz de la razón, le dio a entender el suceso precedente, y se lo repitió después muchas veces, para que comenzase desde luego a corresponder a tamaño beneficio, y no cesase jamás de rendir las debidas gracias a su especial Protectora. Con estas luces, y con las bendiciones, con que le previno el Cielo, siendo por otra parte de bella índole, y de una propensión natural a todo lo bueno, salió el niño tan virtuoso, que ya en

aquella edad era tenido por un ángel. Era tan obediente, humilde, y rendido a sus padres, que no se acordaba después haberles dado alguna molestia, o pesadumbre, ni aún en la niñez. Su mismo padre era su hijo, que le acompañaba cuando salía de casa, que eran pocas veces, y estas a los templos. Dentro de su casa era devoto, y recogido: fuera de ella modesto, y callado: y de esta suerte conservó su inocencia pura sin la más mínima mancilla.

Cuando tuvo edad competente para leer, y escribir, le mandaron a la Escuela del Colegio de la Compañía de Jesús, habiéndole antes impreso en su corazón por primera lección el Santo Temor de Dios, que es la puerta, por donde se entra al Templo de la Sabiduría. Desde luego conoció el Maestro, que no necesitaba aquel niño de las instrucciones, que los demás, por su vivacidad, por su juicio, y genial inclinación a las letras, y virtud. Cumplía gustosa, y perfectamente las tareas, que se le señalaban, sin haber dado jamás ocasión de ser corregido; con lo que se adelantó sensiblemente a todos sus concurrentes. Asistía a oír, o ayudar la Misa con singular devoción; a los sermones, y Doctrinas, sin hablar, ni jugar en la Iglesia; lo que no es muy fácil en los de aquella edad. Era exacto, y puntual a la distribución, y leyes más menudas de la Escuela, sin que se le hubiese notado falta alguna. Comenzó desde entonces a confesarse; y aunque no diese materia, más que para recibir la bendición, se disponía con su rato de oración en la iglesia. También se hizo bien reparar la disposición, piedad, y reverencia, con que se llegó la primera vez por este tiempo a la Sagrada Mesa del Altar, y después continuó. Fue en fin tal su porte en la Escuela, que uno de sus maestros asegura, que el juicio, que entonces formó de él, y o declaró, aún en vida de nuestro Clemente, a varios sujetos, fue; **que San Luis Gonzaga, y San Estanislao en aquella edad no guardarían tal vez más modestia, más humildad, ni más sujeción a sus maestros, que lo que guardaba Clemente**<sup>37</sup>.

Por este tiempo se movió contra esta Escuela de la Compañía una persecución, precursora sin duda de las muchas, que después había de padecer más en general. Divulgóse por la ciudad, que nada aprovechaban los niños en ella; y que su enseñanza, y Doctrina era

---

<sup>37</sup> Lo que en todo el texto remarcamos en negrita, el P. Juárez lo pone en una letra doblemente grande.

perniciosa: por esta causa sacaron algunos ciudadanos a sus hijos, y los pusieron en las Escuelas de otras religiones. Los parientes de Clemente aconsejaban lo mismo a su madre; pero ésta se hizo sorda a sus voces. Instábanla después con más razones, y la decían, que ciertamente perdería a su hijo, si no lo quitaba de nuestras Escuelas. Para moverla más, propusieron el ejemplo de los otros, y también los propios; porque ya los habían trasladado a otra parte a los suyos. Entonces la piadosa señora les respondió con esta resolución: **mi hijo en la Compañía de Jesús, o ha de dejar la piel, o ser un Santo.** Expresiones formales, que se las oyó el buen hijo, y las tenía escritas en uno de sus apuntes para recuerdo de lo mucho, que debía a Dios, y a su buena Madre; porque luego mostró la experiencia, que de todos los niños, que fueron extraídos de nuestras Escuelas, raro, o ninguno se logró, cuando los que permanecieron hicieron muy felices progresos. Entre éstos con especialidad los hizo el niño Baigorri, así en letras, como en virtud, cumpliéndose de esta suerte ahora, y después más perfectamente, el vaticinio de su madre.

Habiendo aprendido con perfección a leer, y escribir, pasó a estudiar Latinidad en las dos aulas, que tenía de Gramática el mismo Colegio de la Compañía. Cual fuese en ellas su proceder y muestras de ingenio, lo diría mejor, que yo, su mismo Maestro. Asegura éste en un informe, que hizo por escrito, de esta suerte:

“En tres años, que lo tuve de discípulo, jamás dio ocasión de reprehensión, tanto en cosas pertenecientes al estudio, como en costumbres. Advertí en él una memoria muy feliz, un claro y sosegado entendimiento, y un gran fondo de juicio y capacidad; con la que se adelantó en breve a todos sus condiscípulos. La compostura en la clase, y en funciones de iglesia no podía pedírsele más exacta a un Novicio: nunca le noté, que faltase al silencio en ninguna de estas partes. Reconocí, que se conservaba aún en su inocencia, y candor bautismal; porque sinceramente me descubría lo más interior de su conciencia, para que lo dirigiese. En una de estas ocasiones le precavía yo con algunos medios contra las tentaciones, con que el enemigo suele asaltar a los de aquella edad: y él ignorando lo que eran tentaciones, me preguntó con grande ingenuidad: **Dígame Padre, ¿cómo tienta el Malo a los hombres?** Sus yerros únicos eran, los que traía en los pensos; y éstos los que solamente nacían de la falta de conocimiento

experimental de los vicios morales, que se les proponían para que compusiesen contra ellos, afeándolos, o reprendiéndolos. Era siempre muy callado; y si hablaba, eran pocas sus palabras, y dichas con mucho miramiento”. Hasta aquí el informe.

En su primer año de Gramática fue recibido en la Congregación de la Santísima Virgen de la Anunciata<sup>38</sup>, que con tanto provecho, y con tanta edificación de la juventud, suele estar fundada en los colegios de la Compañía. Esta de Córdoba se hallaba a la sazón en su mayor fervor, por estar nuevamente reformada, y aumentada con muchos ejercicios de piedad por el celo de un Padre Maestro de Teología, con ocasión de la Bula Áurea del Papa Benedicto XIV<sup>39</sup>, expedida el año de 1748; en que confirma, amplía, y de nuevo enriquece estas Congregaciones de la Compañía con muchas Indulgencias, gracias y privilegios. Asistía el nuevo Congregante a todas las funciones, de Plática, días de retiro, Letanías, comuniones generales, y demás ejercicios, con tal puntualidad y devoción, que la causaba a los otros; con tal solicitud de ganar las Indulgencias, que jamás perdió práctica ninguna de Congregación. En una de sus funciones más solemnes, que era la de Desagravios a nuestra Señora, y se hacía el mismo Día de su Anunciación, recitó una oración latina panegírica con aplauso universal, por su bello aire y gravedad modesta. Observó todas sus Constituciones con exactitud y edificación. Una de ellas era, que se procurase tener Confesor fijo, y señalado: desde luego tomó Baigorri el suyo, y llegaba a confesarse con tanta frecuencia, preparación y compunción, que atestigua su confesor, que no encontrando sobre qué echar la absolución, le sobraba materia de confusión, viendo a un Ángel postrado a sus pies. Otra era huir toda culpa, y malas compañías: y llegó a tener tanto horror a lo uno, y a lo otro, que antes quería andar solo, y aún morir, que manchar su Alma con algún feo borrón.

Concluido el estudio de Humanidad, comenzó el Curso de Artes en la Universidad Real, que estaba a cargo de los Padres de la Compañía del mismo Colegio de Córdoba. Muy desde los principios

---

<sup>38</sup> Justamente el fundador de las Congregaciones Marianas fue el jesuita belga Juan de Leunis, y la primera que crea es la de “Nuestra Señora de la Anunciata” en el Colegio Romano en 1563. El santoral es el 25 de marzo.

<sup>39</sup> *Bulla Aurea Gloriosae dominae* del 27 de setiembre de 1748 del papa natural de Bolonia, Prospero Lorenzo Lambertini (1675-1758).

mostró una bella comprensión, y que su talento era capaz de mayores adelantamientos, si se emplease en más ejercicios literarios, que el que podía tener en casa de sus padres. Para esto pretendieron sus Maestros, y el Rector del Seminario de Monserrate, que entrase inmediatamente a dicho Colegio, que su Fundador el Doctor Don Ignacio de Duarte dejó sujeto a la Compañía, donde lograría mayor comodidad para las letras, sin defraudar nada a su virtud. Tenía este Seminario seis Becas dotadas para los Naturales de Córdoba, que fuesen de mayores esperanzas de llegar después a ser unos cabales Eclesiásticos: y para las demás se pagaban al Año para alimentos 170 pesos fuertes. Tocaba sin disputa a Clemente una de las dotadas: pero estaban entonces ocupadas las seis, y ninguna se podía desocupar hasta pasado, a lo menos, un año. Tomóse, pues, el arbitrio, que entrase en el inter pagando aquel año: mas para esto había otra dificultad que vencer, y era, que, aunque sus Padres tenían haciendas y criados para mantenerse decentemente, no tenían por entonces en plata el dinero necesario; ni querían por otra parte exponer su crédito por pequeña cantidad. Viendo esto su piadosa Madre, con el deseo de que su hijo se asegurase cuanto antes en aquel Colegio, acude confiadamente a su antigua Bienhechora la Virgen María; y postrada ante una Imagen de su purísima Concepción, la dice: **Madre mía, si es vuestra voluntad que mi hijo entre en este Colegio, dad providencia; y sino, cerradme las puertas por todas partes:** palabras, de que fue testigo el hijo, y las tenía también apuntadas. La deprecación fue breve, y con indiferencia; pero fervorosa, y devota: y en causa de Clemente, para que no dejase su Divina Protectora de favorecerles. ¡Cosa rara! este mismo día, ignorantes de lo que pasaba, se juntaron de diferentes distantes parajes dos hermanos suyos ya emancipados: y sabedores en Casa de su Madre de la necesidad presente, dieron inmediatamente todo el dinero, que fue menester; y la noche del mismo día se efectuó su deseada entrada.

## Capítulo 2º

### Estudia Filosofía, y hace de Colegial una vida ajustada

Trasplantado nuestro Baigorri de su Casa a la del Seminario de nuestra Señora de Monserrate, experimentóse en él con los benéficos

influjos de la Madre de Sabiduría, lo que en los tiernos arbolillos; que las letras, que se escribieron en sus troncos van creciendo juntamente con ellos. Imprimiósele en su corazón desde niño el amor a la virtud, y aplicación a las letras: y crecía en él uno, y otro, juntamente con la edad, traslucióse muy presto en los argumentos, y conferencias, que sustentaba, la agudeza de su ingenio, y su reposado entendimiento, por la cabal salida, que daba a las mayores dificultades; pero sin vana ostentación, ni señal alguna, que oliese a liviandad, y orgullo de mozo. En la asistencia de las funciones públicas y privadas de la clase se portaba con tal silencio y gravedad, que sus discípulos lo llamaban por gracia el **Catón**<sup>40</sup>, y en realidad parecía un verdadero Catón cristiano; porque aquella gravedad no era vana, ni afectada, sino natural, afable y cortesana. En todos sus Exámenes Anuales dio muy cumplida satisfacción; y en el tercer año de Filosofía mereció los sufragios de los cuatro Examinadores, y Cancelario, para el Acto general. Defendiólo éste en la Iglesia con la asistencia de los Padres Lectores de otras religiones a replicar, y de los Doctores, y Maestros de la Universidad, y aplauso de todos, que no acertaban a distinguir en qué había sido mayor su lucimiento, si en la sutileza del ingenio, o modestia en el responder.

Después de su Filosofía pasó a oír Teología, que en aquella Universidad se dictaba en cuatro Cátedras: dos de Escolástica, una de Cánones, y otra de Moral: a más de las cuales había otra también de Sagrada Escritura, aunque de esta no se examinaban como de las otras. Dos años enteros se ocupó en el estudio de esta facultad, haciendo iguales progresos, que en la antecedente. El último año fue señalado Bedel de los teólogos, y Colegiales: oficio, para el cual se escogía entre todos el de más juicio, y capaz de poder suplir prontamente para los argumentos, o conferencias, cuando faltaba por algún impedimento el que debía por su turno, o asignación argüir, o sustentar. En los

---

<sup>40</sup> El “*Catón cristiano y catecismo de la doctrina cristiana dedicado al glorioso san Casiano obispo*”, era un libro de texto para uso de la enseñanza elemental. Estaba compuesto por una primera parte con las principales oraciones, mandamientos, sacramentos, artículos de fe, obras de misericordia, pecados capitales, enemigos y las potencias del alma, las virtudes teologales y cardinales, los sentidos corporales y los dones del Espíritu Santo. Estos conocimientos de doctrina cristiana tenían como complemento un catecismo mayor, organizado en forma de preguntas y respuestas y por último por un *Tratado de la buena crianza de los niños*.

Exámenes, en que al fin de cada año debían dar cuenta de las cuatro Materias Teológicas, la dio siempre Baigorri cumplidamente. Los cuartos de hora intermedios, en que los demás sus con-teólogos descansaban de la escritura con algún entretenimiento, él los dedicaba; o para un rato de oración en la Iglesia, o para dar cuenta de conciencia, o tratar cosas de espíritu con su Confesor. De esta suerte no perdía tiempo alguno, porque siempre deseaba aprovechar hasta sus mínimas partículas.

Con ser tan irreprehensible su porte en las Clases de la Universidad, fue aún más ajustada su vida de Colegial en el Seminario: dio principio a ésta con una Confesión, y Comunión en el mismo día, que vistió la opa y beca<sup>41</sup>: hizo también en la Capilla interior del Convictorio, patente el Sacramento, como era costumbre, el juramento solemne de defender toda su vida el Misterio de la Purísima Concepción de María. Ya se deja entender su devoción, y fervor, como en quien se reconocía tan obligado, a esta Soberana Señora. Baste decir, que en adelante nunca dejó de renovar diariamente el mismo juramento hasta su muerte. Recibiólo el Padre Rector del Seminario, que era el Padre Ladislao Orosz<sup>42</sup>, con singulares muestras de complacencia, como que había tenido gran parte en su entrada. Aplicóse el nuevo Colegial desde luego a cumplir exactamente las Constituciones<sup>43</sup>, que no eran pocas, ni menos conducentes para una

---

<sup>41</sup> La opa era una especie de sotana sin mangas y con mucho ruedo, al extremo de que se podía embozar en ella. Sobre los hombros se colocaba la beca, que era una tira roja de unos 13 cm de ancho, cuyas extremidades caían por el pecho. Al lado izquierdo, por delante, tenía bordada con hilo de plata con el anagrama de Jesús.

<sup>42</sup> El P. Orosz nació en el pueblo húngaro de Csicsér que desde 1918 pertenece a Rumania, el 18 de diciembre de 1697, ingresando al Instituto en Austria en 1716. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán de 1729. Sus últimos votos los profesó en Córdoba en 1733, mientras que fue elegido procurador a Europa donde estuvo entre 1746 y 1749. La expulsión lo sorprendió en Córdoba, partiendo luego para España y luego a su patria, donde muere en Thyrnau, actual distrito de Passau en el estado alemán de Baviera (Storni 1980: 207). Ver también Furlong 1966 y Slavó 1984.

<sup>43</sup> Las *Reglas y Constituciones* fueron aprobadas por el gobernador don Tomás Félix de Argandoña en 1687 inspiradas en las del Colegio de Quito, aunque casi inmediatamente fueron reemplazadas por las del Colegio de San Juan Bautista de La Plata, aprobadas por Real Cédula de 1716, que son las que se imprimen en la imprenta del Monserrat en vísperas de la expulsión.

perfecta educación. Tenía por la mañana bien temprano en la Capilla media hora de oración; después de ella oía la Misa. Al principio de la noche rezaba el Rosario delante de la imagen de Nuestra Señora de Monserrate, que era la Titular; y al último antes de acostarse empleaba un cuarto en la Sección espiritual, y los puntos para la meditación, y otro para el Examen de conciencia. Todos los años hacía los Ejercicios de nuestro Santo Padre Ignacio, y al último de ellos la Confesión y Comunión general. En el tiempo de estudio guardaba recogimiento y silencio en su cámara, y jamás entraba a las de otros. Nunca dio ocasión para ser reprendido, ni necesitó de estímulo para la observancia de las órdenes de los Superiores. Fue en fin tan perfecto colegial, que los Padres le proponían por modelo a los demás.

A más de estas prácticas comunes del Seminario añadía otras de piedad y mortificación muy particulares. Éstas eran: hacer largos ratos de oración en la Capilla, y visitas al Santísimo Sacramento todos los días de fiesta, y asueto por la tarde; confesar y comulgar los domingos, y festividades de Cristo, y su Santísima Madre, y de otros Santos de su devoción: ayunar, cargar cilicio, y tomar disciplina los miércoles, viernes y sábados, y las vigiliias de aquellas festividades; en las que, y en los días de Retiro, y Ejercicio hacía también otras penitencias en el Refectorio: como era besar pies, o tenderse a la puerta para que lo pisasen. Tenía mucho cuidado en la guarda de sus sentidos, así dentro, como fuera del Colegio; y especialmente cuando iba con los demás a la Estancia, o Granja para vacaciones, por ser entonces mayores los peligros<sup>44</sup>. Apuntaba en un papel sus propósitos, y fruto de Ejercicios para leerlos entre año, y guardarlos mejor. Leía libros devotos, y vidas de santos, para contar a otros en las quietes sus ejemplos. Fueron todas acciones tan arregladas, que causaba mucha edificación a sus convictoristas.

Habiendo leído por entonces la vida de nuestro Angélico Joven San Luis Gonzaga, le quedó tan aficionado, que se propuso por ejemplar para imitarle; y refería a otros sus virtudes, para infundirles

---

<sup>44</sup> Cuenta el P. Peramás que los alumnos iban de vacaciones a la estancia de Alta Gracia. Las vacaciones duraban dos meses y concluían con 15 días en la estancia. Después de la Cuaresma y en el día de Cenizas se comenzaban las clases que concluían por octubre y noviembre cuando comenzaban ocho días de exámenes (Furlong 1952: 100, 135 y 136).

devoción. La principal, que emprendió desde luego para imitar, fue su virginal pureza: para lo cual hizo, como San Luis, voto de perpetua virginidad en honra de la Reina de las Vírgenes. No es fácil concebir su amor a esta hermosísima virtud, ni el cuidado en apartarse de aquellos, que solo con su pestilencial alimento podían empañarla. Eran más de setenta los Alumnos de aquel Seminario, que concurrían de diferentes ciudades, y provincias; y no sería difícil, que entre tantos jóvenes, en quienes hierve la sangre, hubiese alguno menos recatado, o menos modesto; sin embargo entre todos ellos se mantuvo siempre fresca en él la Azucena de las virtudes. No dejó de padecer con todo algún asalto su pureza; pero fue para mayor mérito suyo, y mayor triunfo de la gracia.

En el Convictorio no hubo oficio, o ejercicio de confianza, que no lo tuviese, y ejerciese con satisfacción. Uno de los que requerían más virtud, más juicio, y más paciencia, era el de ser más antiguo de aposento en el tercer patio. Había en este seis grandes Salas, donde habitaban solamente los de menor edad, separados y privados de la comunicación de los otros. Para más antiguos de éstos se escogían, entre todos los convictoristas, los teólogos de más antigüedad, que fuesen como Prefectos de ellas, o como Ayo<sup>45</sup> de los chicos. Desempeñó pues este oficio nuestro Clemente desde que fue Metafísico con tal acierto, que los mismos Niños se admiraban, y decían, que **su más antiguo era un Santo**. Canonización pueril; pero que prueba la veneración, en que le tenían. En todo iba delante con el ejemplo: era el más pronto en levantarse por la mañana, el más puntual en acudir a la Oración y Misa, y el más constante en el estudio. A vista de tan bello ejemplar todos sus menos antiguos se sentían dulcemente obligados a hacer lo mismo.

Fue también electo por Semanero de la Santísima Virgen. Así se llamaban doce Congregantes de la Anunciata, que eran como la levadura, que componían la masa de los demás, y como la flor de la Congregación. La elección se hacía de todos los estudiantes de la Universidad, Colegiales y Manteístas por votos de los mismos Semaneros. Decíanse **semaneros**, porque alternando de tres en tres cada semana, empleaban todas las del año en hacer particulares

---

<sup>45</sup> Persona que en una casa acomodada se encarga del cuidado y educación de los niños.

obsequios a su Celestial Patrona. Desde que fue Baigorri nombrado para este oficio de común consenso, se impuso tal obligación de cumplir perfectamente las más menudas prácticas de devoción, que debían aquellos observar por sus particulares Reglas, que si faltaba a alguna se acusaba en Confesión, o en cuenta de conciencia, y pedía penitencia a su Padre espiritual. Procuró adelantarse a todos en el servicio y culto de nuestra Señora; pero no se contentó con los personales, sino que cuidó también con su bello modo ganar a otros por devotos de su amantísima Madre.

Tal era su vida cuando se le proporcionó al fin de su segundo año de Teología, y a los cinco de Colegial, la ocasión de ejecutar lo que tanto deseaba. Tres años antes le había dado Dios nuestro Señor muy vivos deseos de abrazar el estado religioso en la Compañía de Jesús. No ignoraba el caudal de virtudes, que se requería para Estado tan perfecto: por eso empleó todo este tiempo en atesorarlas, y encomendar mucho a nuestro Señor su vocación, para asegurarse que era de Dios. Hizo a este fin muchos actos de mortificación y penitencia, consultólo con su Director espiritual; y reconociendo, que Dios lo llamaba para la Compañía, pidió su admisión al Padre Provincial Manuel Vergara<sup>46</sup>. Luego que el Padre Provincial vio al pretendiente, y penetró su aire modesto y apacible, su entendimiento ya formado, su natural ingenuo, y una virtud en él como anticipada, se sintió movido a recibirle; sin embargo, como estaba recién venido del Perú, donde estuvo algunos años de **Misionero Apostólico y Visitador** de aquella Provincia, quiso informarse también de otros. Despidiólo por entonces con buenas esperanzas; pero instado después del pretendiente, y bien informado de

---

<sup>46</sup> El P. Manuel Vergara asumió como provincial el 30 de setiembre de 1766 reemplazando al P. Pedro Juan Andreu. Clemente va a ingresar al Instituto el 8 de diciembre (Storni 1980: 28). El P. Vergara, nació en el pueblo de Jarandilla en Cáceres en 1711, ingresando a la provincia de Castilla en 1728. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Antonio Machoni de 1734. Seis años después obtuvo su sacerdocio y sus últimos votos los profesó en Córdoba en 1745. Fue Visitador del Perú (1762-1765) y la expulsión lo sorprendió en la reducción de Yapeyú, donde llegaron los soldados de Bucarelli a fines de julio de 1768. Tras demoras en embarcarse llegó a España muy enfermo y donde muere en el Puerto de Santa María el 5 de mayo de 1770 (Storni 1980: 302). El P. Peramás escribe una biografía del P. Vergara (Peramás 1946: 37-91). Como provincial en el exilio fue sucedido por el P. Domingo Muriel quien lo fue hasta la abolición del Instituto en 1773.

los Padres de uno y otro Colegio sobre su ajustado proceder, se determinó y señaló día para admitirlo.

Apenas logró el *fiat* nuestro Colegial, cuando se propuso, que ya no era del Mundo, y que debía portarse como un Novicio. Redobló sus penitencias y ejercicios de devoción, y creció en aquellos días tanto su fervor, que por más que calló a sus con-colegas los piadosos intentos, que tenía, no se los pudo ocultar; y así hubo de oírlos a pesar de su humildad, que en adelante lo nombrasen con veneración **el Padre Clemente, el Novicio, el Santo**. Viéndose descubierto por esta parte, quiso del todo declararse con sus Padres; quienes, aunque siempre estuvieron persuadidos sería este el feliz paradero de su hijo por las señales antecedentes, que veían de que Dios le quería para sí, no sabían que fuese tan de pronto su entrada. Manifestóles, pues, su determinación, asegurándolos, que según las diligencias precedentes, que había hecho, para examinar su vocación, conocía sin duda ser voluntad de Dios, que entrase en la Compañía de Jesús. Ambos se conformaron gustosamente, como que lo tenían dedicado a su Divina Majestad; aunque no pudo menos el afecto natural, que sentía algún dolor en la privación de tan querido y estimable hijo.

Conseguida felizmente la licencia de sus Padres, no pensó ya, sino en disponerse para el nuevo Estado, que iba a tomar, con actos fervorosos de humildad, y edificación, hasta que llegase el día señalado, por el cual suspiraba con ansias su corazón. Víspera del Apóstol de las Indias San Francisco Javier, de quien era devotísimo, salió al medio del Refectorio a la hora, que los demás comían; y puesto de rodillas pidió perdón por las faltas, que había cometido en el Convictorio, y después besó los pies. A vista de espectáculo tan tierno, no pudieron menos sus con-colegas, que mezclar con lágrimas los manjares. Amábanle por sus bellas prendas, lo veneraban por su virtud; y al oír, que les pedía perdón, y se ausentaba de ellos, lo sentían grandemente. Por otra parte publicaban a voces, que no eran ellos dignos de tenerlo, ni el Mundo de gozarlo; y que solamente era a propósito para la Religión de la Compañía, donde sin duda sería algún día otro San Luis Gonzaga.

El día tres de diciembre debían sus condiscípulos recibir los tres grados de Bachiller, Licenciado y Maestro en Artes, que en aquella Universidad se conferían en un mismo tiempo, y al segundo año de

Teología. Tocaba de derecho graduarse también a Baigorri, pero renunció este honor, tomando solamente el trabajo, por Bedel de Teología, de hacer las diligencias necesarias para que saliesen bien desempeñados los otros. Al tiempo que salían los Graduados con sus Capirotos en mulas a dar un paseo lucido por la ciudad, como se acostumbraba, advirtió un Padre, que andaba el Bedel muy afanado, y le dijo por gracia: **Que es esto, señor Bedel? Ud. trabaja, y no luce.** Respondió éste prontamente: **Padre, yo más deseo servir, que lucir; aunque espero también lucir en breve en otros Grados más sólidos, que estos, aunque ocultos:** aludía a los de la Compañía, donde estaba ya por entrar, despreciando todos los honores, y estimaciones del siglo. De esta suerte imitó con la obra y la palabra al Papa San Clemente Mártir, cuyo nombre tenía, y de quien dijo San Bernardo: [Serm. S. Clem.] que siendo mozo de buen linaje, y de no menos sabiduría, todo lo despreció como basura, por ganar a Jesucristo. Al paso que él más se humillaba, era más apreciado. Llegó a tanto la estimación, que hicieron de él el Padre Provincial, y el Rector del Seminario de Monserrate, que le concedieron entrase un hermano menor suyo a sucederle en la misma beca dotada, que él había ocupado: demostración, que se hizo a sus méritos, prefiriéndolos a muchos empeños, que había por otros. Cumplido finalmente el tiempo señalado para ser recibido, se despidió de sus Con-colegas, tomó la bendición de sus Padres, y pasó al Colegio Máximo; donde estaba el Noviciado.

### Capítulo 3º

#### **Entra en la Compañía, y da las primeras pruebas de constancia en su vocación Religiosa**

El año de 1766, no habiendo aún cumplido los 21 de su edad, fue recibido en la Compañía de Jesús nuestro Joven Baigorri el cinco de diciembre. El día ocho del mismo mes, en que se celebra la festividad de la Inmaculada Concepción de María, fue el primero, en que salió vestido de la Sotana; consagrando de esta suerte su entrada en Religión, y los principios de su vida religiosa, a quien debía los

principios de su vida natural, y su entrada al Seminario<sup>47</sup>. Con este tan feliz auspicio hizo tan rápidos progresos en aquella Escuela de perfección, que en breve arribó a la más elevada. Los Padres Maestro y Ayudante de Novicios<sup>48</sup> aseguran, que nada tuvieron que hacer con él, ni que advertirle para la más mínima observancia, porque todas las cumplía perfectamente. Sólo tuvieron que moderar su fervor, y poner límites a los deseos de hacer mayores penitencias. Concediósele únicamente para su consuelo, y desahogo de su corazón, que los Días de recreación pudiese tener media hora más de oración en la Capilla, y visitar el Santísimo Sacramento a cada hora del reloj.

Desde el primer Día del Noviciado se impuso como ley inviolable la exacta observancia de las distribuciones<sup>49</sup> del Noviciado; y como venía tan bien amoldado, y tenía una condición de genio tan nacida para toda virtud, nada le fue difícil de practicar. Su humildad, su

---

<sup>47</sup> Antes de ingresar al Noviciado o Casa de Probación y conforme a los dictámenes de las Constituciones de la Compañía de Jesús, los postulantes debían pasar por una Primera Probación que consistía en la admisión a la vida común de los novicios, previo a la renuncia de sus posesiones (*actu sit pauper*). Lo hacían por unos días y una vez aceptado comenzaban sus dos años de Noviciado donde los maestros seleccionaban a quienes lograrían seguir los estudios y a los que podrían seguir tareas prácticas como coadjutores. En este periodo llegaban a la Segunda Probación, donde atravesaban seis experiencias fundamentales, que eran la práctica de los Ejercicios Espirituales, la asistencia en hospitales, visita a algún santuario, práctica de ejercicios domésticos, de enseñar la doctrina cristiana a los niños y de confesar y predicar. Al finalizar, los jóvenes hacían votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Pero a los escolares les quedaba un año más para realizar su Tercera Probación donde cultivaban el afecto espiritual y de la voluntad (Page 2010: 69).

<sup>48</sup> El Maestro de Novicios era el P. Juan de Escandón y ayudantes el P. Juan de Arizaga y el H. Antonio Scola. El Maestro de Novicios era guía espiritual de los jóvenes, desde su admisión hasta que concluían la Segunda Probación. Elegido por el Padre General, su tarea era estimada y considerada dentro de la comunidad. Le auxiliaban en la misma dos ayudantes, un sacerdote y un coadjutor que hacía de manuductor. Tenía reglas especiales para su desempeño, definitivamente promulgadas por el general Aquaviva (Page 2010: 70).

<sup>49</sup> El encargado de dar las distribuciones era el hermano distributario. El *distributario* como sugiere el término era el encargado de ordenar disciplinadamente las actividades religiosas de la comunidad, en oración, exámenes de conciencia, lección espiritual, rosario, pláticas de comunidad, triduos de renovación, ejercicios anuales de San Ignacio, prefectura de espíritu, confesiones, comuniones, silencio, penitencias, culpas en el refectorio, catecismo a los criados a los pobres.

deseo de aprovechar en la virtud, y su rendimiento a los Superiores, no podían subir más de punto. Con este deseo, y humildad se informaba de lo que debía hacer del Hermano Distributario, y de su Instructor, obedeciéndoles ciegamente a lo que le decían. Preguntó una vez a su Instructor con sinceridad; **¿cuáles eran los fundamentos de la vida espiritual? y ¿qué haría para adelantarse en la perfección?** El Instructor, que era un Hermano, que no había estudiado en el Siglo más que Gramática, y no reconocía en el Noviciado más Arte de Mística, que el Sumario de las Reglas, le respondió con franqueza: **Hermano mío, no hay más fundamento, ni perfección, que la mortificación interior; y está en todas las cosas posibles.** Imprimiósele tanto a nuestro Novicio esta Regla, que en adelante le fue la de todas sus acciones; pues asegura su mismo Instructor, que desde entonces le observó un sumo cuidado de mortificarse en cuanto podía.

Siete meses pasó de Noviciado quieto en esta forma de vida; cuando un suceso inopinado, y de aquellos, que raras veces se dejan ver, hubo de turbar su paz y sosiego. Este fue el Arresto general y Extrañamiento de los Padres de la Compañía de todos los dominios de España. Ejecutóse en Córdoba el doce de julio del año de 67; y desde este día juntamente con el penoso trabajo de los demás, comenzaron los de nuestro Clemente, y también las pruebas de su constancia. Señalóse la pieza del refectorio<sup>50</sup> para intimarse el Real Decreto, y fueron llamados los sujetos con precisión una hora antes de la común de levantarse: lo cual fue causa, que viniesen algunos Novicios, y entre ellos el Hermano Baigorri sin haberse vestido su ropa interior por falta de tiempo. Era el rigor del invierno, y hubo de padecer de esta suerte el frío, y el encierro del refectorio por dos días. Lo más penoso para él en esta ocasión fue el haber oído a uno de los Jueces Comisionados, que, “los Novicios no debían seguir a los Padres en su destierro; porque

---

<sup>50</sup> “El refectorio tiene 32 varas de largo y 7 1.2 de ancho; mas las 13 meses con sus asientos fijos, hacía la pieza muy incómoda para 133 sujetos”, dice Peramás y agrega que los colchones que se llevaron “se tendían por en medio, por debajo y por encima de las mesas y no quedaba lugar para una aguja”. Finalmente señala que “en las esquinas últimas se destinaron para los vasos inmundos, que nos trajeron para las precisas necesidades” (Furlong 1952: 98).

podían libremente quedarse en su país, dejando desde luego la ropa religiosa”<sup>51</sup>.

Esta libertad que se les ofreció, fue, pues, para él más sensible, que la misma prisión; porque como estaba ya sacrificado a Dios, y tan olvidado de su Pueblo, y de la casa de sus Padres, no podían darle mayor pena, que traerle a la memoria las cosas del siglo. La tribulación presente solamente le sirvió como de fragua, donde se encendieron más sus deseos de permanecer en la Compañía de Jesús, según lo demuestran sus palabras en la Relación, que compuso, de lo que sucedió a los Novicios de su Provincia desde este tiempo. Dice pues: “Concluida la ejecución, el Juez nos dejó a los Novicios en la misma pieza con los demás Padres, donde unos a otros mutuamente nos animábamos hasta el duro lance de derramar la sangre de nuestras venas, para asegurar y defender nuestra vocación. Confieso, que el gozo de nuestras Ánimas en este día de tanta calamidad fue indecible, por habernos Dios nuestro Señor misericordiosamente presentado una ocasión, en que como fieles hijos de la Compañía pudiésemos dar al mundo un testimonio de nuestro amor y fidelidad”. Así habla, y así lo experimentamos, cuando en medio de nuestra consternación lo vimos tan animoso, e imperturbable, que causaba admiración.

Al otro día del arresto por la noche fue separado de los Padres del Colegio con los demás Novicios, y conducido por un oficial al Convento de los Padres de San Francisco de aquella ciudad<sup>52</sup>. Al entrar allí, les dijo el oficial, que aquella separación era, para que libres del

---

<sup>51</sup> En el Pliego Reservado que envió el conde de Aranda se incorporó la Instrucción de lo que debían ejecutar los Comisionados para el Extrañamiento. En su artículo X expresa que deberían separar los novicios que no hubiesen hecho los votos religiosos y trasladarlos a una casa aparte donde con “*conocimiento de la perpetua expatriación, que se impone á los Individuos de Orden, puedan tomar el partido á que su inclinación les induxere*” (Colección 1767: 10).

<sup>52</sup> Fueron separados y conducidos por el ayudante mayor D. Juan de Sardeñi al noviciado para recoger sus cosas y ser enviados al convento de San Francisco con el fin de que se siguiera persuadiéndolos de su decisión. En el convento fueron recibidos cordialmente por el Padre Guardián fray Blas de Agüero y conducidos a la “*muy húmeda, fría y oscura*” enfermería del convento. Las camas estaban sucias y llenas de chinches por lo que sólo durmieron en ellas la primera noche, haciéndolo luego sobre una tarima del altar y en sillas y taburetes que armaron como camas. (Page 2010: 72-73).

influjo de los Jesuitas, deliberasen mejor a sus solas sobre si querían quedarse, conforme se los concedía en el Real Decreto, o seguir a los demás en su destierro. Respondió el Hermano Clemente, y todos los Novicios con él: “Que si era ese el único fin, los podían desde luego juntar con sus amados Padres; porque no tenían que deliberar en su vocación, estando ya, como estaban, determinados, a no desistir jamás de ella”. Sin embargo deberán estar aquí algunos días, replicó el señor oficial; y los depositaron a todos juntos en una misma Pieza, que servía de enfermería. No había aquí para tantos comodidad de camas, ni les llevaron las propias, ni aún ropa para mudarse; con lo que hubieron de padecer no poco. Vez hubo, que el Hermano Baigorri durmió sobre una tarima de madera, sin más colchón, ni cubierta, que su manteo. Pero este trabajo, y los demás, que aquí padeció, tuvo en menos, que el de las continuas tentativas que le dieron contra su vocación: era el único de los Novicios natural de aquella ciudad, y fue el que tuvo más enemigos, que le combatieron.

El Goliat, con quien hubo de salir primeramente a campo de batalla, y provocado de él, fue un religioso de autoridad y Lector de Teología<sup>53</sup>. Llamó este religioso al Hermano Clemente solo a una celda, habiendo introducido antes en ella a su padre, para mover más al hijo con su vista y presencia. Según se creyó había también persuadido el Padre Lector al padre del Novicio, que lo más conveniente era, que llevase a su hijo a su casa en aquellas circunstancias: y para que se hiciese sin violencia del uno y satisfacción del otro, le había también prometido, que él lo convencería con sus razones. El Novicio avisó al Hermano Distributario, y con su licencia vino a la celda, donde lo llamaban. Convidóle primeramente el religioso con el desayuno de chocolate. Agradeció cortésmente el Novicio, y se excusó de tomar; así porque para esto no tenía licencia, como porque no se ofrecía a sus con-Novicios, ni se usaba en su Noviciado. Díjole entonces el Padre Lector: “Este tiempo de suyo pide más indulgencia y dispensa para este **rigor**;

---

<sup>53</sup> Mientras el Padre Guardián actuaba con imparcialidad, seguramente porque tenía como sobrino suyo al novicio Bernardo Azcona, el “Goliat” era otro franciscano, que años atrás había huido del noviciado jesuítico y tomado el hábito franciscano. Fue quien los amedrentó constantemente con una diestra retórica. Se llamaba Francisco Javier Barzola, siendo el mismo que le facilitó información al comandante Fabro a la hora del asalto y recompensado luego por Fabro como rector del Monserrat (Page 2010: 73).

pero vamos al asunto principal, para el cual lo llamé, y desea saber su señor padre para su consuelo: **en qué ánimo** se halla Ud.? quiere quedarse o seguir la Compañía de Jesús en su **extrañamiento**?”. Respondió el Novicio con entereza: “**Mi ánimo** es seguir la Compañía de Jesús hasta morir, la que no puedo desamparar, sin ser infiel a Dios, que misericordiosamente me llamó **a ella**”.

Con esta respuesta capaz de satisfacer, y aún edificar a cualquier pecho cristiano, tomó ocasión el buen religioso para combatir al Novicio con un argumento trimembre que traía prevenido. “**No ve Ud.**, le dice, que esta su determinación es contra Derecho Natural Divino y Humano? Contra el Natural; porque éste le obliga a conservar su vida; y el seguir ahora a la Compañía, es exponerse a perderla manifiestamente entre los peligros del mar. Contra el Divino: porque éste le obliga a cuidar de sus padres, y asistirlos en lo necesario; y el seguir ahora a la Compañía, es desampararlos enteramente, causándoles también la pena de que no lo volverán a ver jamás. Contra el Humano; porque en el mismo hecho de seguir voluntaria y libremente una religión, desterrada por justos motivos, califica Ud. por injusto el Real Decreto; lo que de ninguna suerte se puede nadie persuadir de un tan sabio como católico Monarca”. Esta última razón, o último miembro de su argumento lo reforzó el Padre Lector con otros paralogismos, o porque ponía en él la mayor fuerza de su argumento, o porque quería poner terror al Novicio con aquellas apariencias. Todo este tiempo, que propuso su argumento, estuvo nuestro Novicio callado y modesto: y pensando tal vez el religioso; que lo tenía ya convencido, lo estimulaba a que respondiese. Viéndose entonces precisado, pronunció con respeto en esta forma a satisfacer por la última razón.

“**No califico** con el hecho, Reverendo Padre, por injusto el Real Decreto; pues siendo este disyuntivo, puedo elegir cualquiera de sus dos miembros, sin oponerme. Y así como no me opusiera a él, quedándome en mi casa, como V.R. me persuade, tampoco me opondré siguiendo la Compañía, como me lo persuade mi fidelidad a Dios, y a mi **Religión**”. Luego que oyó esto el Padre Lector, se levantó de su asiento, y vuelto hacia al padre de Clemente, enardecido le dijo: “**Yo hice** cuanto he podido por convencer a su hijo: Ud. ya ve la obstinación **en que está**”; y sin hablar más palabra, se despidió con pretexto fingido. Así equivocó esta vez el sapientísimo Padre Lector la

constancia del Novicio con la obstinación: y aunque su conducta esta vez parece que no fue tan decorosa a su persona y profesión; sin embargo su intención no la juzgamos por tan achacosa, que realmente intentase desviarle de sus piadosos intentos, antes interpretamos benignamente, que todo lo que hizo no fue más, que una arma falsa para probar el valor del hijo y satisfacer al amor del Padre.

Como quiera que esto sea, el éxito de la disputa fue, que viéndose a solas nuestro Hermano Baigorri con su Padre, le deshizo las demás razones del Padre Lector, y lo satisfizo tan plenamente, que trocado el ánimo del buen viejo, le habló a su hijo de esta suerte: “**Hijo** mío, no sólo me consuelo mucho de oírte, sino que también te aseguro, que fuera tan grande mi sentimiento si dejarais vuestra vocación, que no te reconociera por hijo; solamente que los Padres de la Compañía no puedan, o no quieran llevarte consigo, te admitiré en mi casa. Perseverad constante y sed un Santo; que esta será mi mayor **gloria**”. Así nuestro Novicio verificó en esta ocasión el testimonio de la Escritura: **que** el hijo sabio será gloria y alegría de su **padre**. Consolado, pues, éste y desengañado de las falsas impresiones contra la Compañía, pensó el Hermano en consolar a su Madre, a quien juzgaba más afligida; porque estaba a la sazón enferma en la cama, y atribulada por la muerte de dos criados principales y aún mucho más por el trabajo, que sucedía a la Compañía, y por la desgracia, que redundaba en su amado hijo. Parecía a éste tanto más difícil el consolarla, cuanto le era imposible el verla y hablarla. Acudió al único refugio de la Oración, y pasó en ella la mayor parte de aquel día delante de la imagen de nuestra Señora. Al último de la tarde cogió el fruto de su oración, cuando un hermanito, que tenía en casa, enviado de parte de su madre le aseguró, que, aunque el día antes había estado muy pesada, ahora se hallaba muy alegre, y consolada; y que le mandaba decir: “**Que no** pasase pena alguna por ella; porque, aunque murieran todos los de su casa, y quedara ella sola en la cama, su mayor consuelo sería, que siguiese la Compañía de Jesús; que no que fuera a **asistirla**”. Madre por cierto prudente, y mujer más que fuerte; pues supo valerosa sacrificar al Señor por víctima su propia vida, y el fruto de sus entrañas.

Fuera del dicho combate, tuvo que vencer otros bien fuertes nuestro Novicio. Un religioso de otra Orden, pariente suyo<sup>54</sup>, vino de propósito a probar su vocación con once razones bien premeditadas. Propusóselas con fervor; pero al oír, que se las desataba con tanta solidez y al verlo tan firme en su resolución, le echó los brazos dulcemente, diciéndole: “**Ahora** lo estimo más, primo mío, por su tan buena conducta: todo cuanto he dicho no ha sido más que por cerciorarme de ella: conozco, que Dios lo llama a padecer en su Compañía; siga en hora buena tan feliz **estrella**”. Otros dos seculares, que fueron antes discípulos, y con-colegas suyos, también le combatieron sobre el mismo asunto: pero no consiguieron más, que darle mayor materia, en que resplandeciese más su constancia, y que lo fuese para ellos de confusión y edificación. Quién más, que todos, le molestó en este punto, fue un fraile lego. Éste había sido dos años antes Novicio de la Compañía; y dejando la sotana, se volvió al siglo; y de aquí pasó a otra religión. Hízose, pues, este religioso Padre espiritual de los Novicios; y las direcciones y consejos, que les daba, eran de que dejasen la sotana; provocándoles de esta suerte con palabras a la inconstancia, que primero les había enseñado con la obra. Fue tan celoso y solícito Maestro de Novicios, que les propuso las Reglas de su Orden, para que las leyeran; y se las declaraba, para que las entendieran: ofrecióles hábitos, si querían quedarse en su Orden; alababa mucho a ésta, vituperando al mismo tiempo la Compañía; y últimamente añadía, que **hablaba como hombre experimentado**. Ninguno se conformó a su espíritu; pero no dejó de molestar a todos su poca consideración. Para evitar esta y semejantes molestias, que se causaban a sus Con-Novicios, pidióle el Hermano Baigorri al Padre Guardián, que no permitiese entrar a persona alguna a la pieza, donde estaban; porque deseaban estar con quietud y seguir la distribución del Noviciado.

El Padre Guardián, que era el Reverendo Padre Fray Blas Agüero, hombre de silencio, prudencia y religiosidad, y a quien por su caridad y dirección quedaron muy agradecidos nuestros Novicios, les dio contento en lo que le pidieron; prohibiendo la entrada, aún a sus religiosos, sin su licencia. Observaron con esto los Novicios su

---

<sup>54</sup> Era un primo suyo de la Orden de los mercedarios, entre otros parientes que se acercaron a convencerlo que desistiera (Page 2010: 73).

Distribución Religiosa, libres de toda inquietud: y fue tal la edificación, que causaron, que llegó a exclamar una persona por lo que veía: “**Admirado** estoy de la incansable aplicación de estos jóvenes con conservarse en sus santas y loables instituciones del Noviciado; y esto, sin la presencia, ni vigilancia de sus **Superiores!**”. No se contentaron con esta ordinaria Distribución los fervorosos Novicios, sino que, como si la tribulación presente fuese aceite para encender más en ellos el amor a su vocación, añadieron más Oración y mayores penitencias y otros ejercicios de piedad, para obtener del Cielo mayor firmeza en ella. Consta de la Relación del mismo Hermano Clemente que dice así: “**Contemplándonos** aquí en el peligroso lance de faltar a nuestra vocación, el recurso a Dios, y a su Santísima Madre, era más frecuente, que lo ordinario. Casi todos hicimos a María Santísima particulares obsequios y algunos con voto particular (si los Superiores nos dieran licencia) de servirla perpetuamente con los mismos obsequios, con tal que nos alcanzase la gracia de perseverar en la **Compañía**”.

Pero apenas comenzaron a gustar lo dulce de su devoción el Hermano Clemente, y sus Compañeros, cuando los volvió a tumbar la noticia de que los Padres del Colegio serían en breve sacados de la ciudad; y que a ellos los dejaban los Jueces en el convento, para que se vieran precisados a dejar la ropa de la Compañía. Era esto puntualmente lo que más temían los Novicios; y para evitar tanto mal, hacen su consulta, y determinan, que se haga una presentación al Juez Comisionario. Formóla esta, y se la mandó el Hermano Clemente; que en los mismos términos es como se sigue:

“**Señor** Teniente de Rey Don Fernando Fabro: **Puesto que el Real ánimo**, e intención de su Majestad, y también el de V.S<sup>a</sup> en separar a los Novicios del resto de la Comunidad, no ha sido otro, que el de darnos una plena y perfecta libertad para la elección, de que se trata: hallándonos todos los susodichos Novicios en una firme y concorde determinación de perseverar en nuestra vocación a la Compañía de Jesús, y aún prontos a derramar nuestra sangre en su defensa, aunque sea a prueba de las más dichas experiencias; después de haberlo mirado en el espacio de cinco días con madura reflexión ante el Divino acatamiento en la oración, y consultándolo con personas de prudencia y santidad: puestos todos humildemente a los pies de V. S<sup>a</sup> suplicamos con la mayor sumisión, se digne cuanto antes, y del modo que más

pluguiere a V. S<sup>a</sup> explorar nuestros ánimos: y vista la firmeza de nuestra resolución, nos haga el honor de juntarnos luego con nuestros Padres y Hermanos, para disponer de nuestra pobreza y reparar de algún modo la pérdida de ropa, que la precipitada salida del Colegio nos ocasionó; pues muchos nos hallamos con la muda de 16 días, sin tener camisas, ni otra ropa blanca, de qué echar mano. Confiamos en la singular benignidad y piadosas entrañas de V. S<sup>a</sup>, que se otorgará nuestra petición. Somos con el más profundo respeto de V. S<sup>a</sup>. Sus más humildes servidores. **Los novicios de la Compañía de Jesús**”.

El despacho, aunque fue favorable en promesas, pero no efectivo, ni tan pronto, como deseaban los suplicantes. Repitieron éstos su súplica; y vino de resulta al convento un Juez, con el escribano público, a tomarles declaraciones. Respondieron concordes los Novicios, que, “**su ánimo era seguir la Compañía de Jesús**”: y hechas las debidas diligencias, y formados los Autos, los sacaron al otro día del convento, después de haber estado ocho en él; y los condujeron al Colegio escoltados de soldados, y seguidos de innumerable pueblo, que concurrió a ver a los Novicios, y a admirar su constancia. Fueron allí recibidos por los Padres con los brazos abiertos, y con mil parabienes, por el grande amor, que habían mostrado a la Compañía. Hallábanse los Padres en la misma pieza del refectorio, donde fueron reclusos la primera vez, y de donde nunca los dejaron salir, ni aún para las necesidades más precisas, los sábados, que les hacían guardia y centinela. Fuera de los Novicios, que venían, los sujetos reclusos eran 121; y estaban tan incómodos y tan estrechos en el Refectorio, que apenas cabían para dormir los cuerpos tendidos en el suelo; con lo que se hizo preciso el poner a los Novicios en otra pieza bien pequeña. Aquí pasaron una noche arrastrados también por el suelo; y de día acompañaban a los Padres en su cárcel penosa, hasta que se fraguó la salida de todos.

## Capítulo 4º

### Parte de Córdoba a Buenos Aires:

#### lo que padeció en el viaje y lo que sucedió en aquel Puerto

A los once días del arresto, el 22 de julio fue el señalado para que partiesen todos los Padres de Córdoba al Puerto de Buenos Aires; donde habían de embarcarse, para venir a España. Ejecutóse la salida a media noche en la hora más rígida del frío, sin más luz, que la de unas escasas linternas; y sin más acompañamiento que el de jueces, soldados y alguaciles. Pero lo que sobre todo atormentó en aquella tristísima noche los ánimos de los Jesuitas, fue el apartarse de aquel Colegio, y de aquella Provincia, que había sido hasta entonces el teatro de sus trabajos y fatigas: y lo que mucho más angustió sus corazones, fue el considerar el sumo desamparo de operarios, en que quedaban tantos Pueblos y Naciones de Indios, unos ya convertidos y otros por convertirse. Venerando sin embargo los altísimos juicios de Dios, y obedeciendo a las Reales Órdenes, salieron de su Colegio, y entraron en los carros, que estaban ya prevenidos. Algunos de los sujetos fueron repartidos de tres en tres en cada carro, o carreta; pero los más, y especialmente los Novicios fueron introducidos en ellos de cuatro en cuatro; y todos traían en el mismo carro todo su ajuar de cama y demás ropa. Estos carros son semejantes a los de España, solamente que están cubiertos de pieles de vacas, y que serán un poco mayores. Metidos, pues, en éstos de día, y de noche, sin otra casa ni posada para descansar, fueron precisados los 130 individuos<sup>55</sup> de aquel Colegio, que eran por todos, a hacer su viaje por tierra, por el espacio de 150 leguas españolas, que hay de campañas.

Las incomodidades, que de suyo se padecen en aquellos caminos, son bien grandes; pero en esta ocasión las hicieron mayores varias circunstancias, que concurrieron. El Comandante de aquella

---

<sup>55</sup> Viajaron 37 sacerdotes, 52 estudiantes, 30 coadjutores y 11 novicios. Se quedaron por explícitas instrucciones reales, los procuradores el P. Antonio Miranda y el H. Antonio Castillo, además del P. José de la Peña que se encontraba enfermo (Furlong 1952: 108).

tropa, o principal conductor, que era un Oficial de Milicia<sup>56</sup>, era inexperto en esta especie de viajar o marchar con carro; y aunque venían otros expertos, no atendía a sus dictámenes. Solamente se gobernaba por el suyo, y este no tenía otra mira, que el de llegar cuanto antes al término. Que murieron de fatiga los bueyes, que se quebrasen los carros, que sucediese el mayor trabajo, no se reparaba; con tal que se consiguiese el fin de caminar. Las más veces faltaba a los Padres aún el tiempo preciso para el reposo del sueño; y para un corto alimento, que tomaban, había de ser a las diez de la noche; y vez hubo, que ni aún para esto se concedió tiempo en más de 24 horas. Finalmente en 26 días, que duró esta caminata, no faltó pena alguna corporal, que allí no se padeciese; hambres, sedes, cansancios, vigiliás, todo hubo, gracias al Señor, en abundancia. Por todo se atropellaba, a fin de caminar. Llevábase un Altar portátil, para poder decir Misa; había algunas capillas en el camino, donde se podía también celebrar; concurrían fiestas de guardar; pero rara vez se concedió el decir Misa, ni menos comulgar, por la tropelía que se causaba<sup>57</sup>.

Todas estas incomodidades aunque fueron comunes a todos los Padres, no dejó de padecerlas muy en particular nuestro Hermano

---

<sup>56</sup> Era el teniente de infantería D. Antonio Bobadilla. Llevaba una carreta llena de libros y alhajas que había sustraído de las estancias donde le tocó intervenir. Al llegar a Buenos Aires y enterado el gobernador Bucareli del mal trato que le dio a los jesuitas en el viaje le embargó la carreta que la había dejado en una estancia porteña (Furlong 1952: 116).

<sup>57</sup> El P. Peramás relata extensamente ese derrotero que se inicia con la llegada a Río Segundo donde escucharon misa e intentó sumarse a la caravana el joven estudiante Luis Castañares con el fin de acompañar a los jesuitas en el exilio. Pero lograron disuadirlo de su intento. Pasaron luego por la laguna de Empira, Río Tercero, la esquina de Ballesteros donde próximos a ella dos colegiales más pretendieron unirse. Posteriormente llegaron a Fraile Muerto donde volvieron a escuchar misa, luego al Saladillo y en el fuerte de Cruz Alta recibieron la noticia de un posible ataque de indios de la región. Pasaron por el fuerte de India Muerta y la Laguna Rabona para llegar a Pergamino, que era por entonces un pequeño fuerte con algunas casas. Arribaron luego a Arrecifes, cabecera del curato, pasando después por Areco, San Lorenzo y al fin la Villa de Luján donde la población contempló el paso con dolor, aunque con expreso silencio ya que el obispo de Buenos Aires D. Manuel Antonio de la Torre prohibió que sus feligreses se comunicaran y ayudaran a los jesuitas. Cruzaron el riachuelo de las Conchas y el pueblo de indios de Quilmes y cuando llegaron a su estancia de la Calera, Bobadilla no permitió que oficiaran misa allí, como no se les permitió en varias iglesias por las que pasaron.

Clemente. En todos se vio por todo aquel tiempo un continuo ejercicio de paciencia; y en él se dominó a más de esto, una grande paz y tranquilidad, sin que hubiese jamás abierto los labios para la más mínima queja. En la salida de Córdoba, fuera de lo que todos deseaban, dejó él su patria, padres y hermanos. En el viaje padeció la estrechez del carro y la falta de cosas necesarias; pero siempre se le notó una continua alegría y grande conformismo con la voluntad de Dios. No le impidieron los trabajos para tener todos los días la hora de la Oración de la mañana y sus Exámenes cotidianos, y el hacer los demás ejercicios piadosos, que acostumbraba en el Noviciado. Reconcilióse todos los sábados, aunque no hubiese de comulgar; y la vez que se logró decir Misa, no dejó de recibir la sagrada comunión. Trajéronle de su casa al camino algunos panes y otros comestibles, que en aquellas circunstancias en que de todo se carecía, eran apreciables; y él lo entregó todo a su Superior, para que lo repartiese en los más necesitados.

Habiendo llegado los Padres a la última jornada, que era la Ensenada de Barragán, fueron inmediatamente embarcados en pequeños barcos y conducidos a la fragata **Santa Brígida** o **Venus**<sup>58</sup>, que estaba anclada en la Punta de Lara, que es una bahía abierta, que forma el gran Río de la Plata. La entrada en el navío se pudo tomar por descanso después de la trabajosa viajata de tierra. Para el Hermano Baigorri, y sus Con-Novicios no duró mucho este alivio; porque a los trece días les vino orden del Señor Gobernador de Buenos Aires don Francisco Bucareli, para que fuesen al instante llevados a aquella ciudad<sup>59</sup>. Los efectos que causó este orden en los ánimos de nuestros

---

<sup>58</sup> La fragata *la Venus*, conocida también como Santa Brígida, a cargo del capitán Gabriel Guerra Jerezamo, fue construida en los astilleros de La Carraca en Cádiz y botada en 1755. Tenía un desplazamiento de 800 toneladas, con una eslora de 33 metros y una manga de 9 metros. Perteneciente a la escuadra de Cádiz, contaba con sólo entre 28 y 30 cañones, lo que la hacía veloz pero la colocaba en una situación de desventaja ante cualquier ataque de fragatas francesas o inglesas, que contaban al menos con 40 cañones. Llevaba como mascarón de proa la efigie de un león rampante, como los navíos de línea de entonces. Fue la que comandó la flota que partió con la primera tanda de jesuitas expatriados, al mando del capitán Gabriel Guerra Jerezamo. Prestó servicios hasta 1809 (Page 2010: 76).

<sup>59</sup> Justamente entonces se incorporaron a la fragata los jesuitas recién llegados de España. Habían sido solicitados por el provincial Pedro Juan Andreu en 1763 a los fines de incorporar misioneros a diversas reducciones. El fiscal del Consejo de Indias

Novicios, el modo como fueron conducidos, y lo que les sucedió en dicha ciudad, lo referiré con las mismas palabras, que el Hermano Baigorri en su relación: “**Noticia fue esta**, dice, que atravesó de parte a parte nuestro corazón, así por ser ella tan inesperada, como porque en el concepto de muchos era indicio cierto de que nos quitaban las sotanas, o nos impedían el cumplimiento de nuestros designios, negándonos absolutamente el pasaje a España. Pero a mí me consoló mucho lo que oí en esta ocasión a mis Hermanos Con-Novicios; y fue, que se hallaban con ánimos de que, si les quitaban las sotanas, o prohibían seguir con ellas a los Padres, entrarían ocultamente a los navíos, o se disimularían con el traje de pajes, de escoba o de grumetes, a fin de seguir la Compañía y lograr después su santa vocación. Mas Dios nuestro Señor, prosperando siempre nuestras cosas, no dio licencia a los hombres, para que ejecutaran lo que temíamos.

Entramos en la populosa ciudad de Buenos Aires, hechos todos un jubón de azotes, cogidos y avergonzados por nuestro amorosísimo Jesús, que lo fue primero por nosotros. Íbamos con nuestro oficial y soldados, que parece que hacían particular estudio de asegurarnos. Figuróseme esta entrada a la de nuestro Redentor en Jerusalén el Día de Ramos, por el concurso de gente, que salía a las puertas y ventanas, y se hacía enconadiza por las calles. Solamente que nosotros llevábamos el sobrenombre de **presos, de engañados, y de infieles al Rey**. Caminábamos con aquella modestia, que nuestro Santo Padre requiere en sus Hijos. Para la gravedad en el andar nos ayudaba la de nuestro conductor, que parecía querer hacer ostentación, según la

---

estuvo de acuerdo en el número solicitado y un año después el presidente de la Casa de Contratación autorizó el embarque. Se presentó una primera lista de cuarenta sujetos y luego fue modificada. Poco después una cédula real fechada el 29 de enero de 1767 sólo permitía embarcar a las Indias sacerdotes ya ordenados, a excepción de coadjutores legos. Pero ya había zarpado el primer grupo de 42 jesuitas para el Paraguay y Chile en el navío “*San Fernando*” a cargo del maestre don Benito de Viñas y Freire. Cabe consignar que en el viaje cuyo superior era el P. Francisco Javier Varas fallecieron seis jesuitas. Zarparon desde Cádiz el 11 de enero de 1767, y permanecieron por dos meses en las costas españolas ante el mal tiempo que azolaba el puerto. Luego de todo tipo de padecimientos arribaron a Montevideo el 26 de julio. La otra nave que llevaría al resto de la expedición autorizada de dieciséis sujetos a cargo del P. José Sanz, llamada “*Diamante o San Nicolás*” a cargo del maestre don Manuel de la Encina, no zarparía con los jesuitas por el decreto de la expulsión, aunque viajaría al Río de la Plata a fin de cargar expulsos (Page 2010: 83).

pausa, con que se movía: lo que era realmente sensible, y solamente llevadero por la consideración de lo que padeció el Señor, cuando fue públicamente llevado por los tribunales. El silencio, que se guardaba, era exacto; y todos iban modestamente compuestos: para lo que ayudó no poco la advertencia, que uno de ellos hizo al entrar a la ciudad: (y éste fue el mismo Hermano Baigorri): Carísimos Hermanos vamos a predicar por esas calles, hechos el espectáculo de todo el pueblo: cuidado, pues, con la edificación de los prójimos, y con el honor de nuestra Madre la Compañía.

Con este orden llegamos a la Casa de Ejercicios, donde, luego que entramos, nos advirtieron, que la causa de traernos era, para que más seriamente, y con total independencia reflexionáramos en el punto de nuestra vocación. Nosotros entablamos desde luego nuestros ejercicios espirituales, según lo acostumbrado en nuestro Noviciado. Teníamos Distributario, a quien obedecíamos, como a Superior. Se distribuyeron oficios para visitar a Oración, y servir a la Mesa; porque no queríamos que los seculares nos sirviesen. Al principio se guardó silencio en Mesa; después pedimos, que se nos permitiera leer como en nuestros Refectorios, y lo conseguimos: y después de nuestra quiete rezábamos en comunidad la Letanía de los Santos. Cada ocho días nos confesábamos con religiosos de Santo Domingo y San Francisco, quienes nos animaban a la perseverancia, y a llevar con paciencia los trabajos. En estos días llegaron de Europa otros ocho Novicios, que fueron en la Misión, que llevó para Chile y Paraguay el Padre Javier de Varas<sup>60</sup>, Procurador general de Chile para Roma. El amor y alegría, con que los recibimos, los hizo olvidar los trabajos pasados y la determinación que algunos traían, de dejar la sotana; porque juzgaban, que vueltos a Europa no los admitiría nuestro Padre General<sup>61</sup> por las circunstancias tan críticas, como las presentes. Nosotros les decíamos:

---

<sup>60</sup> Cabe consignar que en el viaje cuyo superior era el P. Francisco Javier Varas, fallecieron seis jesuitas. Zarparon desde Cádiz el 11 de enero de 1767, y permanecieron por dos meses en las costas españolas ante el mal tiempo que azolaba el puerto. Luego de todo tipo de padecimientos arribaron a Montevideo el 26 de julio.

<sup>61</sup> Era general de la Compañía de Jesús el italiano Lorenzo Ricci (1703-1775). Luego de ejercer la docencia ocupó cargos administrativos hasta alcanzar a ser elegido general en la Congregación de 1758. Fue encarcelado por el Papa Clemente XIV en Castell Sant'Angelo en Roma donde falleció a pesar que su sucesor Pío VI buscó liberarlo.

**se persuaden** mis Hermanos, que, si vamos a Roma y nos ponemos a los pies de nuestro Padre General, suplicándolo, que nos admita para los Colegios en lugar de muchos mozos, que tendrán para el servicio de la casa siendo nuestro Padre, tendrá corazón para **negarnos**? Con esto quedaron consolados.

A los siete días, que estuvimos encerrados en aquella casa y con continua guardia de soldados, vino un escribano de la ciudad, y nos notificó a todos juntos el Decreto de Extrañamiento y otra Instrucción particular, en que se nos decía: **que si perseveráramos** en la Compañía no pagaría el Rey por nosotros más, que el transporte a España; que de allí adelante correría por nuestra cuenta la manutención; que, aunque en algún tiempo volviesen los Jesuitas a España, nosotros seríamos excluidos perpetuamente; y si puestos en Italia nos introduciéramos ilegítimamente a aquel reino, o escribiéramos de allí cartas, o cualquier otra cosa en deshonor de su Majestad, que caeríamos en la indignación del Rey; y seríamos tratados como reos de lesa Majestad. El dicho escribano, al leernos estas cosas, lo hacía con grande espíritu y fervor; pero los Novicios se reían; porque todas esas penas las reputaban por nada, con tal que lograsen seguir la Compañía. Señálonos término de pocos días para que meditásemos sobre lo intimado, el señor escribano.

Cumplido el plazo, volvió éste con el secretario del señor Gobernador, que venía de Juez, y traía muchos soldados granaderos, a quienes repartió por diferentes puestos de la casa, por las puertas, tránsitos, y escaleras. Recluyéronnos a todos los Novicios en la Capilla, poniendo un centinela a la puerta. De aquí sacaba un oficial militar a los Novicios de uno en uno al Refectorio, donde estaba formado el tribunal, y se volvieron a notificar el Decreto, y penas como antes. Se nos pidió la firma y se formaron Autos, según nuestra determinación. Éramos diecinueve los Novicios con los recién venidos; y solos dos de estos, que eran los más tiernos de edad, por temor, o por engaño, o lo que es más verosímil, por haber antes flaqueado en sus Ejercicios espirituales, firmaron dejar la Compañía y salieron al Siglo con grande sentimiento de los demás. Algunos días después de esto nos sacaron de la ciudad con el mismo acompañamiento de soldados, que al entrar, y con el mismo concurso de gentío. Nos embarcaron a todos en un barquillo, para volvernos a la fragata Venus; pero con orden de que no se diese a la vela hasta nueva orden. Aquí padecimos algunos trabajos,

que tuvimos que ofrecer a Dios. Trajeron a bordo de nuestro barco a los Padres del Colegio de Corrientes: y como era de noche, y no había prevención alguna, les hubimos de ceder nuestras camas. Nosotros, formando de nuestros manteos<sup>62</sup> y sobrerropas unas como tiendas para defendernos del agua, y del frío, nos tendimos en la cubierta, tomando un cable por cabecera; pero con grande consolación de nuestras almas, acordándonos de la dura cama de la Cruz, y de las maromas sobre que durmió alguna vez nuestro Padre **san Francisco Javier**". Hasta aquí su relación.

Bien se deja ver la moderación, con que habla el Hermano Baigorri en todo esto, y especialmente en los trabajos, que padecieron: pues fuera del gran rubor que padecieron en la entrada, y salida de Buenos Aires, que fue al mediodía, y por las calles más públicas; fuera de las palabradas, que algún otro adversario de la Compañía les dijo, tratándolos de infatuados, y fanáticos; hubieron de sufrir mucho los ocho días, que estuvo anclado su barco en el puerto. Moviése a la sazón una grande tempestad en el río, por un furioso viento de tierra, que tuvo al barco en agitación continua por tres días. Mareáronse todos, y postrados sobre las tablas no tenían acción para nada. Lo peor de todo era, que no tenían con qué restablecer y fortificar los estómagos debilitados. Otras lanchas, que también estaban ancladas, no pudiendo mantenerse contra las furias de la tempestad, se mudaron a buscar otro abrigo. Quedó solamente el barco de los Novicios en la bahía abierta, por el orden que tenía; de no moverse de aquel lugar por ningún caso, aunque fuese necesario bajar en tierra, deshechos todos los cables. Viéronse obligados los Novicios en aquel conflicto a suplicar sencillamente por medio del barquero a los Ministros, que los dejaran saltar a tierra hasta que pasase la borrasca; pero se les negó aún este alivio. Rara inadvertencia de Jueces y Ministros y débannos a la decencia no llamarla **extraña inhumanidad**.

Dióse finalmente a la vela el barco después de la tormenta, y fueron recibidos los Novicios por los Padres en su fragata con extraordinario júbilo y consuelo de ambas partes. Aunque desearon estos acomodar los Novicios en el navío, no pudieron; porque los

---

<sup>62</sup> Era una capa larga con cuello estrecho que solían llevar los eclesiásticos sobre la sotana; antiguamente también la usaban los estudiantes.

catres, que habían desocupado en su partida a Buenos Aires, los tenían ya ocupados los Padres, que fueron a Indias con el Padre Procurador general de la Provincia de Chile Javier de Varas en el navío San Fernando; a quienes después de su largo y penoso viaje, sin dejarlos saltar a tierra más que por unos pocos días en Montevideo, donde los tuvieron encerrados en una casa, los incorporaron con los Padres del Paraguay en la fragata Venus, para que volvieran a España. El Hermano Baigorri, y sus compañeros, con el gozo de verse en compañía de sus amados Padres, no repararon en incomodidad alguna; antes pareciéndoles, que todo era menos de lo que deseaban padecer por seguir a la Compañía de Jesús, se contentaron con los últimos rincones del Combés, donde pasaron los más todo el tiempo de la navegación<sup>63</sup>.

## **Capítulo 5º**

### **Navega a España:**

#### **y lo que pasó en el Puerto de Santa María**

El año de 1767 día 12 de octubre, consagrado en España a nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, levantó últimamente áncora la fragata a vista de Montevideo, y soltó enteramente las velas al viento. Con la guía de aquella Celestial y prodigiosa columna, fue la navegación bastante feliz. Duró 85 días, y de 161 Jesuitas que venían, ninguno gracias al Señor, murió; ni hubo peste, o enfermedad

---

<sup>63</sup> En “*La Venus*” llegaron a embarcarse 161 sujetos bastantes apretados, mientras que en el “*San Esteban*” se embarcaron los jesuitas del Colegio de Buenos Aires y la residencia de Montevideo, los de Santa Fe en “*El pájaro*” y los de Corrientes en “*La Catalana*”, entre otras. En fuentes como el Archivo Histórico Nacional de España (AHNE) Clero Jesuitas, Leg. 826 y 827, se señalan 16 naves. Aunque aquí se anotan seis naves que transportaron entre uno y dos jesuitas. Las más concurridas fueron “*La Venus*” y “*La Esmeralda*”, con arriba de un centenar cada una. Mientras casi medio centenar llevaron “*San Esteban*” y “*San Fernando*”, repartiéndose el resto entre las naves “*El Estocolmo*”, “*El Pájaro*”, “*El Rosario*” alias “*San Francisco Javier*”, “*Nuestra Señora de Aránzaza*”, alias “*La Venganza*”, *Nuestra Señora de los Remedios*”, “*Nuestra Señora del Buen Consejo*” alias “*Los Placeres*”, *Nuestra Señora del Pilar*” y “*San Nicolás*” alias “*El Diamante*” (Page 2010: 84).

contagiosa<sup>64</sup>. No faltaron sin embargo algunas de aquellas incomodidades, que son frecuentes en las navegaciones de aquel mar tan dilatado: las que en los Padres pasaron a ser penalidades, así por ser muchos en número, como por venir arrestados, y sujetos en todo a la administración de seculares. El Hermano Baigorri tuvo en particular que padecer algo más, que los otros. Su habitación era en el último rincón del entrepuentes hacia la proa, sin luz, ni sitio para la cama. Vióse forzado a ponerla unas noches sobre arcas, o petacas desiguales, y las más a andar rodando juntamente con ella, sin poder descansar. En una tormenta, que se padeció a la salida del Río de la Plata, entraba el agua por las troneras, y bañaba las camas y ropa de los Novicios; por lo que pasó en vela, sin dormir toda la noche el Hermano Baigorri. En otras hubo de sufrir lo mismo; y en algunos días se pasó sin comer, por no podersele asistir, ni querer él molestar pidiendo: pero en todas estas ocasiones no se le vio perder jamás un punto de su paz y tranquilidad. A sus acostumbradas distribuciones de exámenes, oración y lección nunca faltó, aunque hubiese el mayor bullicio en el navío. Tuvo con exacción un turno y unos Ejercicios de nuestro Santo Padre, como se acostumbraba en su Noviciado; sin dejar las cuentas de conciencia, Confesiones y Comuniones, siempre que se podía. Edificaba hasta a los marineros con su porte, y con el cuidado que tenía, de leer algún libro devoto donde le pudiesen oír aquellos, y aprovecharse.

---

<sup>64</sup> Otras fuentes registran diversos hechos sucedidos en este viaje como las numerosas tormentas que debieron soportar. Apenas salieron se levantó una furiosa tempestad que los mantuvo en vilo por ocho días. Los barcos quedaron separados sin poderse visualizar unos de otros. El 22 de noviembre cruzaron la línea del Ecuador y fue motivo de festejos entre los marineros pues se tenía como la mitad del camino. En el viaje murió un soldado y un marinero, pero lo más significativo de semejante trayectoria fue que tres novicios profesaron sus votos. Domingo de Paz y Juan Domínguez lo hicieron el 9 de noviembre y Pedro Céspedes el 3 de diciembre, día de San Francisco Javier. Mientras que el día después de los votos de Céspedes, ya se encontraban próximos al Cabo Verde cuando avistaron naves inglesas que causaron pánico en la tripulación, pero no pasó a mayores. Luego llegaron a las Canarias y pasaron por Madeira aunque sin desembarcar en ninguna isla. Si bien se habían provisto de abundantes provisiones, muchos alimentos se echaron a perder, incluso el vino quedó hecho vinagre. Pero sobre todo se les escatimó la comida en provecho de los marineros que la administraban. Chinchas, piojos, ratas y cucarachas dominaban los depósitos y la estrechez de los lugares asignados para dormir. (Page 2010: 76).

Arribó la fragata al Puerto de Cádiz el 4 de enero del año siguiente al que salió de Buenos Aires<sup>65</sup>. Fueron depositados todos los sujetos en el Hospicio<sup>66</sup> de la ciudad del Puerto de Santa María, que fue antes Casa de la Compañía de Jesús. Logró aquí el Hermano Baigorri por algún tiempo seguir su Noviciado con sus compañeros; y cuando pensaba estar ya seguro de no ser molestado en punto de su vocación, hubo de padecer en el mismo Puerto una tormenta mayor, que todas las del océano. Fue el caso, que se intimó a nuestros Novicios un orden de la Corte de España, en virtud de la cual debían separarse de los Padres y ser depositados en el Convento de San Francisco<sup>67</sup> de aquella ciudad para nuevas pruebas de su vocación. Obedecióse con puntualidad, pero no sin dolor y lágrimas de una y otra parte. Atormentaba sus ánimos el

---

<sup>65</sup> Llegaron a la Bahía de Cádiz en un día nublado donde apenas divisaban el monasterio de Nuestra Señora de la Regla, mientras el paquebot con el P. Agulló lo hizo pocos días después al Ferrol y luego a la Coruña. “*La Venus*” fue la primera embarcación que llegó de América transportando jesuitas expulsos. Al cuarto día vinieron las embarcaciones que los conducirían al puerto de Santa María. Al desembarcar de noche los esperaban en la playa soldados con sus bayonetas caladas quienes tenían órdenes del gobernador de no dejarlos bajar hasta que estuviera bien aprestada la soldadesca. Había temor que se levantaran con el supuesto rey Nicolás I, de quien tanto se hablaba en España (Page 2010: 76).

<sup>66</sup> Llamado “hospicio de misiones” en tiempos de los jesuitas y “hospicio de los Apóstoles” en tiempos de la expulsión, era una casa que tenían los jesuitas de las provincias ultramarinas en el puerto de Santa María desde la década de 1730. Estuvieron allí fuertemente custodiados, con injustas prohibiciones (Page 2010: 76).

<sup>67</sup> Efectivamente el número de jesuitas aumentaba considerablemente y el 20 de febrero, algunos extranjeros y los ocho novicios del Paraguay, fueron trasladados al convento de San Francisco de la Observancia. Entre ellos Florián Paucke que dejó una relación de su estadía en el Puerto de Santa María. Pero se contradice con la relación del P. Miranda, diciendo que la marquesa de Borja había solicitado al gobernador poder alojar a los novicios y otros jesuitas en su palacio. “*Esto se permitió también y ella recibió ahí setenta y dos jesuitas junto con los novicios a los cuales atendió con el mayor afecto*”. Paucke describe el convento “*situado al fin de la ciudad sobre un cerro alto tenía un jardín primoroso*”, agregando “*habítábamos en un gran salón que se hallaba en la esquina del convento y tenía una agradable vista hacia la ciudad de Cádiz*” (Paucke 1944 (3): 135). El convento franciscano estaba ubicado sobre la plaza del Ave María fue fundado por don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, en 1517. En 1570 se comenzó la construcción de la iglesia que es la única construcción que sobrevivió. Las vueltas de la historia hicieron que en el Siglo XIX pasara a los jesuitas, quienes levantaron allí el Colegio de San Luis Gonzaga, conservando el patrón original de la iglesia y su edificio. (Page 2010: 77).

recelo bien fundado, que de esta vez les quitarían ciertamente las sotanas, como se había hecho con los Novicios de las Provincias de España, que estaban en la Europa.

En esta separación señaló el Padre Viceprovincial Pedro Juan Andreu<sup>68</sup> al Hermano Baigorri por superior de los demás, para los casos urgentes; porque se juzgó sería difícil el recurso a los Superiores Mayores, como en Madrid lo fue, por haberseles prohibido toda comunicación, aún por escrito, con los Padres. Luego que entró el nuevo Superior con los suyos a aquel Convento, fijó la distribución, que debían observar como Novicios; y como para todo iba delante con el ejemplo, y guardaban todos entre sí tan bella armonía de unión y caridad, no fue difícil de observarse. A los ejercicios comunes añadieron otros de supererogación, por la necesidad en que se consideraban, para impetrar del Cielo su perseverancia. Cuáles fuesen éstos, y cuál el modo, que tuvieron, de portarse desde los principios, lo refiere el mismo Hermano en una carta, que escribió a su Maestro de Novicios, y se la pudo mandar por contrabando.

“**Nueve días** hace, (dice), que comenzamos la Novena del Sagrado Corazón de Jesús, con ocasión de tener aquí unos libritos del Padre Croiset<sup>69</sup>. En todo este tiempo ha sido tal el fervor, y devoción, que han mostrado los Hermanos a este amabilísimo Corazón, que hasta sus conversaciones y lecciones espirituales han sido de tan Divino objeto. Las visitas del Santísimo Sacramento son muy frecuentes; y en su presencia rezan unos el oficio de la Santísima Virgen, otros el

---

<sup>68</sup> El P. Andreu en realidad era el rector de la Universidad y había sido provincial antes del P. Vergara que había muerto en esos días en el puerto. El P. Andreu nació en Palma de Mayorca el 26 de noviembre de 1697, ingresando a la Orden en 1733. Un año después llegó a Buenos Aires y en 1735 da sus primeros votos para luego alcanzar su sacerdocio de manos del obispo de Buenos Aires fray Gabriel Arregui. Sus últimos votos los profesa en Tucumán en 1743. Antes de ocupar el cargo de rector del Colegio Máximo fue provincial del Paraguay entre 1761 y 1766 (Storni 1980: 15). Una biografía suya Furlong 1953.

<sup>69</sup> El P. francés Jean Croiset (1656 1738) se inició como escritor junto a santa Margarita María de Alacoque de la que después de su muerte escribió su biografía. Fue un fecundo escritor espiritual. Editó 1689 su primera colección de oraciones, pero también escribió ejercicios de piedad, vidas de santos y sobre todo varias colecciones de plegarias y meditaciones para la formación de jóvenes religiosos, que deben ser las que se refiere el P. Juárez.

Rosario, y otros tienen largos ratos de Oración y de suerte, que el coro está siempre ocupado, con edificación de los religiosos del Convento. Andan también los Hermanos tan cuidadosos de su mortificación, que unos en el campanario, otros en sus aposentos, y en otros parajes toman disciplina los días que les toca. El Padre Guardián no podía ignorar todo esto, y nos ha ofrecido el coro para tomarla; tal vez, porque no se apaguen las luces en los demás parajes. El viernes, estando nosotros en lección espiritual, nos mandó decir, que nos dispensaba aquella noche la Disciplina. Agradecemosle su caridad; pero lo tomamos, como otras veces. Nos dice que lo tenemos muy edificado. Dios quiera, que sea **así**". Hasta aquí su carta.

A los siete días, que estuvieron en aquel Convento, les intimó el señor Gobernador de aquella ciudad el Conde Trigona otro Decreto, nuevamente emanado del Consejo Extraordinario, en que se ordenaba, que **los Novicios**, que persistiesen en su primera vocación, fuesen constreñidos a salir fuera del Reino, a hacer su viaje por tierra, de seglares, y a su costa; y que a los que voluntariamente dejasen la sotana, se les prometiese la protección de su Real Majestad<sup>70</sup>. Después de esta intimación les tomó a cada uno en particular separadamente en determinación. Ellos la dieron unánimes en esta forma: "**que persistían** en su vocación; y que estaban determinados a seguir la Compañía por mayores costos, que los que se les habían **propuesto**". Acabadas las diligencias, dieron los Novicios muchas gracias al Señor por la firmeza, que les había dado; y el señor Gobernador, no pudiendo disimular lo edificado, que había quedado, de aquella constancia, se aplicó con un religioso del mismo Convento, y aún con los mismos Novicios, dándoles parabienes por la fortaleza, que habían mostrado.

El Hermano Baigorri tuvo cuidado inmediatamente de escribir otra carta, en nombre de otro, a su Superior, dándole cuenta de todo; la que pondremos aquí, por relucir en ella un grande amor a su vocación.

---

<sup>70</sup> En realidad apenas llegaron se les tomó la filiación a cada jesuita. Tarea que ejerció el secretario del gobernador Lorenzo de Vega y su cuñado el capitán de milicias urbanas don José Cantelmi. El primero fue rápidamente sustituido por el gobernador conde de Trigona y el comisionado militar marqués de la Cañada Terry, de linaje irlandés, cuya familia se había afincado en el puerto de Santa María en el Siglo XVI, habiendo dejado los negocios mercantiles y siguiendo la carrera militar como capitán del Regimiento de Infantería de Ultonia (Page 2010: 77).

Dice pues: “**Resolvimos** todos unánimes seguir la Compañía, y obedecer, haciendo nuestro viaje aunque fuese a pie por tierra, de Peregrinos, a imitación de nuestro glorioso San Estanislao Kostka hasta Roma, a fin de conseguir la sotana, la que solo a pedazos nos la quitarán aquí. Para el mismo fin suplicamos a V.R. nos dé un papel de recomendación, o carta informe con todas las formalidades, que la hagan legítima, y digna de fe, para que nos valga en cualquiera parte o circunstancia; todo lo esperamos de su mucha caridad, y queremos, que no nos lleven como a desgraciados; porque cosa creemos, que Dios nos mira con especial misericordia y paternal amor; pues nos quiere llevar al Cielo por el camino más breve, y seguro de la Cruz. Lloran sobre los otros, que, desagradecidos a su Divina Majestad, se desviaron por su elección libre de aquella senda estrecha; que nosotros por ella esperamos seguir a nuestro buen Jesús constantemente en su Compañía; confiados en su infinita Misericordia, que nos conducirá felizmente al término de nuestros deseos, esforzándonos en los trabajos y consolándonos en las aflicciones, como al presente lo hace; pues nos llena de alegría interior, sin permitirnos un rato de tristeza... también pedimos nos ordene lo que debemos hacer en el decurso de nuestro viaje; y principalmente, cuando antes se nos mande despojar de la sotana; porque nos parece imposible, que tendremos alientos para hacerlo por nuestras manos; pues de esto pensarlo se nos estremecen las **carnes**”. Así acaba su carta.

Fueron conducidos por este tiempo al mismo Convento 18 Novicios, procedentes de Indias, de la Provincia del Nuevo Reino de Santa Fe. Recibiéronlos el Hermano Clemente, y sus compañeros con demostraciones de caridad y amor, y con aquella hospitalidad religiosa, que se usa en la Compañía. Previniéronlos sobre todo para las pruebas, que harían a su vocación, y el nuevo Decreto, que los intimarían; para que, previsto todo, los hiriese menos el golpe. Confortados de esta manera los recién venidos Novicios, estuvieron firmes como los primeros, en su vocación en las dichas pruebas, y notificación del Decreto. No siguieron solo en esto a los precedentes, sino también en la distribución y demás ejercicios de piedad y mortificación. Lo mismo se practicó con otros Novicios, que vinieron de México y del Perú, aumentándose en todos la constancia y el fervor, con la caridad y buen ejemplo de los otros.

Los religiosos de aquel Convento recibían también a todos los Novicios; y siendo testigos de lo que obraban, no podían menos que estar también edificadas. Los que más admiró a estos religiosos, como ellos mismos lo dijeron, fue la unión de amor, que reinaba en los Novicios, y el no haberlos oído jamás ni aún nombrar sus patrias y parientes. Cuando vieron la primera vez a los del Paraguay dar estrechos abrazos a los de Santa Fe, y tratarlos con tanta afabilidad, les preguntaban: “¿**Ustedes** son hermanos carnales? ¿Son de una misma **Provincia**?”. Y respondiendo aquellos, que ni eran hermanos carnales, ni de la misma Provincia; sino que así lo practicaban siempre en la Compañía, aunque nunca hubiesen sido conocidos, quedaron más admirados. Un religioso en conversación familiar con el Hermano Baigorri le dijo con más sinceridad de la que convenía: “**Yo estoy** atónito, cómo siendo ustedes de tan poca edad, estén tan despegados de sus parientes, que los hayan dejado, y venido padeciendo trabajos! Yo tengo mis parientes en Cádiz, y no puedo pasar una semana sin ir a visitarlos”. A lo que respondió modestamente el Novicio: “**Es el caso**, Padre, que todos los de la Compañía tenemos por dichas a nosotros aquellas palabras: “*Qui non odit Patrem et Matrem insuper et animam suam, non potest esse meus discipulus*”<sup>71</sup>; y dejó con esto al religioso, sobre edificado, enseñado.

## Capítulo 6º

### De otros casos más en particular, que aquí le sucedieron

En el tiempo de más de dos meses, que estuvieron nuestros Novicios en este Convento de San Francisco, les acaecieron algunas cosas, en que se probó más su constancia en la vocación religiosa. Unos les persuadían a que dejaran la sotana, al parecer con sana intención; porque juzgaban no ser posible mantenerla siempre en circunstancias tan críticas; y estos mostraban compadecerse de ellos, diciéndoles, que bien veían su inocencia en el padecer. Otros no con tan buena intención

---

<sup>71</sup> “El que no aborrece a su padre y a su madre, e incluso por encima de su criatura, no puede ser mi discípulo” Constituciones de la Compañía de Jesús, Capítulo Cuatro EXA 1:61.

procuraban hacerles entrar hastío y horror a la Compañía, proponiéndoles cuantos libelos famosos se habían publicado contra ella; y éstos directamente les decían, que debían cuanto antes desamparar una Religión tan infame e infamada. No faltaron Parientes de algunos de los Novicios, que vinieron de lejos únicamente con el intento de sacar a los suyos; pero todo fue en vano por entonces, porque ningún Novicio desistió de su vocación. Lo que generalmente les proponían todos, religiosos y seglares, eran los trabajos, que padecían los Jesuitas en Córcega; los que deberían también ellos padecer, si no evitaban el destierro con dejar sus intentos de seguir la Compañía. Decíanles, que allí no se podía hacer vida regular; que los más estaban pereciendo, porque no encontraban qué comer, ni con el dinero en una mano, ni con el Cristo en la otra; y que por esta causa y por el temor de las guerras desertaban muchos de la Compañía, y salían huyendo de aquella isla; y que esto mismo les sucedería a ellos.

Los casos, que en particular sucedieron al Hermano Baigorri, fueron principalmente tres; que porque se conozca mejor su celo, y su amor a su Madre la Compañía, los referiremos. El primero fue con un Eclesiástico seglar. Venía este clérigo muchas veces a visitar los Novicios; y siempre les trataba lo conveniente que les era dejar su vocación; pero viendo que no hacía fruto con tocarles de paso este punto, lo hizo un día más de propósito. Discurrió para esto una larga arenga que la vació toda delante de los Novicios. Reducíase ella a decir mil elogios de otras religiones, y vituperar la Compañía con todas aquellas calumnias, que habían producido sus mayores adversarios. Últimamente les dijo, que la Compañía no era verdadera Religión, como lo habían descubierto con mejores luces los críticos modernos; pues el primer Papa, que se decía haber confirmado el Instituto, no había confirmado éste, sino un papel, en que capciosamente le habían presentado los Jesuitas solamente algunas Reglas<sup>72</sup>; y que los demás Pontífices sucesores habían ido *more pecudum*<sup>73</sup> tras el otro, tolerando lo mismo. Al oír esto el Hermano Baigorri, que hasta entonces había callado por el respeto al carácter, le dijo con seriedad: “¿Y Ud. a quién

---

<sup>72</sup> El 27 de septiembre de 1540, el Papa Pablo III (1534 a 1549), les reconoció como una nueva Orden religiosa y firmó la bula de confirmación, *Regimini militantis ecclesiae*.

<sup>73</sup> “Perdidos como el ganado”.

cree? a los críticos modernos, o a los oráculos de la **Iglesia**?”. Sobrecogido el Eclesiástico, respondió: “Yo en todo caso soy católico”. Pues si es católico, replicó el Novicio, ¿cómo profiere esas cosas? Y prosiguió: “Sepa Ud., que el Papa Paulo Tercero, que fue el primero, que confirmó la Compañía, propone en su Bula todo lo sustancial de su Instituto; y lo aprueba con cierta ciencia, y después de muy madura consideración: y aún prohíbe so pena de caer en la indignación de Dios, que nadie se atreva a contradecir a esto temerariamente. Lo mismo, o con términos más amplios, y expresos lo han hecho los demás Sumos Pontífices; y el Santo Concilio de Trento nombra el mismo Instituto piadoso y santo; pues como se puede decir, que no es la Compañía verdadera **Religión**?”.

A estas razones volvió a quedar algún tanto suspenso el Clérigo; pero como estaba empeñado en tentar a los Novicios, y en dar contra la Compañía, reprodujo de esta manera: “Bien que haya sido buena antes la Compañía; pero ahora está viciado su Instituto: y por ser tan perniciosa, la destierran los Príncipes de sus Reinos; y ya que ustedes quieren, y porfían en ser religiosos, tomen otro hábito, y asegurarán su salvación”. A esto le repuso el Hermano Baigorri: “**Nosotros** no nos metemos a examinar lo que hacen los Reyes. Lo que sabemos de cierto es, que el reinante Pontífice Clemente XIII confirma nuevamente el Instituto de la Compañía, y lo llena de elogios: lo cual no lo hiciera, si estuviera ahora viciado. Y Ud., qué nos aconseja a tomar otro hábito para asegurar nuestra salvación, porque no lo tomará para asegurar la suya, que se halla entre los mayores peligros del siglo?” “Es que a mí no me llama Dios a la Religión”, respondió el Eclesiástico, “tampoco nos llama Dios a nosotros a otra Religión, que a la Compañía (repuso el Novicio); y en esta, si perseverásemos, aseguraremos nuestra salvación. Y finalmente estimásemos, que no nos vuelva Ud. a tratar de esta **materia**”, concluyó el Novicio. Procuró entonces excusarse el Eclesiástico diciendo, que él no tenía odio a la Compañía; pero nunca más les volvió a hablar de este punto.

El segundo caso fue con un religioso autorizado en su orden. Mostraba este buen religioso algún afecto a los Novicios; y le parecía, que el mayor bien, que podía hacerles; era reducirlos a que dejasen de seguir la Compañía: a este fin les proponía algunas razones de congruencia. En una ocasión conversando con el Hermano Clemente,

dirigió su raciocinio a todos los demás de esta suerte: “**Ustedes desean** mucho ser religiosos: alábolos en esto. Pero no sabrán, que en la Compañía, aunque hagan los votos simples, no quedan más que como los Donados<sup>74</sup> de mi Religión; porque los votos simples no constituyen religiosos”. Púsose entonces el Hermano Baigorri con modestia a desengañarlo del error de que **en la Compañía** los votos simples no hacen religiosos. Citóle para esto la Bula **Ascendente Dominio** de Gregorio XIII<sup>75</sup>. Los otros Novicios se enfervorizaron más, y no dejaron de poner también sus argumentos; ni piedra por mover, para sacudir de sí aquel nombre de **Donados**, que no les sentaba bien. Uno de ellos viendo, que se enfervorizaba más el religioso, y recordándose que en un libro de la Vida del Padre Balthasar Álvarez, escrita por el Padre Luis de la Puente<sup>76</sup>, que lo leía por lección de historia, había visto un retazo de aquella Bula, traducida en romance: váse y toma el libro; y como si trajera consigo el Bulario, viene muy fervoroso, y dícele al religioso: “**Aquí está la Bula de su Santidad**”.

Quedó como asombrado el religioso: pero el Novicio llevado más del celo, que de la prudencia, léele en voz alta la cláusula, en que declara el Papa Gregorio: “**Que son**, y serán verdadera y propiamente religiosos los de la Compañía, que hayan hecho, e hiciesen los Votos simples”. Y con el mismo fervor le dice al religioso: “**Atención**, Padre, y cuidado con lo que se **sigue**”: y prosigue leyendo la otra cláusula, en que manda el Papa con precepto de santa obediencia, y so las penas de excomunión, inhabilitación, que nadie impugne, ni ponga escrúpulo a otro en ninguno de los artículos precedentes. Cuando oyó el religioso

---

<sup>74</sup> Persona que se consagró a Dios y ligada a un instituto religioso, pero que no pertenecía jurídicamente a él.

<sup>75</sup> La Bula lleva la fecha 24 de mayo de 1584. En ella confirma la constitución de la Compañía de Jesús, y los privilegios ya concedidos por los Papas Paulo III, Julio III, Paulo IV y Pío V. Allí se confirman los medios prescriptos por San Ignacio, donde los candidatos a ingresar al Instituto tenían primero que hacer un noviciado de dos años; luego debían hacer tres votos simples perpetuos y con ello ya comenzaban a pertenecer al Instituto. Podían ser escolásticos o coadjutores temporales, siendo los primeros destinados a estudios superiores y los segundos a tareas domésticas.

<sup>76</sup> El venerable P. Baltasar Álvarez S.J. (1533-1580) es uno de los maestros más eximios de espiritualidad del Siglo de Oro español. Entre sus discípulos se encontraba su primer biógrafo, el venerable P. Luis de la Puente (1554-1624), un reconocido teólogo y ascético escritor cuyo libro fue publicado por primera vez en 1615.

**excomuni3n, inhabilitaci3n,** le3do en buen romance, remiti3 del todo su ardor; y con t3rminos muy humildes confes3, que hab3a padecido equivocaci3n; y se desdijo de todo lo dicho. Viendo esto el Hermano Baigorri, se llev3 de un natural rubor y confusi3n; y con mucha humildad le pidi3 perd3n all3 mismo al religioso, por si acaso con el fervor del argumento, 3l, o sus compa1eros se hubiesen propasado en algo; asegurarle, que solamente hab3a hablado por el amor a la Compa1a, y deseo de que se declarase la verdad. Este acto de humildad y de respeto convenció m3s al religioso, y le prend3 tanto, que en adelante hac3a mayores demostraciones de afecto con los Novicios, y especialmente con el Hermano Baigorri, sin hablarles jam3s de su vocaci3n.

El tercer caso fue con otro religioso, pero lego, y muy semejante en el esp3ritu al otro de C3rdoba, de quien ya hablamos; y si ambos hubieron empleado su celo a mayor gloria de Dios, dij3ramos que este fue el Eliseo de aquel El3as<sup>77</sup>. Tom3 este religioso a su cuidado el desviar a los Novicios de su vocaci3n, y del amor a la Compa1a. Tra3a para esto sus razones estudiadas de antemano, pero que se conoc3a eran sugeridas de otros; porque al responderle los Novicios, quedaba parado, sin adelantar nada su capricho. Era diligent3simo en recoger cuanto libelo corr3a por la ciudad contra la Compa1a; y luego lo daba a los Novicios, dici3ndoles: “**Ve3n aqu3 lo que es la Compa1a**” trazaba f3cilmente todas las mentiras y noticias infaustas, que dec3a el vulgo contra los Jesuitas, y al punto ven3a a vomitar delante de los mismos Novicios; quienes, aunque le insinuasen claramente la n3usea, que les causaba, nunca desist3a de su empe1o el buen religioso. Un d3a como halag3ndolos y d3ndoles de palmaditas en los hombros, les dec3a: “**Pobrecitos,** ¡qu3 l3stima os tengo! vosotros no ten3is la culpa, ni sab3is nada de lo que es la Compa1a: vuestros viejos son los que tienen toda la culpa de estos **trabajos**”.

Despu3s de esto se asent3 en una silla, y *tamquam ex cathedra* hablaba mal de la Compa1a. Viendo esto el Hermano Baigorri, revestido de gravedad y celo, le dijo con entereza: “**Padre m3o,** le

---

<sup>77</sup> San Eliseo vivi3 en el Siglo IX a.C., siendo un profeta b3blico, compa1ero y seguidor del profeta El3as, al que sucedió, cuando Dios se llev3 a su maestro El3as a las alturas montado en un carro de fuego, dej3ndole su manto para expresar la protecci3n que ejercer3a sobre 3l.

estimaremos nos haga la caridad de irse a su celda, y de no volver jamás por **acá**". Medio azorado el religioso con estas palabras, y como contemplando el aire y el rostro de quien le hablaba, le dice: "Qué **usted es el Superior?**" **Sí lo soy**, respondió el Novicio, entendiéndolo de los demás Novicios: y esta fue la vez única, que se salió de su tal cual autoridad. Quedóse, no obstante, el religioso innoble en su asiento; hasta que otro Novicio, que no entendía de réplicas contra la obediencia, con más fervor que reflexión, abrió la puerta de la pieza, y tomando al religioso de la manga, lo llevó hasta la puerta; y despidiéndolo cortésmente, le dijo: "**Por aquí se sale, y no se vuelve**". Salióse el religioso y se consiguió que nunca volviera a molestarlo.

Por lo que toca al trato y cuidado de los demás religiosos de aquel Convento, lo pasaron generalmente bien los Novicios, y les quedaron agradecidos por su caridad. El Reverendo Padre Guardián los atendió con amor, y les significó diferentes veces lo edificado que estaba todo el Convento, de su porte religioso. Cuando hubieron de salir para ir a Jerez, les dio a todos un abrazo cariñoso y mostró grande sentimiento por privarse de ellos. Los Confesores, que tuvieron, los recibieron siempre con agrado, los consolaron y animaron con sus consejos a padecer constantemente por Jesucristo. Quien con especialidad se esmeró en asistirlos y cuidarlos, fue un religioso laico, a quien señaló a este fin el Padre Guardián. Era una Madre con ellos, y los servía prontamente en todo lo que habían menester. Decíalos mil elogios de la Compañía, y de su Santo Instituto; admiraba su prudencia en gobernar a los suyos; y la acertada crianza, que como buena Madre daba a sus hijos desde el Noviciado. Por la sinceridad, con que los hablaba, se conocía que hablaba de corazón. De esta suerte tenía el Señor providencia, no faltasen algunos, que bendijesen la Compañía y consolasen a sus tiernos hijos, aún a vista de la grande turba de maldicientes, que procuraban contristarlos.

Habiéndose por este tiempo cumplido los tres meses desde que tuvo sus últimos Ejercicios el Hermano Baigorri en el navío, tuvo otros en este Convento, según la costumbre de su Noviciado, que era tenerlos de tres en tres meses. El fervor y recogimiento, con que los hizo, consta del testimonio de sus Con-Novicios y de los apuntamientos, que formó entonces. En todos ellos no respira otra cosa, que un grande deseo de alcanzar la perfección de su Estado, mucho amor a su vocación, y unas

ansias sumas de padecer por Jesucristo. De las mismas cosas, que les decían y padecían, saca consideraciones prácticas para su aprovechamiento. Pondré aquí solamente una trasladada de su papel, para que de ella se infieran las demás: “**Día 3º de la Muerte.** Considerándome este día moribundo en Córcega, en compañía de mis amados Hermanos, y en un rincón de aquella isla, sin humana asistencia, olvidado del mundo, consumido de la enfermedad, comido de podre y gusanos, como otro Job en el muladar, pero con la sotana de la Compañía, e insignia de Jesuita; sentí en mi Alma un consuelo inexplicable, y tal esfuerzo para ser constante en mi vocación, que no la dejaría, aunque me hicieran pedazos. Propuse a mi Dios, y Señor, no quejarme de maltratamiento ninguno, que se nos diese, ni de los trabajos, que nos manda su Divina Majestad, para de esta suerte acrisolarme más, padeciendo a ejemplo de mi Señor **Jesucristo...**”.

## Capítulo 7º

### **Su ida a Jerez, la división de los Novicios, y las demás cosas, que allí sucedieron**

Fueron sacados del Convento de San Francisco del Puerto de Santa María todos los Novicios, y conducidos a la ciudad de Jerez el día 2 de mayo de 68. La causa de esta transmigración parece que era, para que pudiesen ser probados en su vocación con mayor rigor en aquella ciudad, según el orden de la Corte. El modo como los llevaron, fue, montados todos en jumentos, con custodia de soldados, y no sin rubor de los Novicios, por la mucha gente que concurrió a ver aquel espectáculo. A la puerta de Jerez los esperaba ya el señor Alcalde Mayor con su compañía de gente, para hacerse cargo de ellos; y la salutación de consuelo, que les dio, fue decirles: “**Ahora** con la mudanza de temperamento, y divididos unos de otros, espero, que dejarán ustedes el fanatismo de los Jesuitas, y la tenacidad en no querer soltar la sotana. Distribuyólos inmediatamente en tres conventos por entonces: 26 al de Santo Domingo, 7 al de San Agustín, y dos al de Belén. Fue muy sensible para los Novicios esta división, porque preveían sus funestas consecuencias. Al Hermano Baigorri le cupo el Convento de Santo Domingo con todos los del Paraguay, y de Santa Fe.

Lo que aquí les pasó, lo refiere él mismo en su Relación, aunque con mucha moderación, y solamente lo que fue público, o de edificación; y yo lo pondré con sus mismas palabras.

“**Entramos**, dice, a aquellas celdas del Noviciado de Santo Domingo, y luego se nos cubrió el corazón de tristeza porque la pieza era muy solitaria y sin ventanas al campo; y las que caían a la calle, se puede decir, que estaban cerradas del todo; y aunque estuvieran abiertas, no se presentaban por ese lado a la vista más, que ruinas de antiguos edificios. Llegóse a esto, y fue lo que más nos angustió; la sequedad, que casi en todos los sus religiosos experimentamos; tal vez, porque estaban preocupados de alguna opinión contra nosotros. La comodidad de las habitaciones era ninguna. En diez, o doce aposentos apenas se encontraron tres, o cuatro catres, y otras tantas sillas: mesa no había, y así el suelo, o el colchón era nuestra mesa, nuestro estante, nuestro catre y nuestra silla. Aún más sensible fue, que nos faltase también la luz de noche; porque aunque pedimos, nos respondieron, que el Rey, si daba para aceite, no daba para torcida, ni para candeleros. Con lo que nos fue necesario buscarlo todo de limosna por otra parte, excepto los candeleros, que se suplieron por la industria de los Hermanos con escudillas, con vasos, y con cascós de teja. Los Novicios se reñan de todo esto, y se alegraban de sentir tan abundantemente los efectos de la santa pobreza.

Elegimos desde el principio un solo Superior, que gobernase a todos, así a los del Paraguay, como a los de Santa Fe. Precedía a esta elección la junta de aquellos, que representaban más entre nosotros, y de quienes los demás tenían entera satisfacción. Cuidó el Superior desde luego, que se entablase la distribución, y no hubo de trabajar mucho; porque los ánimos de todos, por la misericordia de Dios, se hallaban bien dispuestos para la perfección. Yo no he visto, ni oído, haya habido Noviciado más fervoroso que este, y donde sensiblemente se viese el espíritu del Señor gobernar con tanta uniformidad. Para que no hubiese la más mínima diferencia, aún en las quietes, que las teníamos de tres en tres, o de cuatro en cuatro paseando, procurábamos interpelarnos los de una Provincia con los de la otra. No usurpábamos en las conversaciones el nombre de **mi** Provincia, o **nuestra** Provincia; sino que, si se ofrecía nombrar, lo hacíamos sencillamente, diciendo **en Santa Fe**, o **en el Paraguay**, para de esta suerte desterrar el afecto o

señal de apego a nuestras Patrias y Provincias. Vivíamos en tanta unión, que muchas veces se me representaba el Estado de la inocencia, o de la primitiva Iglesia. Si había alguna faltilla de caridad, al instante veíamos, no sin ternura y consuelo, ir al delincuente por los aposentos de los Hermanos, pidiendo perdón, para dar la debida satisfacción. Algunos iban llorando y no se contentaban hasta ponerse de rodillas delante de su Hermano ofendido, tan levemente, que muchas veces este no lo había advertido.

El origen de este fervor lo atribuyo a las conversaciones espirituales, que desde la primera noche se entablaron de tal suerte, que me sucedía recorrer disimuladamente todos las quietes, y hallarlos dulcemente entretenidos en santos coloquios. No las teníamos asentados, ni en corrillos de muchos, porque experimentamos ser más fácil hablar de Dios entre pocos. A los religiosos de aquel Convento, parece que esto no los agradaba; porque nos decían, y principalmente el Padre Maestro de Novicios: “**Ustedes** con estas sus conversaciones espirituales impiden malamente a muchos, que dejen su **vocación**”. Vióse más la sencillez de este Religioso en otras ocasiones, cuando dijo a nuestro Superior Novicio: “**Hombre de Dios**, cómo han de dejar ustedes la sotana, si continuamente están en ejercicios **espirituales**?”. La distribución iba siempre tirada, y a son de campanilla. Lo que dio también a los religiosos bien en qué entender; y como haciendo burla de ella, nos decían “**si se la queríamos vender...**”

“Lo que menos podían sobrellevar, parece que era, que tuviésemos Superior entre nosotros, y anduviésemos tan unidos; porque pensando tal vez, que éste mantenía en la vocación a los demás con el toque de la campanilla para las distribuciones, a pocos días hicieron, que saliese al Convento del Carmen. Nosotros señalamos luego otro Superior; para lo que teníamos muchos, que lo pudiesen ser, no faltando en nosotros voluntad de obedecer. Cuando menos lo pensábamos, viene orden, que salga a otro Convento el de la campanilla. Poco duró el tercero, aunque más prontamente sustituimos el cuarto: y mientras allí hubiese Novicios, no nos hubieran faltado superiores. Viendo esto, hubieron de cejar los religiosos, y el señor Alcalde Mayor, que también intervenía en esto. En la elección de superiores teníamos siempre la mira, en que fuesen los más robustos, y de mayor edad; y que pudiesen sufrir cualquier trabajo por su vocación:

aunque no faltaron quienes fueron de parecer, que se señalase el más niño, a fin de que entendiesen aquellos hombres, que los Superiores no eran para mantener a los otros, sino para vivir religiosamente.

“Dejaron, pues, de sacar a los distributarios por razón de la campanilla; pero nos separaron casi a todos, y nos distribuyeron por diferentes Conventos. Todas las noches padecíamos asaltos; porque venían, al estarnos ya para acostar, y aún en noches bien tenebrosas, a sacarnos de dos en dos, según señalaba el Reverendo Padre Maestro de Novicios, por orden del Señor Alcalde **Mayor**”. Hasta aquí la Relación del Hermano Baigorri.

Quien omite con estudio muchas cosas, y de las más penosas, que les sucedieron, según el testimonio de estos Novicios. Y la causa de omitirlas pienso que será, porque fueron cosas, que intervinieron en las confesiones, o porque no eran públicas; atendiendo en esto al decir de aquellos religiosos. Lo que en particular afligió más su corazón por aquel tiempo, como él lo dijo después en confianza, y piedad a su Padre espiritual, fue lo 1º, no tener allí un sacerdote, con quien explicase en confesión, o en cuenta de conciencia, como lo había siempre acostumbrado. Llegó a decir, que no tenía con qué comparar este tormento, que había padecido. Lo 2º fue, no poder visitar al Santísimo Sacramento tantas veces, como él deseaba. En una carta a un Padre de su confianza dice así: “**Nos tienen** en esta cárcel, que así se puede llamar el Noviciado de Santo Domingo, en que estamos forzosamente privados de toda comunicación humana; y lo que más sentimos aún, de la del Divino Sacramento; porque hasta ahora en tanto tiempo, como estamos aquí, no hemos conseguido visitar a nuestro amante Dueño, sino dos veces: y esto por grande favor, y a petición nuestra...”

Lo 3º fue, no poder aliviar a sus Con-Novicios en los trabajos, que padecían. De los que estaban con él en el mismo Convento enfermaron algunos de pura necesidad de mantenimiento corporal, por lo mucho, que se los escaseaban; y de los que se hallaban en otros Conventos, sabía que otros estaban tristes, y algo tentados a dejar su vocación: y como no podía confortar a aquellos en el cuerpo, porque nada tenía que darles; ni a estos en el espíritu, porque los habían privado rigurosamente el escribirles, se afligía mucho el caritativo Hermano. Lo 4º fue, el haber faltado algunos Novicios a su vocación en la intimación del Decreto del Consejo, que con exageración y amenazas

los hizo por entonces el Señor Alcalde Mayor. Los que faltaron fueron dos de los 25, que eran a la sazón en Santo Domingo; y todos los cuatro, o cinco que estaban en San Agustín; pero aunque tan pocos respecto de los que eran, y de los muchos trabajos con que los apremiaban, fue grande su sentimiento, por el grande aprecio, que él hacía de su vocación<sup>78</sup>. Aún fue mayor su pena, cuando por el mismo tiempo supo, que muchos Jesuitas ya antiguos se habían separado en el Puerto de Santa María de sus Comunidades, para ir a pretender dimisorias. Y como uno de los más fuertes argumentos, que los proponían los Religiosos y Seculares a los Novicios, para tentarlos contra su vocación, eran estos ejemplares; el Hermano Baigorri, para fortalecerse más, y no llegar ni aún a titubear en esta materia, hizo este firme propósito: “**Aunque** faltaran todos los de la Compañía, y quedara solamente nuestro Padre General, yo iría a ser su **Súbdito**”.

A más de lo dicho y de lo mucho, que en general todos los Novicios hicieron de edificación y tuvieron que ofrecer a Dios en este Convento, se singularizó el Hermano Clemente en algunas cosas, que informan sus Con-Novicios. Pondremos aquí solamente muy pocas. Apenas entraron allí, renunció el Superiorato, tal cual tenía sobre los de su Provincia, e hizo que se eligiese otro, que gobernase a estos, y a los de Santa Fe juntamente; así porque deseaba más obedecer, que mandar,

---

<sup>78</sup> El alcalde se instaló con el prior, un escribano y un amanuense a intimarles la resolución a cada novicio que debía firmar expresamente, y luego dirigirse a la enfermería. A los dos días les dieron celdas aparte a dos novicios de Santa Fe que habían desertado, mientras que el resto se mantuvo constante en seguir en la Compañía. El escrito del P. Miranda nos informa que a su vez abandonaron cinco mejicanos, un paraguayo y un limeño. Agregando el P. Hanisch que de los seis jesuitas que llegaron a Montevideo con el P. José Salinas para Chile, dos dejaron la Compañía en Buenos Aires y tres abandonaron en España: el H. Soler pidió quedarse en San Francisco, Vallejo ir a su casa y Ríos pidió ser cartujo. El único sobreviviente, Andrés Escriche hizo sus votos y se eximió. Entre los novicios chilenos que habían dejado el Instituto y estado en Chile, estaba el joven José Francisco de la Rosa quien arrepentido junto a otros, fueron al Puerto de Santa María para que el provincial Baltasar Huever los volviera a admitir. Pero el provincial se negó ante las sugerencias del P. General de no exacerbar los ánimos del rey. El joven no obstante, viajó de polizón a Italia con los jesuitas chilenos y en el navío volvió a insistir al P. Provincial que al final lo admitió nuevamente (Hanich 1972: 68). El joven desertor paraguayo fue el coadjutor sevillano Manuel Lara, que contaba por entonces con 26 años de edad. Pero sabemos que al año siguiente, el 8 de octubre de 1769 reingresó al Instituto (Storni 1980: 157 y Grenón 1920 (1).

como porque se guardase mejor la unión de todos entre sí. Después que fueron extrayendo los Ministros Reales a los que tenían aquel cargo, y que cuidaban de hacer señal con la campanilla a las distribuciones, lo eligieron a él por Superior, sin que le hubiesen valido las representaciones y resistencias, que hizo. Pero aún entonces, por no dejar de estar subordinado a otro, tomó por su Superior a quien le pedía licencia para todo, y que le advirtiese sus faltas. Sucedióle allí mismo dos cosas de alguna mortificación, que las supo llevar con alegría. La una fue, que pidiendo unas escobas al religioso, que tenía la incumbencia sobre ellos, para barrer sus cámaras, le despidió éste con aspereza, diciéndole: “**Vaya usted**, que el Rey no da para **escobas**”; y mayor fue su complacencia con esta respuesta, que si le hubiera concedido lo que pedía; como lo aseguró a su confidente su Superior, diciéndole, que quería volver a hacer otro día la misma petición, para llevar la misma repulsa, como lo hizo. La otra fue, que oyéndolo hablar en una ocasión un religioso laico de aquel Convento con eficacia y gravedad de razones en punto de la vocación, y de lo que era la Compañía, le preguntó como admirado: “**Y usted entró para lego de la Compañía?**” Y él por su humildad no respondió más, que estas equívocas palabras: “**Legó soy**”, esto es, no sacerdote: y en adelante lo tuvieron como tal aquellos religiosos.

Tuvo por este tiempo unos Ejercicios con la misma estación, que los antecedentes; y un triduo fervoroso, para disponerse para la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen, y para hacer los votos de devoción; como los hizo el mismo día 15 de agosto. Para solemnizar más este día, así por su devoción, como porque la Reina de los Cielos en este Misterio había sido Patrona de su Noviciado, hizo que un Novicio compusiese un panegírico para aquel día. Pero la Santísima Virgen parece, que quiso no fuese otro, que él, su panegirista; porque el otro Novicio enfermó poco antes de la fiesta. Vióse entonces precisado a trabajarle; y en una pieza retirada, concurriendo solamente los Novicios, lo pronunció con tal fervor, que ardiendo él en devoción, y amor, encendió los corazones de los oyentes. Cogióle el sermón después otro Novicio; y como le había agradecido tanto, lo trasladó, sin saberlo su tutor. Sospechó éste, que se hacía alguna estimación de su papel, pidiólo con instancia, y lo rompió al instante. Uno de sus mayores cuidados por este tiempo fue también el confortar en su vocación a los otros, no sólo con el ejemplo, sino también por escrito a

los ausentes, y con buenos consejos a los presentes. Las cartas que logró escribir ocultamente a los que estaban en otros Conventos, pondremos al fin: sus consejos ya se deja entender, cuáles serían. Hablando con uno en esta materia, le decía: “**Hermano mío**, ya que estamos en esta Santa Casa, acordémonos del Glorioso Santo Tomás de Aquino, y procuremos imitarlo en aquella admirable constancia, que tuvo, siendo Novicio como nosotros, en su vocación Religiosa, y en padecer trabajos por ella”.

## **Capítulo 8º**

### **Quítanle la Sotana en el Convento del Carmen: retorna al Puerto de Santa María: y se embarca para la Italia**

Extraído el Hermano Baigorri, como los otros, del Convento de Santo Domingo, y puesto en el del Carmen, comenzó a respirar algún tanto su espíritu atribulado. Recibiéronlo los religiosos de este Convento con benignidad, asistiéndolo con caridad, y le franquearon el coro y la librería, donde estaba continuamente entretenido, ya en oración, ya en la lectura de libros devotos. Decía después de estar aquí, que este Convento le había parecido un Paraíso, y que había encontrado en él a Elías y a Enoch; así llamaba al Reverendo Padre Superior, y a otro venerable anciano, que tomó allí por Confesor: quienes habían heredado de su santa Madre Teresa de Jesús la prudencia en gobernar espíritus, y el amor a la Compañía de Jesús. A pocos días que estuvo aquí, le leyeron a él, y a los demás Novicios, que estaban esparcidos, un Orden de la Corte, por orden del Alcalde Mayor, de que dentro de 10 días avisasen los que querían voluntariamente largar la ropa religiosa; y que a los que así no lo hiciesen, se la quitarían por fuerza, y los expulsarían del Reino. No es decible el sentimiento, que le causó a nuestro Hermano Baigorri esta noticia: sin embargo conformó su voluntad con la de Dios, a quien solamente veneraba en estas determinaciones. No pensó ya en adelante, sino en disponerse para tan terrible trance; que lo reputaba peor, que el de la misma muerte.

Atestiguan los compañeros que tuvo en este Convento, que todos esos días guardó con sumo retiro, aún de ellos mismos, por tratar

únicamente con Dios: que fueron tan excesivos sus ayunos, y penitencias, que parecía, que quería antes quitarse la vida inocentemente, que largar la sotana; que hizo unos Ejercicios con el mayor fervor, que jamás lo habían visto, en los que hizo con aquel Padre anciano la Confesión general de toda su vida. En efecto entre sus papeles se encuentra un papel del fruto, y propósitos, que sacó de estos Ejercicios; y todos se dirigen al modo como debía portarse en el Siglo, cuando fuese arrojado a él, como otro Jonás al mar tempestuoso. Difícilmente se encontrarán precauciones más prudentes, ni más menudas, ni más rígidas, ni más convenientes en el día, que las que tomó. En una parte dice: “**Atropellaré** desde los principios, y luego que por mis desgracia me vistan del traje secular, los muchos respetos humanos y falaces ejemplos; de que está lleno el mundo, para allanar el camino a una vida ajustada y religiosa... Repararé en las menudencias y átomos, de que hacía reparo en la religión; porque si no, de una imperfección me conducirá el Demonio a otra mayor... Nunca dejaré los exámenes, oración, lección espiritual, etc... De la vista de mujeres huiré, como de la de un basilisco<sup>79</sup>...”. En otra parte dice: “**Miraré** el nuevo vestido secular, como un sambenito, con que me viste la Divina Justicia por mis pecados; y así andaré siempre corrido y avergonzado entre los hombres, sin atreverme a levantar por jamás los **ojos**”. A este tenor son los demás propósitos.

Cumplióse por este tiempo el bienio de su Noviciado; y como deseaba tanto incorporarse en la Compañía, escribió al Puerto de Santa María a un Superior de su Provincia, pidiendo la licencia. Éste, aunque no tenía facultad de nuestro Padre Provincial, le respondió para su consuelo, que hiciera sus Votos; y los hizo el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción de María. Pero por juzgarse inválidos, por defecto también de legítima potestad para recibirlos en nombre de la religión, se ratificaron después. Al día siguiente a éste vino el señor Alcalde Mayor, cumplidos los 15 días del plazo; traía los pasaportes

---

<sup>79</sup> El basilisco es un ser mitológico creado por los griegos que se describía como una pequeña serpiente cargada de veneno letal y que podía matar con la simple mirada. Posteriormente se lo ha representado de diversas maneras siempre con características reptilianas. Para la época de Clemente se creía que era un gallo con cuatro patas, plumas amarillas, grandes alas espinosas y cola de serpiente, que podía terminar en garfio, cabeza de serpiente o en otra cabeza de gallo, y que su mirada causaba la muerte.

para los Novicios, en que constaba salían desterrados de todos los Dominios de España, por haber persistido en seguir el Instituto de la Compañía; y habiéndoles tomado las firmas, les entregó los pasaportes, y los vistió de seculares: dándoles el término de cuatro meses a unos, y a otros el de seis, según ellos expresaron, para salir del Reino. Afirmaba después nuestro Novicio Baigorri, que estuvo tan lejos de acobardarse en seguir a la Compañía con las penas de destierro, y de la capital, que también los intimaron, si volvían a España, que con su sangre hubiera firmado su perseverancia. A medida de este afecto fue su pena, cuando se vio obligado a hacer aquel cambio tan desigual, y tan oneroso para sí. Quitáronle la sotana del cuerpo, pero no lo desnudaron del amor, que la tenía. Quedó en traje de secular<sup>80</sup>, pero en lo interior el más verdadero Jesuita; y su único consuelo en tan dolorosa transformación fue, que dejaba en España la Sotana, para ir a buscar, y vestirse de ella en Roma.

Vestido ya de aquel **sambenito**, (como él se consideraba en hábito de seglar) y de la misma suerte todos los demás Novicios, que estaban en los Conventos de Jerez; se juntaron los que habían permanecido constantes en su vocación en el Convento del Carmen, donde estaba el Hermano Baigorri, para deliberar lo que debían hacer. Determinaron ir al Puerto de Santa María, para emprender allí su viaje a Italia, o por tierra, o por mar, conforme pudiesen hacerlo. Mientras se hacían para esto las diligencias, deseaban vivir todos juntos en comunidad en una sola casa; y para encontrarla, dieron el expediente de que fuesen un día antes a aquella ciudad dos de los principales, quienes debían también buscar alguna limosna, para mantenerse; porque ya no corrían por cuenta del Rey, sino por la suya, o por la de Dios. Los nombrados para esta expedición fueron el Hermano Clemente, y otro de Santa Fe, quienes se pusieron en camino inmediatamente a pie. Al entrar a la ciudad, guiados sin duda de luz superior, porque no tenían conocimiento alguno, se encaminaron a la casa de la señora doña María

---

<sup>80</sup> La ropa que le entregaron constaba de “*una casaca, chupa, y calzones de paño ordinario, mal cortado pero cocido, un jabón de bayeta y un cabriole, un par de medias, un sombrero ordinario y dos pares de zapatos*” .Igual vestido dieron a los nueve que desertaron (AHL, C19 N 03).

Borja<sup>81</sup>, quien recibió a los dos y hospedó con mucha caridad en su casa; y al otro día a todos los demás, hasta que se encontrase la casa, que deseaban. Encontrada esta por las diligencias de la misma señora, los colocó en ella, y los asistió hasta con sustento de lágrimas, por la compasión que les tenía, y por el amor a la Compañía, que la cupo como por herencia. Para tan piadosa María no faltó una solícita Martha. Ésta fue la señora doña Juana Arroyabe, quien les abasteció la casa de lo necesario de pan, vino, aceite y demás cosas; y no contenta con esto, los servía personalmente desde su casa, mandándoles algún otro guisado para regalarlos. También los socorrieron otras personas con limosnas; verificándose aquí puntualmente el Oráculo Divino, **que jamás** desamparó el Señor a los que le son fieles, y esperaron en él.

Viendo los Novicios tan palpablemente la Providencia de Dios por lo que tocaba a lo temporal, se dedicaron enteramente a su bien espiritual. Formaron su distribución religiosa con el mismo orden y vigor, que en un Noviciado de la Compañía. Tenían un solo Superior, a quien pedían licencia, y daban cuenta de todo. No salían de casa sino acompañados, o en comunidad a las iglesias, o al campo; y solamente entraban a alguna, u otra casa a pedir limosna, o porque los llamaba alguna persona principal favorecedora. Por evitar toda especie de propiedad, juntaron en un cúmulo las limosnas, que les daban, las cosas que tenían en particular, y aún su misma ropa. Para la mayor regularidad distribuyeron oficios de portero, dispensero, cocinero, procurador, y los demás, que juzgaren convenientes. Nuestro Hermano Baigorri fue nombrado para Maestro de Seminario de algunos, que habían cumplido el bienio hechos sus votos, y necesitaban de pasar la Latinidad; y así él, como los demás, cumplían perfectamente sus oficios. No pudieron las luces de tan bellos ejemplos dejar de dar en los ojos de los externos; pero obraron diferentes efectos. Los de sana intención, al ver aquella vida tan regular dentro de casa, y tan edificativa fuera de ella, prorrumpían en admiración y alabanza,

---

<sup>81</sup> Era descendiente por línea paterna de los duques de Gandía, y de San Francisco de Borja. Se casó con el comerciante y traficante de esclavos, caballero de Santiago don Miguel de Uriarte Herrera con quien tuvo de hijo al que fue Capitán General de la Armada Española Francisco Javier Uriarte Borja. Su residencia la tenían calle de por medio con el Hospicio de Misiones. Tenía especial consideración con los cordobeses pues dice el P. Pedro Grenón que esta familia les entregó el crucifijo con que murió San Ignacio y se conservó en la capilla doméstica de Córdoba.

diciendo: “**Estos** son los Justos, que estuvieron siempre en grande **constancia**”. Pero otros, a quienes parece que deslumbraba el mismo resplandor, desagradándoles tanta regularidad en unos Novicios Seglares, dieron parte a la Corte, según se cree, de la vida que hacían: de donde, se dijo, vino orden de separarlos y recluirllos en los Conventos de diferentes ciudades del Reino.

Tuvieron los Novicios aviso secreto de este orden, y acudieron a su único refugio la Oración: y el Señor, que vela siempre sobre los justos, oyó sus clamores, e hizo, que pudiesen evitar el golpe. Embarcáronse prontamente para la Bahía de Cádiz a los 35 días de haber estado en la ciudad del Puerto. Un domingo 15 de enero de 69, en que se celebraba el Dulcísimo Nombre de nuestro Salvador Jesús, fue el día, en que se salvaron con la fuga los que venían en busca de su amabilísima Compañía. Como fue tan precipitada al salida, no pudieron hacer el avío necesario para la navegación del Mediterráneo, que querían emprender; y aún en esto proveyó el Señor, moviendo los corazones de algunas personas del Puerto de Santa María, y de Cádiz, para que los socorrieran con alguna limosna de dinero, con que tuvieron lo bastante para su viático, y para fletar una saetia, o jabeque<sup>82</sup>, que los transportase cuanto antes fuera de aquel Reino. Para que se conozca mejor la providencia de Dios con los suyos, referiré solamente un caso en particular, que les sucedió aquí.

Fuese un día de la Bahía, donde estaban todos los Novicios como ocultos en el Jabeque, a Cádiz uno de ellos disfrazado, a comprar algunas cosas necesarias para el viaje. En sus cobranzas perdió la cartera, en que tenía su Pasaporte, por donde constaba era Novicio de la Compañía; y otras cartas para los Padres, que estaban ya en Italia. La pérdida fue en la calle de mayor concurso, donde cualquiera podía tropezar con ella. Sin embargo no la encontró otro, sino un hombre, que días antes oyendo la triste situación, en que se hallaban los Novicios, deseaba darles una limosna de dinero, y no encontraba modo, ni ocasión; porque no sabía dónde paraban, ni conocía a ninguno de ellos

---

<sup>82</sup> La Saetia es más pequeña que la galera y tiene dos cubiertas con 20 remos por banda, de unas 300 toneladas. Lleva como armamento dos cañones "agalerados" en proa y otros dos en popa, ocho "pedreros" de 25 quintales por banda y 30 esmeriles - equivalen a 150 arcabuces. El jabeque es más grande que la saetia, es un barco costanero de tres palos con velas latinas, que también suele navegar a remo.

en particular. Vio por el pasaporte, que aquella cartera era de uno de los Novicios; y al mismo tiempo a un mozo, que en traje de marinero andaba muy cuidadoso y diligente, como que buscaba alguna cosa por el suelo. Persuadióse, que aquel mozo sería el dueño de la cartera, o que sabría cuya era, y donde paraban los Novicios; y llamándolo a parte, le preguntó, como se llamaba? y si había perdido en aquel paraje alguna cosa? El Novicio, receloso de ser descubierto, asustóse; y comenzó a titubear sobre qué respondería. Conociólo el hombre, y le dijo: que no temiera; y si era suya aquella cartera? y respondiendo entonces el Novicio, que sí, le entregó su cartera, y juntamente la limosna, que había determinado dar para todos ellos. Admiraron entonces uno, y otro aquella casualidad tan oportuna, o providencia tan singular de Dios.

## **Capítulo 9º**

### **Navega por el Mediterráneo, y lo que en esta navegación sucedió: llega a Roma donde vuelve a vestir la Sotana**

Los Novicios, que perseveraron fieles a su vocación, de las Provincias de Indias, eran 26, y estaban todos en un mismo Jabeque. Dióse éste a la vela el día 27 de enero de 69, después de haber vencido varias dificultades. Prosiguióse en el mar la misma distribución y tenor de vida; que en tierra; y con su buen ejemplo llegaron a contener los Novicios a los marineros de los votos y reniega, que comúnmente suelen vomitar; y aún los sedujeron a que practicasen también algunos de aquellos Ejercicios piadosos, que ellos hacían. Pero quedaron más edificados, cuando vieron los oficios de caridad que ejercían con ellos. Referiré solamente un caso de ellos. En una maniobra llevó un marinero un tan fuerte golpe, que quedó tendido medio muerto, y bañado todo en sangre. Tomólo en brazos uno de los Novicios, lo llevó a su cama, le lavó la herida con aguardiente, y lo cuidó en todo hasta que sanó. A este modo hicieron con ellos otras cosas semejantes, con que los tuvieron siempre contentos y edificados. Los trabajos, que por otra parte tuvieron que sufrir, no fueron pocos: porque, fuera de las incomodidades, que son indispensables en un vaso tan pequeño, padecieron graves tormentas, en que se vieron a pique de perecer; y vez

hubo, que perdió el barco totalmente el rumbo en los parajes más peligrosos. Apostaron a algunos puertos de España: pero luego que se sabía en estos, que eran Novicios de la Compañía no los permitían saltar a tierra, ni aún a oír misa los días de fiesta. En uno de estos puertos les pusieron a bordo una centinela, para que ningún Novicio saliese del barco.

A más de estos trabajos tuvieron también otros sustos y temores; porque supieron que andaban a corso jabeques de moros: y porque los hubieron de echar a fondo los mismos españoles, reputándolos por moros. Sucedióles, pues, en la costa de Cataluña, que, aunque iba su jabeque con bandera española, extrañaron mucho su construcción los de la costa, y lo tuvieron por africano. Por esto una barca catalana, que tal vez era el guardacostas, les tiró un cañonazo con bala. Los marineros del jabeque de los Novicios gritaron, que eran españoles; y no obstante, les secundaron otro; e iba tan de veras, que la bala pasó muy cerca de un marinero, y como cuatro palmos distante de la cabeza de un Novicio. Viendo esto los miserables, se refugiaron a la bodega; y los marineros no cesaban de asegurar su fe. No paró aquí la función; sino que, como el jabeque se arrimaba más al puerto, y los de tierra estaban también persuadidos que eran corsarios, tocaron a rebato en el pueblo, y del castillo hicieron fuego contra el infeliz jabeque con una bala de a 18. Al estruendo del cañón y con el zumbido de la bala, que le anduvo al jabeque a las inmediatas, se asustaron tanto los pobres Novicios, que algunos se dispusieron como para morir. Viendo finalmente los de tierra, que el jabeque no correspondía con fuego, antes se metía bajo del cañón del castillo, se desengañaron de quienes eran; pero los asustados no tardaron poco a volver sobre sí. Arribaron también, fuera de los puertos de España, a los de Francia, Cerdeña y Córcega; y lograron en estos saltar a tierra para oír misa, confesar y comulgar; que era lo que más deseaban.

De esta navegación debo decir en particular, acerca de nuestro Hermano Clemente, lo que atestiguan sus compañeros; y es, que en toda ella guardó un sumo recogimiento, estando casi siempre en su camarote o en oración, o con un libro leyendo. Al pasar por las costas tan vecinas, que se veían algunas ciudades y otras costas, que podían divertir la pena del viaje, jamás subió a la cubierta, sino tal que vez rogado de otro compañero, para que le diese el aire, y no cayese en

alguna indisposición. Cuando oyó decir que estaban en gran peligro, por haberse deseado ver unos jabeques, que les parecieron de moros, dijo a un confidente suyo: “**Ojalá!** si es voluntad de Dios, fuera yo preso a Berbería<sup>83</sup>; para tener más que ofrecer a Dios, y para morir por su **amor!**”. En la mayor borrasca que padecieron, lo vieron con los ojos clavados en el Cielo, repetir aquellos excesos de San Francisco Javier: *Amplius Domine, amplius*<sup>84</sup>; y en esta misma ocasión, para animar a otro a padecer, le dijo: “**El mejor** medio para no temer los peligros, es, Hermano, ofrecernos al Señor a padecer mayores: y si fuera necesario navegar toda la vida de esta suerte por nuestra vocación, debíamos obligarnos con especial voto para **ello**”.

En uno de sus apuntamientos, haciendo mención de esta misma tormenta, dice así: “**El día 3** de marzo de 69 hice los siguientes propósitos, a causa de habernos visto en un peligro evidente de perder la vida, por una tempestad en el Golfo de León. 1º Defender en honra de mi Madre Santísima la Virgen María una cuestión de su inmaculada Concepción en la primera función pública, o privada, que se me ofreciese. 2º Propuse firmemente a nuestro Santo Padre empeñarme con todo conato en la consecución de aquella virtud, que tanto nos recomendó, la obediencia; y de señalarme en ella muy particularmente. 3º. En aquel día, ya que estuve resuelto, y muy conforme a morir, solo sentí desconsuelo en no haber sido tan exacto en la observancia de mis Reglas, y en no haber correspondido, como debía, a los innumerables beneficios, que del Señor he recibido; y así propuse uno, y otro para en adelante. Estos propósitos los leeré todos los sábados, para alentarme a nuevo fervor y para acordarme de los deseos de servir a Dios perfectamente en la Compañía, que tuve en aquella hora; pues el mayor consuelo, que entonces sentí, fue morir en la demanda de mi **vocación**”... Hasta aquí su apunte. Y aunque el primer propósito no lo pudo cumplir, por haberlo llevado al Cielo la misma Santísima Virgen antes que se le ofreciera ocasión de hacer su obsequio, los otros dos los cumplió hasta su muerte. En especial el de **señalarse en la obediencia** comenzó desde luego a practicarlo, aún con quien tenía solamente la

---

<sup>83</sup> Berbería o costa berberisca es el término que los europeos utilizaron desde el Siglo XVI hasta el XIX para referirse a las regiones costeras de Marruecos.

<sup>84</sup> “Más Señor, más”.

sombra de Superior, que era el Novicio, a quien los demás reconocían por tal; como se verá de este caso particular<sup>85</sup>.

Sucedió, que habiendo el jabeque, en que venían, arribado a Puerto Venece<sup>86</sup>, donde lo debían dejar, habían de concertar forzosamente otro barco, para venir a Roma. El concierto lo hizo uno de los Novicios, que aunque era de carácter entre ellos, pero no de tanta inteligencia en esta materia, ni tampoco venía como Superior. Informados los demás de esto, echaron de ver, que el precio, que se había ofrecido, era excesivo, y de mucho perjuicio a la pequeña bolsa de los pobres Novicios. Repugnaron por tanto de pasar por el contrato, y tomándose uno el oficio de administrador, habló con eficacia al que venía de Superior, para que lo rescindiese. No se atrevió éste a rescindirlo por sí; y remitió al Novicio, que fuese a tomar el parecer del Hermano Baigorri: pero éste, después de haberle oído proponer todas sus razones con eficacia, le respondió solamente estas palabras: “**Hermano mío**, el acierto está prometido, no a mi juicio, sino al del Superior; con lo que él dispusiese quedaré yo contento, y seguro de que hago la voluntad de **Dios**”. Otro sujeto, que entonces era Novicio, refiere en un papel lo que le sucedió sobre este mismo caso con el Hermano Clemente. “**Concebí**, dice, tal oposición a aquel concierto, por parecerme injusto, que, deseando no consintiesen los demás a él, pretendí reducir a mi parecer al Hermano Clemente. Estaba yo algo alterado, y le propuse con viveza los inconvenientes de aquel pacto; pero el bendito Hermano, habiéndome oído todo con grande paz, me

---

<sup>85</sup> El viaje por el Mediterráneo tuvo sus percances ya que por vientos contrarios o en la necesidad de arribar a algún puerto español para tomar descanso, tuvieron que padecer muchas repulsas al punto que no los dejaban desembarcar. Así pues en Almería y Barcelona pusieron guardia para evitar que desembarquen, y fue el caso de esta última ciudad donde la madre de un novicio no pudo conseguir autorización para poder hablar con su hijo, pues no permitieron que ni baje el novicio a tierra ni suba la madre al navío. En Francia los novicios pudieron saltar a tierra sin que nadie les negara su paso. Volvieron a embarcarse y una tempestad los arrojó a Cerdeña. De allí remontaron Córcega y pasaron por Ajaccio donde tuvieron contacto con unas monjas, un capitán y dos jesuitas de la provincia de Toledo que quedaron allí por enfermos (Page 2010: 79).

<sup>86</sup> Portovenere se encuentra en la costa de Liguria, sobre el Mar de Liguria al final del Golfo de La Spezia y donde comienza el Golfo de Génova. Se cree que data de mediados del Siglo I a.C. y su nombre se refiere a un templo dedicado a la diosa Venus.

dijo: ‘Yo, carísimo Hermano, tomé por mi Superior, y en lugar de Dios al Hermano N., por quien me debo dirigir, y a quien debo ciegamente **obedecer**’; y luego fue introduciendo con tal arte una fervorosa plática, en que trató de los provechos de la obediencia, y del desprecio de las cosas temporales, que no solamente me sosegó, sino que también me dejó confuso y reducido a callar enteramente, y a dejarme gobernar por el Superior, a lo que el informado **dispusiese**”. Hasta aquí el informe. Puestos todos en una santa indiferencia con el ejemplo del Hermano Baigorri, el Novicio, que venía de Superior, juzgó que se debía tomar el barco concertado, por obviar otros inconvenientes. Embarcáronse todos en él, y siguiendo su derrota, arribaron sin especial novedad al puerto de Civitavecchia el 23 de marzo. De aquí entraron por el Tíber; y al navegar este río, les acometió una tempestad de tierra peor que las del mar; porque era de injurias y de dicterios contra sus personas, y contra el honor de la Compañía. Viendo, pues, a los Novicios algunos barqueros, y la gente de aquella costa en traje algo extraño, que era el uniforme de paño burdo, con que los habían vestido en Jerez; y sabiendo que eran de la Compañía, y que venían fugitivos de España, gritaban al patrón del barco, voz en cuello: “**Que** para qué llevaba aquella peste a Roma; que eran unos rebeldes, y traidores a su **Rey**”, etc. Los Novicios sufrieron aquella tormenta con el mismo silencio y paciencia, que las más graves del Mediterráneo; pero un religioso franciscano, que fue testigo de aquellas injurias, habiendo salido a tierra a oír Misa los Novicios al otro día por ser de fiesta, estuvo aquellos presentes en la capilla, donde la decía, y hacía la Doctrina, dio una agria reprensión a aquella gente, diciéndoles, que: “**Ni los** herejes hubieran tratado tan mal de razones a aquellos pobres Religiosos, que por ser fieles a Dios, y a su Religión, iban de esta **suerte**”. Así callando ellos, hizo el Señor, que hablase otro en su defensa.

Luego que estuvieron cinco millas distantes de Roma, determinaron en consulta, que fuesen dos de ellos delante por tierra a dar parte a nuestro muy Reverendo Padre General de su venida, y a recibir órdenes de lo que debían hacer. Fueron señalados el Hermano Baigorri, y el mismo compañero suyo, con quien fue de Jerez al Puerto de Santa María. Emprendieron luego su camino los dos nuevos exploradores de aquel pequeño pueblo del Señor, que iba a entrar a la Tierra de Promisión. Tal fue para nuestros Novicios la Corte de Roma, no solamente por lo mucho que la deseaban, para lograr en ella su

mayor felicidad de volver a tomar la ropa de la Compañía; sino también, porque habían de experimentar allí aquella dulcísima promesa, que el mismo Jesús hizo a sus primeros Padres: “*Roma vobis propitius ero*”<sup>87</sup>. Entrados a la Santa Ciudad los dos Novicios, se presentaron a nuestro Padre General Lorenzo Ricci; y postrados a sus pies, le besaron la mano; y le dieron cuenta de todo su viaje, y de la causa de su venida. Recibiólos el Padre General entre sus brazos con entrañas de Padre; y después de haberse condolido de sus trabajos, les dijo: “**No dudo**, hijos míos, que Dios premiará vuestra constancia, con haceros unos Santos; pues con menos de lo que habéis hecho podáis serlo. De mi parte os aseguro, que con haber sido tan grande la pena, y tal vez la mayor que he tenido en estos tiempos tan calamitosos, ver los muchos, que faltan de nuestra Compañía; sin embargo es mayor el gozo de mi corazón, al ver lo que habéis padecido por conservaros en **ella**”. Después de haberlos así consolado, los envió al Noviciado de San Andrés<sup>88</sup>; a donde dispuso, que también vinieran los demás.

Recibieron, pues, a todos aquí, y los asistieron con mucha caridad, singularmente el Padre Rector, o Maestro de Novicios; quien los sirvió la primera vez en mesa, los socorrió después con la ropa necesaria; y en una carta, que escribió al Padre Viceprovincial de nuestra Provincia Joseph de Robles, muestra el deseo que tuvo de mantenerlos hasta que hicieran sus votos en su Noviciado, y lo edificada que había quedado aquella Casa de su religiosísimo proceder. Los demás Padres y Hermanos de las otras Casas y Colegios, los visitaron frecuentemente, y les dieron mil parabienes, y mil gracias por el amor, que habían mostrado a la Compañía. Por otra parte el gozo, y consuelo de nuestros Novicios fue indecible, por verse en casa de

---

<sup>87</sup> “En Roma os seré propicio”. Esas fueron unas palabras de Jesús que escuchó San Ignacio en una experiencia mística acontecida cuando entró con sus compañeros en una capilla de la Via Cassia, y mientras estaban en oración vio cómo Dios Padre hablaba con su hijo que cargaba la Cruz y mirándolos les dijo “Tómalos en tu compañía”. Con una mirada de amor, Cristo justamente le expresa a Ignacio “En Roma os seré propicio” (*Ego vobis Romae propitius ero*). De ahí les viene a los jesuitas el nombre de Compañía de Jesús.

<sup>88</sup> En la sobria capilla de San Andrés en el Quirinal, que construyó Bernini, está sepultado San Estanislao de Kostka. Aquí se les entregó la sotana, compartiendo diez días con los novicios italianos y visitando varios templos. Luego el Padre General los envió a las ciudades donde se ubicaban sus provincias.

Jesuitas; y con especialidad por vestir su sotana, que tanto les había costado el volverla a conseguir. Hablando aquí en confianza después, que vino, el Hermano Clemente, no acertaba a explicarse del gozo, que había tenido este día. Unas veces decía, “**que todos** los trabajos antecedentes le habían parecido una gota respecto del mar de consuelos, en que había redundado entonces su **corazón**”. Otras veces decía: “**Que se** había figurado como un niño nuevamente reengendrado en la Compañía de Jesús, para volver a tomar la leche de su **doctrina**”; y se confirmó en su consideración, cuando el primer día que comulgó con la sotana, que fue la Domínica in Albis, oyó en el Introito de la Misa aquello del apóstol San Pedro en su epístola 1ª *Quasi modo geniti infantes, rationabiles, sine dolo lac concupiscite*<sup>89</sup>, etc.

Detuvóse en Roma, juntamente con sus compañeros, diez días, dando gracias al Señor por el beneficio, que les había hecho; y visitando los más célebres santuarios. En estos días tuvo el cuidado de escribir dos cartas; una a nuestro Padre Viceprovincial, y otra a su Maestro de Novicios, que se halla en esta Casa de Estudios. Esta carta, por tenerla a mano, y parecerme que no dejaría de servir de alguna edificación, la traslado aquí. Dice pues: “**Escribo** esta a V.R. para hacerle saber de nuestra llegada a Roma, donde hemos sido recibidos de nuestro Padre General con aquella caridad, que esperábamos de tan paternales entrañas; y también para suplicar, así a V.R., como a los demás Padres y Hermanos, que se hallan en su compañía, se dignen de admitirnos, y darnos por amor de Dios algún abrigo en esa ciudad, a donde arribaremos todos muy en breve. No pedimos a nuestros Hermanos, que nos iguales en su suerte; ni menos, que se quiten el bocado de la boca para dárnoslo a nosotros, como ya otras veces lo han hecho: solo sí suplicamos con el mayor rendimiento, que nos admitan en su amable Compañía. Que por lo demás, cuando no nos bastaren, para sustentar la vida, las sobras de su mesa, estamos prontos para mendicar *ostiatim* por amor de Dios nuestra diaria manutención: seguros de que su Divina Majestad, que mantiene a las hormigas, y a las aves, sin que siembren, no nos faltará en nada a los que puramente por su amor nos hemos reducido a tal pobreza; confiados solamente en su protección y misericordia”.

---

<sup>89</sup> “Como niños recién nacidos desead la leche espiritual pura, a fin de que por ella, crezcáis para la salvación”. (1 Pedro 2,2)

## Capítulo 10°

### Su viaje de Roma a Faenza; y lo que aquí observó

Aunque nuestro Padre General deseó tener más tiempo en Roma a los Novicios españoles, y que estos lograsen el consuelo de hacer sus votos en el Noviciado de San Andrés; sin embargo tuvo por más conveniente en las presentes circunstancias, que viniesen a hacerlos en sus respectivas Provincias. Encomendóles mucho, que correspondiese en adelante su vida a sus bellos principios; y dándoles una carta de recomendación para que en los Colegios, por donde pasasen, fuesen hospedados, les dio su bendición. Partieron de Roma el diez de abril del año de 69; y después se fueron dividiendo, conforme los parajes, donde estaban sus Provincias. Venía el Hermano Clemente como Superior de los de la suya, y no omitió diligencia, ni cuidado, que condujese para la felicidad del viaje. Luego, que llegaban a las posadas, procuraba, que se tuviesen los acostumbrados ejercicios de oración, exámenes y lección espiritual. En Loreto se detuvo con sus compañeros día y medio, en el que visitaron muchas veces aquel devoto Santuario; y confesaron y comulgaron dentro de la Santa Casa. A los Hosteros, y Caleseros, con ser estos tan difíciles de contentarse, y tan fáciles en molestar a los viajantes, el buen Hermano con su mansedumbre, y con su entereza los tuvo siempre contentos; pero sin dejarles salir con sus injustos intereses.

Llegaron en fin nuestros Novicios a esta ciudad de Faenza, donde está la mayor parte de su Provincia que fue del Paraguay, y ahora de San Joseph<sup>90</sup>, a los once días de camino; y después de trece meses, que fueron separados de ella en el puerto de Santa María. Cual fuese su gozo al juntarse con su Provincia, y el júbilo de ésta al recibir

---

<sup>90</sup> Carlos III, en carta del 12 de julio de 1769, notificó al General de la Compañía de Jesús que se abstuviera de nombrar provinciales y mantener o refundar colegios con las denominaciones españolas. Obviamente no se acató tal mandamiento y al cumplir su trienio el P. Robles, fue reemplazado por el P. Muriel. Pero a partir de ese momento las designaciones españolas cambiaron por santos de la Iglesia y a la provincia del Paraguay se la designó provincia de San José, manteniéndose hasta la abolición del Instituto (Page 2011b: 47).

a sus más tiernos, pero invencibles hijos, no es necesario, que yo lo diga; ya se deja discurrir. Detuviéronse en la Casa de Probación todos juntos hasta que revalidaron sus votos, según el orden, que traían de nuestro Padre General. En el Triduo<sup>91</sup>, con que se prepararon para ellos, echó el Hermano Baigorri sus líneas, para disponerse también para cuando viniese a la Casa de Estudios; y sus propósitos, que apuntó entonces, se ven ser conducentes, y dirigirse a este fin. “**En dos** cosas pienso, (dice en uno de ellos), que puede faltar fácilmente un Hermano Estudiante: la 1ª a la Regla de hablar Latín; la 2ª en las conversaciones, no hablando cosas espirituales. Una, y otra me empeñaré a practicar desde el principio; porque sino, después me será impracticable; y aunque me tengan todos por ridículo, yo las he de ejecutar. Bien saben, que esta es nuestra profesión; y en fin a mí me basta, que así lo hicieran San Luis Gonzaga, y el Venerable Hermano Juan Berchmans<sup>92</sup>, a quienes debo **imitar**”. De la misma manera son los demás propósitos.

Hechos sus Votos, se trasladó el Hermano Baigorri a esta Casa del Señor Canónigo Penitenciario Don Domingo María Faneli, donde están las Aulas de los Estudios, y moran con sus Maestros nuestros escolares<sup>93</sup>. Entró a la del Seminario a repasar la latinidad; y asegura su Maestro de Humanidad, que no sabe qué admirar más en él, si su observancia de las Reglas, o sus progresos en las letras. Aplicóse también, no sin alguna intención, a la lengua griega; y en el tiempo de vacaciones se impuso en principios de Geometría. Todo su cuidado era, no perder una partícula de tiempo; y el que empleaba de estudio en su aposento, era con tal tesón, que parecía estar fijo sobre el libro. La interrupción, que conforme a su Regla hacía a las dos horas, era yendo

---

<sup>91</sup> El triduo son tres días de celebraciones religiosas. No especifica el texto, pueden ser a la Virgen, a San José o el triduo pascual.

<sup>92</sup> San Juan Berchmans (1599-1621) fue un jesuita belga canonizado en 1888 a ciudad de Diest. Ingresó al noviciado de Malinas en 1616 y continuó en el Colegio Romano por indicación del general Vitelleschi. Allí hizo voto para defender la doctrina de la Inmaculada Concepción, pero el padecimiento de una enfermedad pulmonar terminó con su vida en 1621, cuando la propia comunidad lo consideraba un santo.

<sup>93</sup> Apenas llegaron los jesuitas del Paraguay a Faenza fueron al palacio “La isola” que les había cedido generosamente el conde Cantoni y que se ubicaba en las afueras de la ciudad sobre el río Lamone. Los 80 jesuitas que allí residieron se mudaron luego a la casa del canónigo Fanelli. Otro grupo vivía en cinco casas en Ravena y otro en dos casas de Brisighella (Miranda 1916: 329).

a visitar al Santísimo Sacramento, que merecemos tenerlo siempre colocado en un Oratorio de esta Casa. Desde que entró acá y vio la distribución de estudios tan bien entablada, y la regular disciplina con la misma observancia que en nuestros colegios, lleno de complacencia decía: “**Paréceme** estar en el Cielo en Compañía de los **ángeles**”.

Con ser tan grande su aplicación a las Letras, fue aún mayor su cuidado en la perfección del espíritu. Los fundamentos, que abrió al principio de su Noviciado para el edificio espiritual, y sobre que prosiguió aquí fabricando, fue la perfecta observancia de todas nuestras Reglas, por mínimas que fuesen. Estas eran el nivel, con que arreglaba todas sus operaciones; y jamás lo vio alguno ni quebrantarlas advertidamente, ni acción que desdijese de ellas. Su exterior era grave, modesto y edificante. Era tan exacto en el silencio, que parecía de genio taciturno y melancólico; pero cuando había de hablar en las recreaciones, lo hacía con tanta ingenuidad, dulzura, y gracia, que gustaban muchos de conversar con él, y aún lo buscaban de propósito para esto. Trataba comúnmente en sus conversaciones de cosas espirituales, y en especial de las grandezas de la Santísima Virgen; y aseguran algunos sujetos, que experimentaron en sí, que salían más fervorosos de su santa conversación, que de la Oración, y de la lección espiritual. Era puntualísimo a las distribuciones; y se le observó haber dejado la letra comenzada estando escribiendo, por acudir al primer toque de la campanilla a lo que era llamado.

Rezaba el Rosario de nuestra Señora todos los días de rodillas en nuestro Oratorio, aunque hubiese libertad de rezarlo o en los aposentos, o en pie paseando. En la lección espiritual, que tienen aquí de comunidad los Hermanos estudiantes, causó siempre edificación a los que le observaron estar, no solo muy devoto y atento, sino también con la gorrilla en la mano, aunque hiciera frío; y era que consideraba, que era Dios el que le hablaba. Los ejercicios humildes, que se hacen en casa, de servir, barrer, distribuir velas por los aposentos y las penitencias comunes de refectorio, lo hacía con tal devoción, que la causaba a los que le veían. Cuando salía fuera de casa, era singular su modestia. En una ocasión de estas, en que acompañó a un Padre para el Hospital de San Juan de Dios, advirtió el Padre, que mostraba el Hermano repugnancia de entrar por la puerta; y conoció ser la causa, porque estaba en ella una mujer, y no se apartaba. Ordenóle el Padre no

obstante, que entrase; y entonces entró, pero con los ojos clavados en tierra, y el rostro lleno de rubor. Si iba al campo con algún Hermano de su confianza, lo llevaba primero a la iglesia de San Francisco a visitar la célebre imagen de la Purísima Concepción, que allí se venera; y después en campo, o leía con el compañero un libro, que tenía prevenido, o se entretenía con él en santa conversación, tomando materia de las mismas yerbas y flores del campo.

La oración y la mortificación fueron los dos ejes, sobre que se movía continuamente la máquina de su perfección. Era muy inclinado a aquel santo ejercicio; y se puede decir, que andaba siempre en oración, por el sumo recogimiento interior que guardaba, y continua presencia de Dios que tenía entre día. Para la ordinaria de la mañana se prevenía antes con diligencia; y después la tenía de rodillas delante del Santísimo. Su modo de orar era siempre práctico, sacando algún fruto, o el ejercicio de alguna virtud para aquel mismo día. Fuera de la hora acostumbrada, añadía muchas los días de fiesta, y de asueto; y especialmente cuando tenía su retiro espiritual, que era indefectiblemente un día al mes. No fue menos entregado a la mortificación del cuerpo. Usaba diariamente uno o dos cilicios de cadenillas, aunque no por todo el día, porque no se le permitió y tres veces a la semana, y las vísperas de comunión, la disciplina. Y aunque para esto no hay en esta casa la comodidad, que se requiere, era de admirar su industria en buscar tiempo, y oportunidad. Pedía mas veces licencia a más de estas ocasiones: y cuando se la negaba el confesor, le decía: “**Padre**, V.A. me tiene más piedad de la que merezco: sin tener tanta necesidad, como yo, San Luis Gonzaga, hacía más penitencia, que mucho que yo hiciera algo por **imitarle**”.

En la comida era muy parco; y fue necesario, que le avisasen de que tomase más en la mesa, para poder sobrellevar las tareas del Estudio. Recién venido a esta casa, pidió licencia para no desayunarse por las mañanas; pero no se le concedió. Nunca se le oyó quejar de la comida; antes decía, que, cuanto se ponía en el refectorio, era para él un gran regalo; porque debían tratarlo como a un pobre mendigo. Alguna otra vez, que en otra casa de Jesuitas le ofrecieron merienda, rehusó el tomarla, así por no faltar a su abstinencia, como por no tener licencia antecedente. Notáronle sus compañeros otras mortificaciones, que aunque pequeñas, como eran, tener siempre un pie levantado del suelo

estando sentado, no arrimarse al espaldar de la silla, dejar lo mejor del plato en el refectorio, pero como las hacía constantemente, era señal de una continua mortificación en todo lo posible.

La interior mortificación, que, como dijimos, comenzó a cultivar a la misma entrada en religión, siempre floreció en él, y aquí fructificó abundantemente. Negar el gusto a sus sentidos, sofocar los ímpetus del apetito, abnegarse a sí mismo, y sujetar en todo su juicio, y voluntad, al juicio y voluntad del Superior, y de su Padre Espiritual, fue su más frecuente ejercicio. Había domado tanto sus pasiones, que más parecía, que ya no las tenía. Con ser nada tardo en concebir y pronto en decir alguna agudeza, casi siempre se reprimía; y la vez que la decía, aunque fuese sin ofensión de tercero, luego él mismo la reprobaba. Deseó que los Superiores le diesen reprensiones, y le negasen las licencias que pedía, por su mayor mortificación; pero como esto no sucediese por no haber él dado motivo alguno, reprendíase a sí mismo muchas veces, como se ve en sus apuntes, en que se trata con aspereza y se hace Fiscal severo de sus propias acciones. Este mismo rigor y exactitud guardaba en sus cuentas de conciencia, que las daba a su confesor cada mes; y también en las Confesiones, en las que se daba bien a conocer la suma delicadeza de conciencia, pero sin oscuridades, ni rodeos; porque el Señor le había dotado de grande claridad, para explicarse en todo. Tal fue su modo de vida por el tiempo de siete meses, que estuvo en esta Casa, hasta que enfermó<sup>94</sup>.

## Capítulo 11°

### Su enfermedad y muerte dichosa

El principio de la enfermedad de nuestro Hermano Baigorri fue un fuerte resfriado, que declinó en breves días a mal de pulmonía. Servía actualmente a un Hermano enfermo; y no fue pequeño consuelo

---

<sup>94</sup> Cabe consignar que los once novicios del Paraguay fallecieron en Italia. Uno de ellos, el sevillano Manuel Lara, que como dijimos abandonó el Instituto pero volvió a ingresar a la provincia americana en el exilio en 1769, fue el último en morir en 1827 cuando se encontraba en Faenza. Los americanos nunca más volvieron a su tierra natal (Page 2010: 80).

para él, que en semejante ejercicio le hubiese cogido la enfermedad; y aunque se le procuró aliviar por la tos, que se le echó de ver, rehusólo él, diciendo, que no era bastante causa un resfrío para dejar de servir a sus Hermanos. Comenzó desde luego a sentir debilidad de cabeza, y decaimiento de todo el cuerpo, que le impedía totalmente el estudiar; y él, atribuyéndolo a flojedad suya, pidió penitencia al Padre Ministro; y que le mandase estudiar, para verse más obligado a hacerlo. Más viéndose que cada día crecía el mal, le ordenó el médico hacer cama; y le recetó unas sangrías y dieta en la comida. Ejecutóse todo puntualmente: las sangrías<sup>95</sup> llegaron a cinco, y la dieta la guardó rigidísimamente hasta la muerte; pero aunque nada de esto le aprovechó al cuerpo, por haber quedado el mal renitente, lo convirtió él en bien del Alma, ofreciéndolo todo al Señor. Cuando lo sangraron, dijo a un Padre de su confianza: “**Ya que** no merezco derramar mi sangre por la conversión de los Infieles, la derramo gustosamente por **obediencia**”. Por la dieta, dijo a su Confesor: “**Como V.R.** no me permitía ayunar, Dios ha querido que guarde este ayuno, para domar mi cuerpo”. De estas y semejantes palabras se colige el cuidado que tenía, de realzarlo todo, para que le fuese más meritorio.

El tiempo que duró en la cama, que fue de 39 días, nos dio otros muchos ejemplos de edificación. Guardó siempre en ella mucha compostura exterior, teniendo las manos continuamente dentro de la ropa cruzadas sobre el pecho, y los ojos comúnmente levantados al Cielo, o puestos en una de las imágenes que tenía delante. Para la renovación de votos en el mes de enero, sintió mucho no poder tener el Triduo con la Comunidad; y dijo al Padre Ministro su falta, para que se la avisase en el Capello General. Todos los días comulgaba espiritualmente, para suplir las veces, que no podía realmente recibir a su Majestad; y para esto pedía a los que lo visitaban, que lo afervorizasen con las conversaciones espirituales. Era obedientísimo a todo lo que el médico ordenaba. Viendo un sujeto, que ya no podía arrostrar el caldo, que era lo que únicamente tomaba por la dieta, le ofreció unos bizcochos; y él los rehusó diciendo, que no quería salir de la dieta, que le habían ordenado. Preguntado después si apetecía alguna cosa, para dársela con licencia del médico? Respondió: “**No apetezco**

---

<sup>95</sup> Se refiere a la extracción de sangre. Muy habitual hasta el Siglo XIX para calmar dolencias y a pesar de los riesgos y de carecer casi siempre de efecto curativo.

nada más, que lo que mande el médico que se **me dé**". Diéronle una medicina bien repugnante a la naturaleza, para tomarla por la tos muchas veces al día, y nunca mostró la menor repugnancia.

Fue singular su paciencia en el tiempo de su enfermedad. No se le oyó jamás quejar ni de los dolores, que padecía, ni de otra cosa alguna, que le sucediese. Era inevitable algunas veces el ruido en su aposento, ya por vivir con compañeros, ya por ser paso para otros aposentos; y aunque le penetraba la cabeza por la suma debilidad, no decía palabra. Habiéndosele hecho algunas llagas en un lado del cuerpo, del cual era preciso estuviese casi siempre acostado, porque de otra suerte le ahogaba la tos, y queriendo avisar un Padre al enfermero, le suplicó, que no lo hiciera; porque decía, que con la paciencia se curaría mejor; y la causa de su repugnancia era también, porque le habían de descubrir el cuerpo, para curarlo. A algunos sujetos de su confianza les pedía frecuentemente, que le alcanzasen más paciencia del Señor; y que le hablasen de la paciencia del Santo Job, y del sufrimiento de los Santos Mártires, para animarse con estos ejemplos. Cuando más le apretaban los dolores de cabeza, y del pecho por la vehemencia de la tos, no se le oían otras palabras, que estas: "**Dadme**, Señor, más paciencia, y vengan más **dolores**". Como estaban sus labios tan acostumbrados a pronunciar estas voces, y su corazón tan deseoso de padecer; aún cuando deliraba con la fuerza de la calentura, o dormía algún poco, le oyeron repetir: "*Quid igitur faciendum, nisi patienter sustinendum*"<sup>96</sup>. Al último de su enfermedad, sintiéndose con la cabeza muy turbada, y que le iba ahogando la flema, pidió a su Confesor, que continuamente lo confortase con la memoria de la Pasión del Señor; porque lo único que temía, era faltar, aunque fuese inadvertidamente, a la paciencia de sufrir por Dios.

No fue menos admirable la resignación, con que recibió la enfermedad, como venida de la mano de Dios; de suerte que sus ordinarias jaculatorias eran "*Fiat voluntas Dei, fiat voluntas Dei*"<sup>97</sup>. La lección espiritual, que le leía todos los días un compañero de aposento, a petición suya, fue el Tratado de la Conformidad con la voluntad de

---

<sup>96</sup> "Qué voy a hacer, debo soportar con paciencia".

<sup>97</sup> "Que sea la voluntad de Dios, que así sea la voluntad de Dios".

Dios del Padre Alonso Rodríguez<sup>98</sup>; y su continua meditación, la Oración de Cristo en el Huerto, para imitar aquella conformidad Divina. A uno que le preguntó, **si sentía el morir?** le respondió: “**Siendo** voluntad de Dios, nada siento: solo sentiría no acompañar a mis Hermanos hasta apurar el cáliz amargo, que beben en estos **tiempos**”. A otro Padre, que mostraba gran sentimiento de verlo tan postrado en la cama, y de que hubiese de morir en lo mejor de su edad, le dijo el buen Hermano con un rostro muy alegre: “**Padre mío**, haciéndose en esto la voluntad de Dios, por qué nos hemos de desconsolar? yo de mi parte estoy indiferente para la vida, y para la **muerte**”. De esta manera por sus palabras, y por sus obras se dejaba conocer su grande conformidad con la voluntad de Dios; y de esta nacía aquella paz interior y serenidad de ánimo tan envidiable, que en todo el tiempo de su enfermedad se le observó.

El amor, y aprecio, que siempre tuvo de la Compañía, subió de quilates en los últimos días de su vida. Con solo acordarse, que era Jesuita se le olvidaban las penalidades de la enfermedad; y parece, que hasta el temor de la muerte se le ahuyentaba; porque se imaginaba estar en el Puerto seguro de la salvación. Dijo en una ocasión a su Confesor, que por el amor que tenía a la Compañía su querida Madre, ofrecía gustosamente su vida en sacrificio, con tal que se compusieran los presentes negocios. Lo que apreciaba el ser Religioso, lo mostró, renovando muchas veces entre día sus Votos Religiosos; y decía, que el remedio más eficaz, que había encontrado contra toda tristeza, y contra las tentaciones por este tiempo, había sido este; y con el hábito que tenía, de renovarlos despierto, lo hacía también dormido; de suerte, que lo oyeron decir en voz alta, soñando, toda la fórmula de los Votos. Otras muestras de este mismo aprecio dio después, como luego lo veremos.

---

<sup>98</sup> El “*Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios*” del P. Alonso Rodríguez (1538-1616) es uno de los tratados que conforman su “Ejercicio de perfección y virtudes cristianas”, publicado por primera vez en Sevilla en 1609. Lo escribió para los religiosos del Instituto Ignaciano mientras era Maestro de Novicios en Sevilla. Esta basado en las pláticas semanales que impartió a la comunidad entre 1589 y 1595. A su cuarta edición le hizo retoques justo antes de morir. Se publicó en 23 lenguas y más de 300 ediciones.

Advirtióse en fin lo mucho que iba decreciendo de fuerzas; y se le mandó dar el Santo Viático. Dispuso para él con una Confesión general de toda su vida; la que como tenía escrita de su mano, y tenía poco que confesar, la acabó en breve, y con todo sosiego. Administróle aquel Sacramento el Padre Rector de esta casa Domingo Muriel<sup>99</sup>, como también el de la Santa Unción. Recibió el Santo Viático el enfermo con mucha alegría de su corazón, y con la sotana puesta; y aunque quiso ponerse de rodillas, no pudo por su debilidad, y estuvo solamente incorporado en la cama. Deseó en esta ocasión, estando junta la Comunidad, decir dos cosas. La 1ª, el imponderable consuelo, que tenía de morir en la Compañía. La 2ª, pedir perdón por sus faltas, y que lo encomendasen a Dios en sus oraciones; pero como no podía ya alzar la voz, le dijo su Confesor, que él lo haría después en su nombre; y quedó con esto consolado. Al día siguiente amaneció con la cabeza menos embarazada, y pidió a un Hermano que le leyera la enfermedad y muerte de San Luis Gonzaga. No se encontró de pronto aquella Vida, y le leyó la del Venerable Hermano Juan Berchmans. Cuando oyó leer, que este Angelical Hermano había caído enfermo en la cama en día sábado a las 22 y media de la tarde, notóle, y dijo con gran júbilo al Hermano que le leía, que él también había merecido caer en la cama el mismo día y a la misma hora.

A este tiempo yendo a verlo su confesor, y encontrándolo muy placentero, le preguntó: “**Está** ya mi Hermano dispuesto para ir al **Cielo**?” Respondióle el Hermano con singular alegría: “**Sí Padre, sí Padre**”; y luego añadió: “*Lactantes ibimus*”<sup>100</sup>. Poco después pidió su crucifijo de metal y una imagen de la Santísima Virgen, que tenía a la cabecera; y tomándolos en la mano, hizo unos coloquios tan tiernos con Jesús y María, que sacaba lágrimas de devoción a quien lo escuchaba. Al medio día se le administró la Extrema-Unción, respondiendo él a todo el ceremonial con mucha entereza, aunque en voz baja. Pidió

---

<sup>99</sup> El P. Muriel nació en Tamames, Salamanca en 1718, ingresando a la provincia jesuítica de Castilla en 1734. Llegó a Buenos Aires en 1749 e hizo sus últimos votos en Córdoba en 1751. Fue elegido procurador a Europa en 1764 y cuando estaba por volver fue arrestado por el decreto de la expulsión Murió en Faenza en 1795 (Storni, 196), luego de haber sido primero rector del Colegio Máximo y provincial en el exilio desde 1771 hasta que el papa Clemente XIV firmó en 1773 el Breve de supresión de 1773. Una excelente biografía escribió su discípulo Francisco Javier Miranda (1916).

<sup>100</sup> “Vamos a ir lactantes”.

luego a su Confesor, que en adelante, aunque perdiese el habla, le absolviese varias veces; porque su ánimo era dolerse continuamente de sus culpas, mientras estuviese con vida. Advirtiéndole entonces el Confesor, que iba ya perdiendo el uso libre de la lengua le dijo, estando muchos sujetos presentes: “**Tiene** mi Hermano algún temor, o **desconsuelo?**”. Respondióle: “**No, Padre**”. Volvióle a preguntar: “**Y tiene algún consuelo?**”. Respondió: “**Sí, Padre**, y muy grande”. “**Cuál es éste?** replicó el Confesor. Entonces como esforzándose, en voz, que todos le oyeron, dijo: “**El morir en la Compañía de Jesús**”; y echando mano a la Sotana, la besó muchas veces con ternura; llevando de esta suerte hasta la sepultura los ejemplos de heroica constancia y amor a la Compañía, que había dado en vida.

Dióle inmediatamente un paroxismo; y pasando éste, vuelto en sí, echando los ojos a un rincón de la cama dijo al Confesor, que estaba a la cabeza: “**Allí está un moro, que ahora ha venido**”. Para asegurarse el Confesor, que no deliraba, le preguntó: si él lo temía, o tenía en su conciencia cosa que le remordiese? El enfermo le respondió con mucha serenidad: “**Yo, gracias al Señor**, nada temo: ni tengo cosa, que me remuerda la **conciencia**”. Y a breve rato dijo: “**Ya se fue el moro**”. Pero después en otras dos ocasiones volvió a decir, que “**había venido el moro**”; y en aquella sola parte, hacia donde señalaba, no había imagen alguna de Santo; más luego que allí se colocó una de nuestra Señora la Dolorosa, no repitió, que hubiese venido aquel moro. En la última de estas apariciones le decía a su Confesor como admirado: “**Qué V.R. no lo ve!**” y respondiéndole éste que **no**; levantó él los ojos al Cielo, como respondiendo a quienes lo tentaban; y pronunció, aunque con alguna dificultad, estas, que fueron sus últimas palabras: “**Ellos, que son los indignos, no verán la cara de Dios**”. De todo esto fueron también testigos otros sujetos, que se hallaron presentes, a más del Confesor. Perdió el enfermo inmediatamente la habla; y comenzó a padecer una larga y penosa agonía por siete horas. Parece que el Señor, que conocía muy bien el valor y constancia de su soldado, permitió, que padeciera tan cruel agonía y tan terrible batalla; para que fuese mayor su triunfo y coronarlo con más mérito en la Gloria.

Murió en fin nuestro Hermano Clemente Baigorri, después de habérsele dicho varias veces la recomendación del Alma, el día 23 de enero del presente año de 1770, entre las diez, y las once de la noche;

siendo de edad de 23 años, y algunos meses; después de haber estado en la Compañía de Jesús tres años, y más de un mes, en los que mereció ser un verdadero hijo suyo, y un exacto observador de sus Reglas. Llevó su precioso cuerpo el señor párroco de San Blas con su clerecía, acompañado de una grande comunidad de los nuestros, a la Iglesia del Colegio de la Compañía de esta ciudad de Faenza, donde se le hicieron solemnemente los Oficios; y fue depositado el día 24 en una caja de madera, que por casualidad, o por providencia del Cielo se encontró vacía; y a los dos días después por particular devoción se le cantó una misa solemne de **Réquiem**.

No será fuera de propósito notar aquí alguna otra particularidad, que hubo en la dichosa muerte de este Angelical Hermano. La 1ª fue, que mereció morir víspera de la Virgen de la Paz, cuya Festividad se celebra en España, y ser enterrado en su propio día. Tenía el Hermano Clemente una singular devoción a esta advocación de nuestra Señora, y la había tomado por su especial Patrona, para la paz y tranquilidad de su ánimo en todas las contradicciones, que padeciese. Tenía siempre consigo una pequeña imagen suya; y poco antes de morir hizo con ella los más tiernos coloquios, llamándola **mi Madre, mi Abogada, todo mi consuelo**. Había antes deseado, y aún significado, que se lo llevase para su día, para consagrar de esta suerte los últimos alientos de su vida a quien debía los principios de ella. Cumpliósele, pues, su deseo; y esta soberana Señora, que lo amparó y libró de los bárbaros gentiles cuando era niño, ¡cuánto lo ampararía y defendería de los Espíritus Infernales en los peligros del último combate! pues se hallaba tan obligado por el amor y devoción, que la había profesado. La 2ª cosa fue, que como fue también tan devoto del Ángel de la Compañía San Luis Gonzaga, y procuró tan de veras imitarlo en vida, parece que el Santo quiso que se le asemejase en la muerte, haciendo que padeciese la misma enfermedad, que él padeció; y que falleciese de los mismos años de edad, y a la misma hora de la noche, que él falleció.

La 3ª cosa fue la devoción, y buenos afectos, que en su muerte se experimentaron en los de casa, y en algunos de fuera. Los de casa, que lo conocían bien, unos se encomendaban a él, haciéndolo ya en el Cielo; otros publicaban sus virtudes, y decían: “**Verdaderamente que este Hermano fue un Ángel**”; y no faltaron quienes recogieron algunas de sus cosillas por reliquias. Los de fuera hicieron también

mucha estimación de él, principalmente cuando supieron lo que había padecido por su vocación religiosa, y la conformidad con que había tolerado su penosa enfermedad. Una persona de autoridad se sintió movida a devoción de ver solamente sacar su cuerpo de esta casa; y no paró hasta conseguir un pedazo de ropa suya por reliquia. Otra, que se halló casualmente en su entierro, dijo, que se había sentido interiormente movida a una tierna devoción con aquel Padre Joven; y después informada, de quién era, pidió también alguna cosa suya por reliquia. Así, podemos decir, que honró Dios de alguna manera a su Siervo con estas cosas, por su fidelidad y constancia, con que lo sirvió; porque aunque estas cosas parezcan casualidades, sabemos también, que alguna vez pueden ser disposiciones, que derivan todo su impulso de una oculta, pero amorosa y especial providencia; principalmente cuando se ejecutan con los **Justos**.

**Segunda Parte**  
**de la Vida del Hermano**  
**Joseph Clemente Baigorri de la Compañía de Jesús**

**Capítulo 1º**  
**Sus deseos de padecer**  
**a imitación de Cristo;**  
**y de alcanzar la perfección**

Fórmase esta segunda parte de la Vida de nuestro Angelical Hermano Clemente Baigorri de algunas de sus virtudes, y de los deseos que tuvo, de adquirir la verdadera perfección, imitando a Cristo Señor nuestro en el padecer, que es el modelo de toda Santidad. De esta manera pienso se hará mejor el debido concepto del bello espíritu, que encerró en sí tan preciosa Alma. Es el espíritu en el hombre como el agua, que se acomoda a la figura, capacidad y tamaño del recipiente; y su natural es como el vaso, que recibe el agua del espíritu. Logró el Hermano Baigorri de la mano del Señor un buen natural, un buen juicio, un buen entendimiento, una buena voluntad, y una buena

inclinación; de suerte que todo lo bueno naturalmente le agradaba, todo lo malo naturalmente le daba en rostro. Acomodado, pues, a este buen genio su espíritu, no pudo menos, que naturalmente ser bueno: el cual perfeccionado después con la gracia, sobresalió tanto, que podía graduarse por héroe. Con este espíritu hacía sus ejercicios espirituales, y salían estos fecundos de buenos propósitos; con este espíritu escribía sus cartas, consolando a sus Hermanos, y animándolos a la perseverancia, y lograban estas el efecto deseado; y de este espíritu nacían en su corazón aquellos ardientes deseos de la perfección y santidad, como lo veremos ahora.

En un cuaderno, donde notaba las luces, y sentimientos, que Dios le comunicaba en la oración, dice así: “**Día 20 de agosto.** En este día sentí en la oración muy ardientes deseos de la perfección, considerando el fin, para que Dios me trajo a la Religión; y conocí con evidencia, que el Señor me quería muy perfecto, según que derramaba gracias abundantes sobre mi Alma. Entróme también un gran temor de no corresponder a estas gracias, porque son inexplicables las que me ha hecho en este tiempo de los mayores trabajos. **Cuidado** Clemente con leer esto a menudo, y corresponder a mis beneficios, me dice **Dios.** A la tarde me propuse en la oración un amigo, a quien conociendo yo su enfermedad, y pidiéndome él remedio, le di este; **silencio, modestia, la guarda de su aposento,** y le dije, que pusiese mucho cuidado en tener bien su oración y Exámenes general, y particular, y una perfecta observancia de sus Reglas; a todo lo cual se sentía el amigo muy inclinado a hacerlo: *hoc tibi dictum habe clemens*<sup>101</sup>. **Día 21.** Sentí los mismos deseos de la observancia religiosa, y en especial de aquella Regla, que pide continua mortificación; porque esto me parecía el mejor principio para la perfección, que yo deseaba; y porque estoy persuadido, que jamás seré hombre espiritual, si no trato de mortificación. El fruto de la Oración por la tarde, en que medité la Regla **31,** fueron unos entrañables deseos de plantar en mi Anima la virtud de la obediencia en tal manera, que si alguna cosa me ha salido del corazón, han sido estos deseos; y conozco por experiencia, que de mucho tiempo a esta parte se me han ido aumentando cada día más y más. No sé qué consuelo siento con solo pensar, que algún día con la gracia del Señor la conseguiré en toda su perfección.

---

<sup>101</sup> “He dicho a ti esta gracia”.

Día **22**. Meditando sobre la perseverancia de Cristo nuestro Señor en su Oración del Huerto, sentí en el interior grande confusión de ver mi inconstancia en el Divino servicio. ¡Oh mi Dios! ¡cuándo saldré de esta miseria, para servirlos perpetuamente! Hasta que no entre en mi Alma el deseo de toda mortificación, no seré perfecto. Mortificación, mortificación. A la tarde en la meditación del juicio concebí mucho aliento para la perfección, por lograr en aquel día la benignidad del Señor. Reconocí este día, que algunos respetillos humanos me impedían que me diese del todo a la perfección; propongo atropellarlos todos; y en reverencia de mi Madre la Santísima Virgen no omitiré este mes ningún ejercicio de costumbre, devoción, y mucho menos de obligación por respeto alguno. Día **23** considerando, que, no obstante la repugnancia de la carne, prevaleció el espíritu de Jesús con su prontitud en la Oración del Huerto, sentí mucho esfuerzo para la perfección; porque concebí, que el Señor daría también esfuerzo a mi espíritu para conseguirla, no obstante la flaqueza de mi carne.

Día **24**; ese día sentí los mismos deseos de la perfección, aunque no tan vivos, porque estuve en sequedad de espíritu; y para desquitarme de lo perdido, saqué este día más mortificación, y me sentenció luego acabada la Oración a tantas y tales mortificaciones; y así lo haré siempre, para reparo de los daños, que ocasiona la flojedad. A la tarde volví a sentir unos deseos entrañables de la mortificación en todo lo posible. No sé qué deseos me da Dios nuestro Señor tan intensos de la perfección! yo no sé que hacerme. Dios me quiere un Santo, y yo ando caído en faltas. Hasta que no me crucifique del todo con Cristo, y riña de veras con mi carne, no he de ser el que debo. Día **25**: en este día meditando la Pasión y muerte del Redentor, y la representación que tendría de mis pecados, con lo que se le aumentarían las penas, concebí gran dolor de ellos, e hice firmes propósitos de no ofenderle, ni aún con el más mínimo defecto venial. Reconocí también, que el origen de mis faltas en la Oración, es en parte, el no ir a ella con un ánimo generoso, y grande, pero humilde”. Hasta aquí algunos de sus propósitos, y apuntamientos, que diariamente los hacía, siempre que tenía oportunidad. No los pongo todos por no dilatarlos más, y porque éstos bastarán para conocerse la abundancia de luces, con que el Señor alumbraba su entendimiento, y encendía su voluntad en deseos de la perfección y mortificación.

Los deseos de padecer a imitación de Cristo crecían en él tanto más, cuanto más atribulado se veía. En uno de los apuntes, que hizo en los encierros de Jerez, dice de esta suerte: “**Con solo mirar a** mi buen Jesús Crucificado, se me hacen dulcísimas todas las penas de esta vida, y se me quitan totalmente las ganas de quejarme de cosa alguna de este Mundo. Reflexionando ese día, qué cosa sería para mí en esta ocasión la más dura y penosa, hallé, que el que nos quitaran la sotana, y nos repartieran por casas de Seculares; pero aún esto, a vista del despojo, que padeció el Señor de sus vestiduras, y de lo que anduvo por los Jueces, se me hace tan soportable, que, si es de su mayor gloria, antes deseo que se ejecute, por parecerme en algo a mi amantísimo Dueño y Señor. Dios me es testigo de la sincera intención y deseos, que tengo, de **padecer por su amor**”. De la misma manera se explica en otros propósitos conforme los pasos de la Pasión del Señor, que meditaba, porque esta era su más ordinaria materia.

Como este amor para con **Jesús paciente** [sic: paciente?] era tan encendido, y el deseo de imitarlo tan grande, no cabiendo en solo su pecho, se difundía también a otros. El motivo poderoso, que proponía de palabra, y por escrito a sus Con-Novicios para consolarlos y fortalecerlos en los trabajos, era éste; como se verá por las cartas, que trasladaré aquí de los originales. Sea la primera, la que escribió desde el Convento de Santo Domingo de Jerez a un Hermano Coadjutor de su Provincia, que estaba en otro Convento. Habían corrido siniestros informes de este Novicio; es a saber, que se iba resfriando en su vocación, y juntamente en sus ejercicios espirituales. Sabiendo éste lo desconsolado que estaban por esta causa los demás Novicios, escribió al Hermano Baigorri una carta, en que le asegura del amor a su vocación, para desvanecer aquellas voces. A esta carta le respondió el Hermano Baigorri, sin darle a entender nada de lo que se decía, y edificándose solamente del fervor, que muestra en ella; y exhortándolo a mayor perfección; de esta manera:

“**P.C. carísimo** Hermano en Cristo: no puedo menos que persuadirme, que mi amado Hermano se halla sobre manera fortalecido de la Divina Gracia, como nos dan a entender sus fervorosas letras, en que nos muestra muy al vivo, que lleva en su corazón impresa con caracteres de oro de caridad la Pasión de Jesús, y su dulcísimo Nombre. Debe de estar grabada, o esculpida la imagen de nuestro Redentor

paciente [sic: paciente?] en un corazón, que no respira sino ardientes deseos de padecer, y morir por el Señor. Lo que ahora importa, es, procurar conservar esta imagen limpia, y hermosa; no permitir, que entre allá dentro de su corazón cosa alguna, que la manche, o pueda ofuscar su belleza; porque es difícil repararla, una vez perdida. No es, carísimo, la masa de nuestro corazón como la cera, que fácilmente ya recibe unas, ya otras, y muy diversas figuras. Es blando para las impresiones de la tierra, y duro para las del Cielo; especialmente, si después de haber recibido estas, las perdió. Por lo cual es menester estar sobre aviso, y velar continuamente, procurando hacer no mucha fuerza, para del todo alejarlo de la tierra, y subirlo al Cielo; para que así conserve siempre viva la Imagen de Jesús. Cuidemos también ahora, que estará algo tierno por la edad, y por el fervor primero del Noviciado de darle la forma y figura, que en adelante deberá tener, y deseáremos nosotros haberle dado; porque, como dice el Espíritu Santo: **No** se apartará uno en la vejez de la vereda que tomó y siguió en su mocedad. Encienda, pues, Hermano mío, su corazón muchas veces con la oración, y trato con Dios, y verá cual se parte, cuán blando y suave, para recibir las inspiraciones de Dios, que lo labren, e impriman en él la Imagen de nuestro Ejemplar Jesús. Fuera de esto, retóquela con los Exámenes general y particular, para que quede siempre renovada. Quiero decirle: que no deje de las manos estos géneros de armas espirituales; guárdese de la distracción de espíritu, y del vicio pernicioso de la tibieza.

“Cuántos de nuestros Hermanos, que han faltado a su vocación, se habían resfriado primero, y dejado de la mano alguna de estas armas? Acuérdense de aquel dicho de un tan Santo, como docto el Padre Pablo Kum de nuestra Compañía: **De ninguno sé yo**, que haya salido de la religión, que no hubiese dejado antes la **oración**. Oh! quiera el Señor, que no caigamos nosotros en tan miserable estado. Démonos del todo a Dios; no perdamos la mejor ocasión, que se nos ofrece para nuestro aprovechamiento. Abracémonos con Jesús a imitación de María, que por ahora no quiere Martha nuestra ayuda y asistencia a cosa ninguna temporal. Cuidemos del espíritu, y dejemos en cuanto fuese posible el cuidado de nuestro mortal enemigo el cuerpo. Entréguese a la contemplación, puesto que en este Convento no hay, quien le distraiga; antes, aún las simplesavecillas le claman desde los cipreses todas las mañanas, que se levante pronto, para alabar al

Creador. Dejemos ya metáforas: en una palabra; mucha oración, Hermano mío, y mucho recurso a Dios; que los peligros son muchos, y crecen cada día. Haga al Santísimo muchas visitas, y supla las que nosotros no podemos hacer, por habérsenos privado. En estos nueve días de la Novena de nuestro Santo Padre Ignacio, nosotros tenemos de más un cuarto de oración en la Capilla, únicamente para rogar por nuestra Madre la Compañía. No nos olvidemos, pues, de ella que se halla en muchos trabajos; ni de que somos sus hijos. Si mi Hermano no tiene la Novena de nuestro Padre, compénselo con más oración, más silencio, más recogimiento, y otros especiales obsequios, que sabe mi Hermano mejor! y aún supongo, que ya lo hace como verdadero Hijo de San Ignacio. **El Santo le bendiga, y Dios le guarde**”.

Con este mismo espíritu escribió otras; y ya que aquí no se pongan todas, no puedo omitir dos dirigidas a un Novicio, menor en edad, que todos los que concurrieron de diferentes Provincias de Indias. Al cual, aunque no era de la suya, ni lo había conocido, sino por muy poco tiempo, le escribió, valiéndose de unas memorias que en carta para otro hacía este Hermano del Hermano Clemente. Juzgáballo, por más tierno, más necesitado de confortativo; y así lo esfuerza, y consuela de esta manera.

“**Mi Hermano H.P.C.** Aprecio sus memorias, y tengo gran consuelo siempre que tengo alguna noticia de mi Hermano, que en mi concepto es el Benjamín de nuestra mínima (ahora, por lo que padece más que nunca) Compañía de Jesús. Prosiga alentándonos con sus ejemplos, que son muy poderosos. Renueve los de aquellos gloriosos Mártires Pancratio, Pelagio, Justo y Pastor, y los de nuestro San Estanislao. Lleve adelante lo comenzado, que no puede faltar mucho; pues todo es nada, comparado con el bien, que esperamos. ¡Oh! cuánto nos alegraremos de haber hecho frente a los trabajos, que nos combaten, cuando con el favor de Dios veamos asegurada nuestra vocación, y conseguida la victoria a costa de nuestra paciencia en tantas persecuciones, desamparos, fatigas, hambres, y peligros de la vida por mar, y tierra; y todo lo que el Mundo quiere descargar sobre nosotros. Sea mucha gloria, Hermano mío, la Cruz de Cristo, anhelemos a los trabajos, y suspiremos por las tribulaciones; sin podernos ver hartos de padecer por nuestro Dulcísimo Jesús; que este es el camino más seguro, y breve para la perfección, según el dicho tan sabido de Nuestro Santo

Padre Ignacio al Padre Gerónimo Nadal, y por esto tan recomendable para nosotros sus Hijos. Si me responde mi Hermano, escriba largamente; que mi mayor consuelo es el saber individualmente lo que les dan que merecer, y los deseos ardientes, que comunica a cada uno Dios nuestro Señor de padecer más por su amor. **Me encomiendo en sus oraciones**". En esta carta, y en otras muchas, para disimular su nombre, se firmaba, **Javier en el deseo**; esto es, en el deseo de imitar a San Francisco Javier en padecer por Cristo; y por este nombre y deseo lo conocían los demás.

La otra carta, escrita a este mismo sujeto, dice así: "**Nuestras cartas**, Hermano mío, han de ser como las de los Cristianos de la Primitiva Iglesia, que todas se dirigían a consolarse en los trabajos, y alentarse a mayores. Nosotros podemos decir; "*circumdedderunt me dolores mortis*"<sup>102</sup>; pero también debemos añadir: "*et visitatio Maria custodivit nos*"<sup>103</sup>. Es cierto, que padecemos grandes trabajos; pero la soberana visitación de María nuestra Madre, nos guarda, y consuela. El Niño Jesús, y su Madre han llevado hasta ahora el peso de nuestra Cruz; justo es, que le pidamos algo de la suya, y echemos sobre nuestros hombros, para que se guarde equidad: pero aún así creo, que no lograremos, porque su amor no lo permite. Está empeñado nuestro amantísimo Dueño en llevar por sí solo la lanza, los clavos, la corona de espinas, y finalmente la hiel y vinagre; esto es, lo más pesado, y lo más amargo de la Cruz, y nos da a nosotros lo dulce, lo suave, y lo ligero de ella. Nos ha dejado encendido el madero; y así en él se abrasan y consumen como en sacrificio todas nuestras aflicciones. Lo que toca a nosotros es, imitar en cuanto sea posible su valor, y resignación, con que abrazó la Cruz tan pesada, que puso sobre sus delicados hombros su Eterno Padre, y el amor de sus criaturas. La vida es corta, y aunque está sembrada de cruces, poco es lo que falta para alcanzar la corona inmarcesible que está prometida a los que sufrieren trabajos por amor de Jesús. No hay sino pelear con esfuerzo y en cada combate cobrar nuevo aliento para lo que nos resta; y pedir a María Santísima nuestra Madre, nos alcance mucho amor de Dios, que nos suavice lo amargo de la tribulación y asegure la **perseverancia final**".

---

<sup>102</sup> "Los dolores de la muerte nos rodearon" (Salmo XVII:5).

<sup>103</sup> Al castigo Maria nos mantiene.

En otras se explica con más expresión sobre este punto. Dice, pues, a otro Con-Novicio: “**Le aseguro**, Hermano mío, que rebosa mi corazón de alegría, cuando alguno me cuenta, o escribe lo que padece, y desea padecer más por amor de Jesús. ¡Oh! ¡qué consuelo! padecer con Jesús, llevar la Cruz de Jesús, y espinar en ella. Amarla entrañablemente y ansiar por ella, es el carácter de un verdadero Jesuita, discípulo, e imitador de Jesús, como nos enseña nuestro Santo Padre en sus Constituciones, especialmente en la Regla once del Sumario. Y así, animemos, amado Hermano, con sus cartas a mayores trabajos; que los que hasta aquí hemos padecido, no llegan a los que nuestro Dios sufrió por nuestro **remedio**”.

## Capítulo 2º

### Su perfección en la observancia de las Reglas y Votos, y principalmente de su Pobreza

Hemos visto los deseos de la perfección, y de padecer por amor de Jesús, en que se encendía el corazón de nuestro Hermano Clemente; pero como estos, aunque indican fervor de espíritu, no prueban santidad en el sujeto, si no se juntan con las otras; porque aquellos son como las flores del corazón humano, y estas como sus frutos; y por los frutos es por donde se conoce la bondad del árbol; por esto procuraremos ahora mostrar estos frutos, para que se conozca mejor su bondad, y santidad. Aun cuando niño fue exacto en cumplir con las obligaciones, que se les imponen a los de aquella edad en nuestras Escuelas, Congregaciones y Seminarios; ¿cuánto más lo sería en la religión? Fue realmente tal su observancia de nuestras Reglas, que podemos asegurar del tiempo que estuvimos con él, lo que dice en un Informe, que dio de su mano un Con-Novicio suyo, que le acompañó siempre hasta su muerte: “**Jamás** supe (atestigua), que ninguno le notase falta alguna; yo confieso de mí, que habiendo observado muchas veces con cuidado todas sus acciones, por haberme pedido, que lo notase, y avisase sus faltas, nunca vi cosa, que desdijese de la observancia religiosa; antes bien me parecía, que miraba en él una viva imagen de las Reglas de la **Compañía**”. Así el Informante.

Procuró, pues, conformarse tanto a nuestras Reglas mientras vivió, que parecía un dechado de todas ellas; pero sin singularidad ninguna, ni extravagancia, aún en materia de espíritu; que no era lo menos especial, que se admiraba en él. Persuadióse firmemente, que toda su perfección consistía en no quebrantar ninguna de sus Reglas, apreciándolas todas igualmente, por mínimas que fuesen; y así puso todos los medios, que juzgó convenientes, para su exacta observancia. En unos de sus apuntes dice: “**Me ha dado** el Señor grandes deseos de poner en prácticas dos cosas, en que juzgó que está puesta la perfección de mi Estado; y son aquellas, en que San Luis decía, consistía la perfección de la Vida Religiosa; y por eso tanto las estimaba. 1ª, una perfecta observancia de mis Reglas, a que me ayudará la continua y atenta lección de ellas; porque tengo experimentado, que ninguna cosa así me mueve, como leer unas cuantas Reglas, y luego reflexionar sobre cada una de ellas. 2ª, el hacer, o procurar hacer con perfección mis obras ordinarias, sin andar a buscar cosas extraordinarias. En estas dos balanzas pesaré el fruto de mis ejercicios **espirituales**”. Cumplió tan perfectamente estos propósitos de leer, y meditar sus Reglas, que ni aún en su última enfermedad dejó de hacerlo. Para esto tuvo siempre bajo de la cabecera de la cama el Librito de las Reglas, donde se le encontró después de su muerte.

La observancia de sus Votos Religiosos fue correspondiente a la de sus Reglas, y a las ansias y deseos, que tenía de crucificarse, por medio de ellos, en la Cruz de la Religión. Deseó tanto esto, que por conseguirlo padeció tantos trabajos, y tan largas peregrinaciones, como desde las Indias a España, y de España a Italia. Ofrecióse finalmente aquí en holocausto al Señor por medio de su Profesión Religiosa; y fue tanto lo que la apreciaba y amaba, que no solamente cada día, sino también la renovaba, renovando sus votos. De suerte, que se puede con verdad decir de nuestro Hermano, que, aún cuando dormía, se desvelaba por ser religioso de la Compañía de Jesús. Pero descendiendo más en particular, fue observantísimo de la Santa Pobreza; porque desde que entró en la religión, desechó tan de veras toda cosa temporal, los cuidados de ellas, y las comodidades, que parecía olvidarse totalmente de sí, aún para lo necesario. Después del arresto de los Padres en Córdoba le trajeron de su casa alguna ropa, y otras cosillas, que podían servirle para el viaje tan dilatado, que emprendería; y con estar él tan necesitado de todo, avisó, que no le enviaran cosa alguna; y

las que le habían traído, con licencia del Superior, las repartió a otros; y todo cuanto tenía lo ofrecía a sus Hermanos.

Cuando en el Puerto de Santa María estuvieron después de secularizados, y el Novicio, que hacía veces de Superior, ordenó, que todas las cosas de los particulares se pusiesen en común, fue tal su complacencia, que dijo a otro Hermano: “**Parece**, que Dios ha inspirado a nuestro Superior, que haga esto; para que así estemos más libres de cuidados, y vivamos más conformes a la Santa **Pobreza**”. El tintero, que usó desde Jerez hasta que murió, fue un medio cañuto de caña; y aunque aquí le ofrecieron otros, no hubo forma de aceptarlos, diciendo: “**Que él se avenía** bien con aquel, que le había sido tan fiel compañero; que, aunque frágil en sí, no le había quebrado la **amistad**”. En Roma le regalaron los Padres varias cosillas de devoción, como eran estampas, rosarios, medallas y relicarios; pero luego que vino acá, lo repartió todo entre sus Hermanos, sin reservar par sí más, que un Cristo de bronce con indulgencia, una estampa de San Luis Gonzaga, y otra de nuestra Señora de la Paz, que la traía de España; y fue todo el ajuar, que se le encontró después de su muerte, juntamente con unos libritos de devoción.

Al separarse los Novicios en Roma para sus respectivas Provincias, se hizo entre ellos igual repartición de todo lo que había sobrado del viaje, y estaba en una mesa; y lo que tocó al Hermano Baigorri, cuando vino a esta Casa, lo entregó todo al Superior, para que dispusiese de ello. El sobrante eran unos pocos reales, y unas dos libras de chocolate; el dinero se llevó a la Procuraduría; y el chocolate le dijo el Padre Ministro, que lo reservase, para tomarlo cuando lo necesitase; pero el Hermano resistió tanto, que le suplicó por amor de Dios, que no le obligase a eso; porque no lo necesitaba, y que aún el desayuno, que daban a los demás, era para él de mucho regalo; y así, que lo diese, o guardase para algún enfermo. Hizo tanta instancia, que, por no desconsolarlo, se hubo de ceder a su súplica. Era tanta su delicadeza en esta materia, que habiendo encontrado unos días después dentro de su ropa un **bayoco**<sup>104</sup>, inmediatamente lo trajo al Superior, diciéndole; que la Regla le ordenaba no tener dinero en su poder, y que no quería quebrantarla de ninguna suerte.

---

<sup>104</sup> Moneda italiana de cobre.

Por conformarse más con la pobreza, no tenía licencias generales para dar, recibir, ni prestar, aún las cosas usuales; sino que acudía para todo al Superior, aumentando al mismo tiempo el mérito de la obediencia. En una ocasión, que salió de casa al campo con un Compañero, que era pequeño de estatura, y llevaba un sombrero grande; y él, que era alto de cuerpo, un sombrero pequeño; viendo esta desproporción el compañero, le dijo, que cambiasen los sombreros, siquiera hasta la vuelta; y el Hermano Clemente le respondió, que no podía hacerlo sin licencia del Superior; y no hizo el cambio. En otra ocasión le pidió este mismo, por la confianza que con él tenía, un templador de plumas; y por estar enfermo en la cama, le dijo; pida mi Hermano primero, por mí, licencia para dar, que no la tengo; y después de obtenida la licencia, le dio el templador; dejando al mismo tiempo muy edificando al otro Hermano. Quien reparaba en cosas tan menudas, por no faltar a la perfección de la Santa Pobreza, ¿cuánto más repararía en otras cosas mayores?.

No solamente no faltó jamás a esta virtud, sino que también la amaba como a Madre; y se preciaba de ser como un pobre mendigo, recogido por amor de Dios en esta casa, como lo dice en uno de sus apuntamientos. De aquí nacía aquella alegría, con que pedía limosna *ostiatem* en el Puerto de Santa María, después que fue secularizado, para su manutención, como lo advirtieron los compañeros; y el estar pronto para lo mismo en Faenza, si fuese necesario, como lo dice en carta escrita de Roma a su Maestro de Novicios. Fue también efecto de su Pobreza el cuidado, que ponía, para conservar los libritos, y ropa de su uso; de suerte, que admiraban sus compañeros el tiempo, que le duraba esta; y el verlo poner forros de papel a aquellos, aunque fuesen ya usados, y de los que hay con abundancia por estos parajes. De la sotana, que les dieron en Roma a los Novicios, cuando iban de seculares, fueron algo usadas, por no poder hacer de pronto nuevas. La que tocó al Hermano Clemente, como era de estameña<sup>105</sup> delgada, en breve necesitó de sustentáculos para mantenerse. Advirtiendo esto el Padre Ministro, le mandó ir al Padre Procurador, para que se le hiciera de nuevo. Entonces el Hermano, agradeciéndole al cuidador, le dijo: “**Padre**, yo creo, que el Hermano Novicio necesita más que yo; y así, si a V.R. le parece, que le hagan para él la **nueva**”. Otras veces decía, que

---

<sup>105</sup> Tejido de hilos largos, que suele emplearse para hábitos.

estaría más contento con las sobras y desechos de la casa. Tal era el amor, que tenía a la pobreza.

Conoceráse esto mejor por lo que dice en una carta, que escribió del Convento de Santo Domingo de Jerez a un Padre, que estaba en el Puerto de Santa María, en que por la abundancia del corazón parece, que le brotaban los afectos por la pluma. “**Gracias** a Dios, Padre mío, (le dice), que aquí se sienten muy bien (esto es, con abundancia) los efectos de la Santa Pobreza... pero en medio de tanta necesidad, que aún la torcida<sup>106</sup> para alumbrarnos, y las escobas para barrer nos faltan, lo pasamos tan alegres, y con tanto deseo de padecer más por amor de Jesucristo, que no se lo puede explicar... No tengo mayor consuelo, que cuando me falta algo; porque tengo entonces que ofrecer a mi Dios... Estaba ya determinado de andar descalzo (por falta de zapatos), y lo mismo los demás Hermanos; y de ir por tierra, si fuere necesario, en seguimiento de nuestra Madre la Compañía de Jesús; cuando el mismo Señor, que nos dejó escrito, *quærite primum Regnum Dei, et hoc omnia adiicientur vobis*<sup>107</sup>, envió sin saber nosotros el modo, a unos zapateros, que nos calzasen. Bendita sea su providencia, que así cuida de los que confían en ella. No pase V.R. pena por las necesidades, que padecemos; ni nos envíe cosa alguna, porque así lo pasamos mejor... antes bien quisiera deshacerme de algunas cosillas, para verme obligado a poner enteramente mi confianza en solo Dios. Por amor de mi Señor, que no me quite tanto bien, como gozo en mi **pobreza**”.

### Capítulo 3º

#### Su perfección en la observancia de la Castidad, y Obediencia

La limpieza de su cuerpo fue igual a la pureza de su espíritu; y el amor a la Castidad se vio en él superior a todo encarecimiento, no pudiendo subir a más su delicadeza en esta preciosísima virtud. En su niñez hasta la entrada en el Seminario de Monserrate fue inocentísimo

---

<sup>106</sup> Mecha de un candil, vela, etc.

<sup>107</sup> “Buscad primeramente el reino de Dios, y estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

en esta materia; y cuando huía de aquellos Niños, que parecían menos honestos, era más por la hermosura de la Castidad, o como por natural instinto, que por conocimiento del vicio contrario. Cuando convictorista dejábase observar la misma pureza en sus costumbres; y sólo fue argumento, que había llegado a su noticia la fealdad de la impureza, cuando descuidándose algún otro tal vez en alguna palabra descompuesta, se llenaba al punto su semblante de un virginal pudor. Su modestia, junta con una gravedad natural de que le dotó el Cielo, se hacía respetar de todos, y contenía a los más libres. Por haber oído en las Pláticas de la Congregación lo mucho, que ama esta virtud la Madre de la Pureza, hizo voto de ella, por hacerse objeto más digno de su amor, y por imitar al Castísimo Joven de nuestra Compañía San Luis Gonzaga. Y fue tal su cuidado en preservarse, que según el informe de su Confesor, que lo oyó generalmente de toda su vida antes de su muerte, podemos asegurar, que mantuvo siempre fresca la azucena de las virtudes; y que la virginidad, que sacó del vientre de su Madre, le acompañó hasta el sepulcro.

Después que entró a la religión la cultivó tan diligentemente con la oración, penitencia, y mortificación de sus sentidos, que la realzó a una pureza Angélica; porque, según atestiguan sus Padres espirituales, parecía, que no sentía estímulos de la carne. En su última enfermedad no padeció en este punto ninguna inquietud, ni el más mínimo escrúpulo, que no deja de ser cosa bien singular. De lo restante de su vida informa un compañero suyo, que admiró siempre en él una virginal vergüenza, y una singular modestia, especialmente cuando había más concurso de gente; y se puede seguramente afirmar, que jamás miró rostro de mujer. Reparóle también este mismo, que aún en las estrecheces del camarote de las embarcaciones se vestía, y desnudaba en la cama con tal recato, que nunca descubría ni la punta del pie. Este mismo recato guardó todos los días, que estuvo enfermo en la cama, sin que se le hubiese visto jamás sacar parte alguna de su cuerpo fuera de la ropa; y sin que hubiese permitido, que otros se le llegasen, aún para ayudarlo en las cosas más precisas; si no es, cuando le fue ya imposible manejarse por sí solo. Quería antes padecer llagas, y dolores, que dejarse descubrir para que lo curasen.

También son pruebas, y no vulgares, de su amor y vigilancia para con esta virtud, el modo como se explicaba en sus apuntamientos,

y los propósitos que sacaba de sus Ejercicios Espirituales. En una parte dice: “**Saqué** de estos Ejercicios firmes propósitos de huir de toda ocasión, por más leve que fuese, en que se pudiera aún de lejos manchar, u ofuscar la hermosa flor de la castidad; porque de otra suerte es imposible librarse del vicio contrario: es necesario ser muy nimio, si puede haber nimiedad en esta **materia**”. En otra parte dice: “**En materia** de castidad seré tan rígido y escrupuloso, que no dejaré pasar ni una tilde, ni una jota, sin riguroso examen, y **penitencia**”. De la misma suerte se explica en otras partes. Cuando llegó a temer más en esta materia, y por esto se preparó más con medios preservativos, fue al darle la noticia que le quitarían la sotana, y lo pondrían en casa de seculares en Jerez. Pero el Señor lo confortó tanto aún en esta ocasión en virtud de sus clamores, que concibió un grande ánimo para los mayores peligros; como lo asegura él mismo por estas palabras: “**Me dio** el Señor tal ánimo, y confianza en su bondad, que, como yo no buscasse la ocasión, aunque me pusiesen en aquel lugar inmundo, en que pusieron a Santa Inés, o Dios no había de ser Dios, o me había de favorecer, porque lo tiene así prometido. Lo primero es imposible; luego lo **segundo**”. Hasta aquí sus palabras.

En la observancia de la obediencia fue también muy exacto. La que guardó a sus padres en su casa, y en el Seminario de Monserrate con los que estaban en lugar de ellos, con haber sido tan puntual, no fue más que preludeo de la que había de practicar en la religión con los Superiores. Desde que vistió la ropa de Novicio los miró, y respetó como a Vice-Dioses. Su más frecuente dicho, y consideración era: “**Seguro voy**, que hago la voluntad de Dios, porque así lo mandan los **Superiores**”. Hasta con los Hermanos Distributarios tenía el mismo respeto; y generalmente a todos sus Hermanos los miraba, como si le fuesen superiores. Por el deseo que tenía de estar sujeto a otros, renunció en Jerez el oficio de Superior de los Novicios de su Provincia, que le había señalado el Padre Viceprovincial; y quiso antes, que lo fuese de todos otro Novicio de otra Provincia; pero cuando por falta de ese, le obligaron a volver a tomar el cargo; por no perder él su rendimiento, tomó a otro privadamente por Superior, a quien le estuvo sujeto en todo.

No deja de mostrarnos su exacta obediencia aquella puntualidad, con que acudía a todas las distribuciones, y al primer

toque de la campanilla, como dijimos en otra parte; y otros casos particulares, que en esta materia le notaron con edificación sus compañeros. Uno de estos fue; que había ordenado el Superior en esta casa, que los Hermanos estudiantes procurasen no recibir visitas, aunque fuesen de los nuestros, por vivir acompañados, y que no se impidiese el estudio a los otros; sino que los condujesen a una pieza decente, y destinada para esto. Procuró, pues, nuestro Hermano Baigorri no faltar jamás a este orden; y las veces, que se le ofreció el caso, lo supo hacer con tan atentas y corteses palabras, que dominó a los mismos sujetos su exacción en obedecer, y su prudencia en modificar de suerte la acción, que no dio el más mínimo motivo de sentimiento, aún sacándolos del aposento después que habían tomado asiento en él. En su enfermedad deseó más veces comulgar, por su devoción a algún santo, y por el sumo gozo, que sentía, en recibir a su amantísimo Dueño Sacramentado. Con todo eso, diciéndole el Superior, o el Confesor, por varios motivos, que dejase la Comunión, luego se conformaba, diciendo: “**Más vale** la obediencia, que el **sacrificio**”; y con la misma prontitud se conformaba, y obedecía a todo lo que el médico, o enfermero le ordenaban.

Échase más de ver el aprecio, que tenía de esta virtud, por sus apuntamientos y propósitos; especialmente por una carta, que escribió en el Convento de Santo Domingo de Jerez, para un Padre de nuestra Compañía de la Provincia, que fue, de Andalucía, que estaba depositado en otro Convento de la misma ciudad. No tenía más conocimiento del Padre, que saber era de la Compañía, y que podía con más facilidad alumbrarle con su dirección, por estar, más inmediato que los otros. A este Padre, pues, escribiéndole en puridad, y dándole cuenta de su conciencia, le dice:

“**Comunico a V.R.** lo que pasa por mi Alma con la misma llaneza, y sinceridad, que se lo comunicara a mis Superiores, o Padres espirituales, si se hallasen presentes, para que la remediaran y consolaran. Ya tiempo ha, que me da Dios nuestro Señor ardientes deseos de toda perfección, y en especial de la de la obediencia. El Señor, que me da estos deseos, sabe muy bien, que nada así aflige mi corazón, como no tener aquí un Superior, o Padre espiritual, que me dirija, y ordene lo que más conviene a mi aprovechamiento. Nunca pensé que fuese tan dulce la sujeción, como ahora, que me veo fuera de

ella. ¿Dónde hay consuelo, que se le iguale al que tiene un verdadero obediente, cierto en todo de que cumple la voluntad de Dios? La falta de esto me acongoja mucho más, que todos los trabajos, que hasta el presente he padecido. Quisiera darme del todo al ejercicio de conformar mi voluntad con la Divina; pero al dar el primer paso, me hallo atajado; porque en muchas cosas indiferentes, de que no tengo obediencia, no puedo encontrar la voluntad de Dios, y ando siempre temeroso de que el amor propio me lleve el fruto, y trabajo de mis buenas obras. Quiero leer, y no sé, si quiere Dios, que vaya a orar. Quiero escribir, y tal vez no será esto de mayor agrado de nuestro Señor. Aquí quisiera, Padre amantísimo en Cristo, tener una regla para acertar con la voluntad de Dios, y recompensar los provechos de la obediencia.

Ruegue sin cesar, Padre mío, a Dios nuestro Señor, que nos junte con nuestros Superiores, si así conviene para su mayor honra, y gloria, para que podamos vivir en obediencia. Le digo con toda el Alma, que, a mi ver, el mayor sacrificio, que ofrezco a Dios en estos trabajos, es vivir fuera de la obediencia; y en esto sí procuro conformarme con su Santísima voluntad, y aguardar con paciencia, hasta que disponga de nosotros otra cosa. Dios nuestro Señor querrá llevarnos por esta vía, y probar nuestra firmeza. Qué se ha de hacer sino decir, aunque sea reventando: *Fiat voluntas tua, fiat voluntas tua*<sup>108</sup>. Estos son los deseos, que siento en mí: los que, aunque me hacen sensible la falta de un Superior, pero no me turban, ni inquietan; antes me hacen andar humillado, y conforme; gimiendo sí, y suspirando por un Padre espiritual, a quien declarar abiertamente mi conciencia, para que me enderece por el camino, que Dios nuestro Señor es servido. Pero entre tanto me acojo a la caridad de V.R., y le suplico me diga el modo de haberme en esta parte, y saberme aprovechar de las ocasiones. El Señor le conceda a V.R. salud, y **gracia**".

---

<sup>108</sup> "Hágase tu voluntad, hágase tu voluntad".

## Capítulo 4º

### Su humildad, y su conformidad con la voluntad de Dios

Quien procuró tan de veras, y deseó tan ardientemente imitar a Cristo en el padecer, no podía menos que procurar también imitarle en aquella virtud, que es como propia del Salvador. Propúsose siempre como buen Jesuita el Hermano Clemente a nuestro Capitán Jesús por modelo de todas las virtudes; y no ignoraba, que ninguna otra nos enseñó tanto este Divino Maestro con sus palabras y ejemplos, que la humildad de corazón; y así en esta parece, que hizo todo el esfuerzo que pudo, para imitarle. No solamente tenía muy bajo concepto de sí mismo, y el debido conocimiento de su nada, sino que también se complacía en las mismas humillaciones y desprecios; que es el fundamento más sólido de la perfección Cristiana. Vióse, pues nuestro Hermano sin tener culpa alguna, y sin haber incurrido todavía (por ser un Novicio) en la felicísima de ser Jesuita, arrestado, encerrado, llevado como preso entre soldados por las calles de Córdoba, Buenos Aires, del Puerto de Santa María, y de Jerez, tratado por las gentes como traidor y rebelde en no querer soltar la sotana; como infatuado, y fanático en querer seguir la Compañía; en las embarcaciones rodando sin que nadie hiciese caso de él, y olvidado de todos; pero al mismo tiempo se sintió con tanto mayor gozo en estas ocasiones, que le oyó exclamar en su conversación otro Con-Novicio suyo con estas expresiones: “**¡Ay Hermano mío!** ¡cuán dulce cosa es vivir una vida abatida y humillada, para estar más estrechamente unido con **Jesús!**”.

Nunca se le oyó decir palabra alguna, que redundase en alabanza propia; y si alguno por animarlo, o consolarlo, le decía alguna palabra de estas, luego se llenaba de rubor, y mostraba el sentimiento que le causaba. Estando enfermo pocos días antes de morir, visitándolo un Padre, le dijo para consolarlo; que ya que en vida se había parecido a San Luis Gonzaga en su amor a la Compañía, y constancia de su vocación, quería Dios se asemejase también en su enfermedad y muerte. El Hermano Baigorri, mostrando una gran displicencia de la comparación, que le hacía, respondió luego: “**¡Ah Padre!** no diga eso, que hay tan grande distancia en todo entre San Luis y mí, que no puede ser **más**”. Las palabras, con que comúnmente se llama a sí en sus apuntes y propósitos, son: “**El mayor** pecador del Mundo, el más

ingrato a Dios, el más vil de las criaturas, el más inconstante en el Divino servicio”. De esta misma humildad nacía en él aquel continuo temor, que tenía, de que Dios le castigase por ser tan ingrato a sus Divinos beneficios; y el pedir en sus cartas que le encomendasen al Señor, para saber corresponderle.

Meditó por mucho tiempo, y trajo su examen particular sobre esta virtud, y su propio conocimiento para alcanzarla en su perfección. En uno de los apuntes que hizo en un triduo, que tuvo en esta casa, sacó este propósito: “**Mi ejercicio** cotidiano en adelante será de la virtud de la humildad; para esto reflexionaré muchas veces entre día, que soy un pobre traído de la calle, y recogido de caridad por mis Hermanos, que me mantienen de limosna; para que yo, sirviendo a ellos, sirva también a Dios nuestro Señor. De aquí sacaré para mi aprovechamiento y la práctica, esta consecuencia necesaria. Luego siendo yo un pobre mendigo, que vivo por la caridad de mis Hermanos, debo mirarlos a todos con mucho respeto y agradecimiento; servirlos muy humilde, y rendidamente; y contentarme con lo que me dieran, aunque sean sus sobras, y lo peor de casa; pues así lo hiciera un pobre”. Hasta aquí su propósito, el cual lo cumplió tan perfectamente, que no pudieron menos que nacer de aquella su continua humilde reflexión tantos actos de humildad, que ejercitó.

Decía, que el último rincón de la casa le vendría muy ancho para él; admirábase de que sus Hermanos le hablasen con aprecio, y estima de su persona; porque decía, que no merecía sino que todos lo despreciasen. Porque lo tuvieran por muy corto de capacidad, o por el más atrasado de la clase, cuando estudiaba letras humanas, o las repasaba aquí, preguntaba a otros muchas dudas; pero sus condiscípulos en vez de enseñarle lo que preguntaba, aprendían el modo de humillarse; porque conocían, que era de los más adelantados. Cuando hablaba con los sujetos, y especialmente con los Padres, se sacaba la gorrilla, y la tenía en la mano por su humildad y por la veneración que les tenía. Si alguno le contradecía, aunque no fuese en cosa de estudio, al punto callaba y oía sin interrumpir, asintiendo sin dificultad al parecer del otro. Si le decían alguna palabra mortificativa, (como sucedió alguna vez), él con grande paz callaba un rato, y después les decía con humildad: “**Hermano carísimo** en lo que le hubiere ofendido perdóneme por amor de **Dios**”. En las quietes, y

recreaciones deseaba más juntarse con los Hermanos Coadjutores, así por su honestidad, como porque le era más fácil el introducir conversaciones espirituales. Rehusó siempre por su humildad el ser Superior entre los Novicios, y aún el ser Maestro de Gramática en el Puerto de Santa María para los que repasaban Latinidad, propuso varias veces, por parecerle que era ser algo más que los otros.

A medida de esta grande, y profunda humildad, fue su conformidad con la voluntad de Dios; porque cuanto más se despreciaba, le daba el Señor mayor aprecio de sus Divinas Disposiciones, y altísimos juicios, para que se conformase con ellos. Desde el día del arresto de los Padres de Córdoba, en el cual quiso él también ser comprendido queriendo seguir la Compañía, tomó por norte fijo para la inmensa navegación de trabajos que le esperaba, la conformidad con la voluntad de Dios. Resignóse tan de veras en las manos del Señor, que todo cuanto padeció, ya de penalidades en los viajes, ya de dolores en su enfermedad, ni los debates contra su vocación, ni las soledades en sus encierros, fueron capaces de desquiciarlo un punto de aquella tranquilidad de ánimo, que siempre gozó. El iris que serenaba sus mayores tempestades, y el mayor consuelo que tenía en las aflicciones, era conocer, que todo acaecía por la voluntad de Dios, y conformase con esta, repitiendo muchas veces, *fiat voluntas Dei*<sup>109</sup>, como se ve por sus apuntes y cartas. En una de éstas, que escribió a un Padre de su Provincia desde el convento de Santo Domingo de Jerez, después de referirle algunos trabajos que padecían los Novicios, concluye así: “**Gran consuelo**, Padre mío, que entre tanto se va cumpliendo la voluntad de Dios. Esto nos debe sobre todo consolar: porque a la verdad de ¿qué nos serviría hallarnos en la amable compañía de VV.RR, si Dios no se agradara de eso?... No hay aquí persona alguna, que nos diga ni una palabra de consuelo; pero en esto mismo lo siento muy grande, repitiendo lo que dice aquel: “Mi consuelo sea, Dios mío, carecer de todo consuelo, porque se cumpla tu voluntad”.

¡Quién no dominará aquí tan rara conformidad! que siendo así que lo que más deseaba el Hermano Baigorri era la compañía de sus amados Padres, y lo que más sentía las tentaciones contra su vocación,

---

<sup>109</sup> “Hágase la voluntad de Dios”.

que le proponían los hombres, sin embargo, porque concibe ser esta la voluntad de Dios en las presentes circunstancias, se conforma voluntariamente con ella. De esta grande conformidad se originaba en él aquella segura confianza, que en los mayores peligros y adversidades tenía puesta en su Divina Majestad. Todo cuanto sucedía, fuese próspero u adverso, lo recibía como venido de la mano de Dios, según atestiguan sus compañeros, y lo muestran sus apuntamientos: no era, pues, mucho, que fuese tan pronto en conformarse con su santísima voluntad. Para mayor testimonio pondré aquí el fruto, que sacó de unos Ejercicios en el Convento de Santo Domingo de Jerez; porque como fue allí donde padeció mayores trabajos, fue también donde necesitó más de la conformidad Divina. Dice, pues así:

“**Considerando** el premio de Gloria, que nos dará Dios por los trabajos, concebí fervorosos deseos de padecerlos por amor de Dios, y de recibirlos, como enviados del Señor, todos los que me pueden suceder. Sentí gran confianza de que perseveraría constante en ellos; porque es cierto, que vienen de la mano de Dios. También estoy cierto, que, dispongan los hombres, como quisieren, las cosas, al fin vendrá todo a suceder como lo tiene Dios determinado *ab aeterno*<sup>110</sup>. Es cierto también, que Dios es mi Padre, y que me ama más de lo que puedo imaginar; pues cómo he de creer, que me enviará trabajos, en que vea haya de peligrar mi Alma? Seguro, y muy seguro estoy en sus manos. Me consideré también este día sin sotana en el Siglo, entre infinitos peligros del mundo; (como se dice, nos pondrán forzosamente); pero me hallé muy seguro, porque al mismo tiempo me veía también metido y resguardado de la Divina providencia, como lo está el polluelo en el cascarón antes de nacer; y me veía puesto bajo la protección de mi Madre la Virgen María, como lo está el mismo pollo después de haber nacido bajo de las alas de la gallina. Estando pues así, ¿qué tengo que temer? ¿quién me podrá **ofender**?”

En otra parte dice: “**Meditando** este día aquellas palabras de Cristo en el Huerto, *Pater mi, si possibile est, transeat un iste me cáliz: verumtamen no sicut ego volo, sed sicut tu*<sup>111</sup>; sentí un grande dolor de

---

<sup>110</sup> “Desde la eternidad”.

<sup>111</sup> “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.” (Mateo 26:39).

mis faltas, y al mismo tiempo una firme resolución de darme del todo al ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios; porque conocí, que era el camino más breve para la perfección, y más libre de engaños... Soy religioso, y debo aspirar a una constante, e íntima unión de mi voluntad con la de Dios: pues qué medio mejor, que el de conformarme en todo lo que sucediere con la suya?”. En otra parte se explica con mayor eficacia: “**Me confirmé** este día en la Oración (dice) de ejercitarme continuamente en este ejercicio de la conformidad; y cada vez se me enciende tanto este deseo, que quisiera, que el dar un paso, el alzar una paja, y mi más mínima acción, fuera precepto Divino, para asegurarme que en todo hago su Santísima voluntad. Sentí también este día una grande confianza de mi perseverancia en la Compañía de Jesús; y saqué por propósito, de no hacer cosa ninguna por mi propio querer y parecer, sino mirar en todas ellas la voluntad Divina, y preguntarme: ¿será esto del mayor agrado del Señor? si; pues hacerlo: no; pues dejarlo”. Hasta aquí sus sentimientos de espíritu, que procuraba leerlos varias veces, y practicarlos.

## Capítulo 5º

### De su amor y aprecio a la Compañía de Jesús; y de su constancia en su vocación Religiosa

Aunque toda la vida de nuestro joven Jesuita es una continuada y evidente prueba de su amor, y aprecio incomparable a la Compañía de Jesús, y de su constancia en su vocación; con todo eso me ha parecido conveniente hacer de esto capítulo separado, así porque fue ella su virtud sobresaliente, y como el primer móvil de todas sus operaciones; como también porque pienso que, cuanto se dirá en él, no dejará de ceder en algún modo en honor de la misma Compañía nuestra Madre. Llamo **virtud** este amor a la Compañía, y a sus individuos en el Hermano Baigorri; porque si el amor a los prójimos es virtud, y de las más excelentes, como es la Caridad; y si esta es tanto más perfecta, cuanto fuere más bien ordenada, comenzando por sí, y por los que le son más propios, claro es, que en nuestro Hermano Baigorri este amor a su Madre la Compañía y a sus Hermanos los Jesuitas, fue una perfecta caridad, y un distintivo de haber sido verdadero Jesuita, o discípulo de

Jesús; según lo que él mismo nos enseñó por San Juan: (capítulo 13) *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*<sup>112</sup>.

Creo también, que su constancia en su vocación será de alguna honra a la misma Compañía; porque si la constancia de los primeros fieles, en medio de los mayores trabajos, era de grande gloria a la Santa Iglesia, como lo afirma el Papa San León; (Serm. 1. de SS. App. Pedro & Paulo); y la constancia en el padecer, y firmeza en su vocación de los Hijos de la Compañía ha sido siempre de honor, y gloria suya, como lo dice nuestro **Eximio Doctor**: (tom. 4 de Relig.); no dejará, pues, en estos tiempos también de servirla del mismo honor, haber logrado en nuestro Joven un Hijo tan fiel, y tan amante, que se desterró voluntariamente de su Patria y Casa, para acompañarla en su destierro; que permaneció constante en los mayores debates, por no desampararla; que estuvo resuelto a derramar hasta la última gota de su sangre, por defenderla; y en fin, que convirtió en dulzuras las mismas amargas de la muerte, porque creyó su mayor felicidad expirar en sus dulcísimos brazos.

Resplandeció, pues, en el Hermano Baigorri el amor a la Compañía de Jesús desde los primeros crepúsculos de la razón. Asegúralo él mismo en el papel de los Divinos beneficios, que formó para su mayor agradecimiento; y como reputaba por uno de ellos haber debido a la Compañía su educación, y primera enseñanza, apuntólo también éste para tenerlo siempre presente; y en este apunte descubre claramente el aprecio, que formó desde su niñez de nuestra Sagrada Religión. “**Aprendí**, dice, **los primeros** rudimentos en las Escuelas de la Compañía de Jesús; donde, al ver la inocencia, y santidad de vida de los Padres Jesuitas, su trato, su celo, y su trabajo tan desinteresado en la enseñanza de la juventud, quedé prendado sumamente, y tan aficionado a ellos, que no podía oír sin impaciencia a los que murmuraban, y tachaban su **proceder**”. Con su entrada al Seminario de Monserrate creció su amor y aprecio, por tratarlos más inmediatamente, y por el mayor conocimiento, que tuvo, del modo de vida, que observaban aquellos Padres. Su mayor diversión en los tiempos de recreación, que

---

<sup>112</sup> “En este conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Juan 13:35).

tenían los convictoristas entre sí, era visitar a alguno de dichos Padres, tratar con él de cosas espirituales, y pedirle que le refiriese casos, o ejemplos de Vidas de Santos, o de varones ilustres de la Compañía. En las representaciones, que usaban los colegiales en sus vacaciones de Estudio, si eran de alguna historia de la Compañía, ya se sabía, que Baigorri había de hacer el papel del Santo, o personaje Jesuita, por el gusto que tenía desde entonces de vestir la sotana de la Compañía. Efectivamente representó en varias ocasiones el papel de San Francisco Javier, el de San Borja, el de San Luis Gonzaga, y San Estanislao con tanto aire, y espíritu, que los mismos colegiales tuvieron por presagio cierto de que con el tiempo los representaría más al vivo, y más perfectamente, imitando sus virtudes en la Compañía.

Prohijado ya en esta religión, ¿quién sabrá decir el ternísimo afecto que la cobró, ni el gozo y alegría, que concibió de semejante dicha? Estando en primera Probación, fue a verlo el Padre, que había sido su Confesor; y preguntándole, si tenía alguna pena, o tristeza, por ser muy natural el tenerla, ya por una mudanza de vida tan heterogénea cual es la del Siglo de la de la religión, ya por el retiro y soledad, en que están por ese tiempo; le respondió: “**Padre, ¿qué** tristeza he de sentir, habiendo logrado ya el Paraíso de la Compañía? En este Cielo es imposible, que haya cosa, que pueda darme **pena**”. Al leer las Reglas, y al observar el modo de gobierno tan paternal, que se practica en la Compañía, lleno de admiración, no acertaba a alabar la grande prudencia, sabiduría y santidad de nuestro Santo Padre y Fundador. Dicho, u hecho de nuestro Padre San Ignacio, que conste de su vida, o lo refieran nuestros autores, era para él como texto irrefragable; según atestiguan los que le oyeron, y se ve de sus apuntes y cartas. No solamente para con nuestro Santo Padre fue grande su aprecio, sino también para con quienes son sus sucesores, o nuestros Superiores. Después que vino de Roma, le preguntó aquí un Padre, qué de las cosas maravillosas, que hay en aquella Santa Ciudad, ¿cuál le había llamado más la atención? Y él respondió: “**Que la cosa**, que más le había robado la atención y el afecto, había sido la afabilidad, con que los recibió nuestro Padre General y la caridad, con que los trataron los demás **Padres**”.

Pero este amor y estima, que tuvo el Hermano Clemente a la Compañía, ¿si se disminuiría algún tanto en su corazón al verla en estos

tiempos desterrada de tantos Reinos, proscripta e infamada? ¿Si perdería algo del gran concepto, que había formado de ella, al ver los muchos, que desertaban de sus bandejas? No por cierto: antes bien podemos afirmar, que todo lo que ha padecido la Compañía le sirvió como de aceite, para encender más su amor, y avivar más su concepto. Muchas pruebas se pudieran poner aquí de esta verdad; pero bastarán las que dejamos dichas en su vida, y especialmente a la hora de su muerte; y otras pocas, que referiremos ahora. En uno de sus Ejercicios, que es cuando mayores luces le comunicaba el Señor, hizo este apunte: “**Cuatro** cosas me roban el corazón, y llevan la atención en esta mínima Compañía de Jesús. La 1ª la obediencia tan rendida, y pura, que se guarda. La 2ª, las cuentas de conciencia, y claridad, que se observa en ellas, con el Superior. La 3ª, la caridad, y unión que se tienen todos entre sí. La 4ª el deseo de padecer por Cristo, y la abundancia, que en ella hay de trabajos, y **persecuciones**”.

En una carta, que escribió a un Padre de su Provincia, que estaba en el Puerto de Santa María, desde Jerez, le dice: “**Quiera** el Señor, Padre mío, conservarme en su Santa Compañía: que, después de mi salvación, no hay cosa, que así aprecie, como la gracia tan singular, que me hizo de traerme a ella en tiempos, en que se prueban, y purifican tanto sus Hijos, y verdaderos seguidores de la Cruz. Por la gracia de mi Señor Jesucristo me hallo tan esforzado en mi vocación, que antes me reduciré a mendigar la comida de cada día de puerta en puerta, que dejar vil y cobarde la Cruz, que puso sobre mis hombros el Señor, y después que con tan madura resolución abracé el estado religioso. Quién duda, que no entré a la religión para comer sopa en vino, sino pan duro, y con corteza, esto es, a padecer trabajos: pues ahora me los da el Señor; gracias infinitas sean a su Divina Majestad, que me ahorra el trabajo de buscarlos por otra parte: y qué indignidad fuera la mía, el huir el cuerpo a ellos! No permita Dios semejante cosa. Lo que pido a V.R. es, que me encomiende muy de veras al Señor, y a su Santísima Madre; porque tiemblo solo de pensar, que puedo faltar a mi vocación, y cortar el hilo de mi predestinación. **Dios guarde a V.R.**”.

En otra a este mismo sujeto le escribe de esta manera: “**Días** pasados nos han dado aquí una lista de varios de nuestra Compañía, que han dejado la Sotana en Córcega, habiendo pedido dispensación de sus

Votos. Ignoro la verdad, aunque no se me hace del todo increíble, por los ejemplares que hemos visto aquí. Nos aseguran en esta ciudad de Jerez, que está preso en un calabozo uno, que fue Hermano Coadjutor de esta misma Provincia; que padece mil necesidades, y mayores, que las que pueden padecer los que se mantienen fieles en Córcega. No quiera el Señor, que yo incurra en la nota de infiel a la Compañía de Jesús; y así le pido sin cesar mi perseverancia, poniendo por intercesora a su Santísima Madre; porque a la verdad esta es la gracia de las gracias, y el colmo de los beneficios. Confío, que su Divina Majestad se apiadará de mí, y me mantendrá en su Compañía, aunque me estremezco por otra parte; porque sus Divinos beneficios para conmigo se aumentan cada día, y creciendo las obligaciones por instantes, va adelante siempre mi poca correspondencia, e ingratitud. Ruegue, Padre mío, a Dios, que yo no deje de corresponder a tantas gracias, como derrama el Señor sobre mi Alma; que haciendo esto, estoy seguro que no me faltará su ayuda; y con ésta ¿a quién **temeré?**”.

Ni consistía solamente en palabras, y buenas razones el amor del Hermano Baigorri a la Compañía, y a su vocación; fundábase también en obras y realidades, como lo mostró la experiencia. Realidades fueron, con que manifestó su amor antes de entrar a la Compañía, y después de haber entrado a ella, su constancia en su vocación, las pruebas, y tentaciones que padeció. Probólo Dios de diferentes modos en esta materia. Cuando pretendiente, por más de dos años fue agitado interiormente su corazón de diversos afectos, como de vientos contrarios; porque no obstante la inclinación que tenía a la Compañía, le parecía, que su obligación principal era atender a sus Padres, que estaban ya viejos, y asistir a sus hermanos menores, que después de la muerte de aquellos quedarían del todo huérfanos. Hablando de esta tentación en el papel de los beneficios, que el Señor le había hecho, dice el mismo Hermano: “**Aquí ponía** toda su fuerza, y batería el Demonio, representándome con mucha viveza, que puesto que yo deseaba la salvación de las Almas, en ningunas podía emplear mejor mi celo, que en las de mis hermanos carnales; a quienes debía acudir de **justicia**”. Otras veces se le proponían otros pensamientos para impedir su entrada en la religión, como lo nota en el mismo papel.

Pero vencidas estas dificultades, y estando ya en el Puerto de la religión, ¿cuántas tempestades mayores tuvo que padecer? ¿Cuántos

peligros hubo de superar? Como si fuera poco el tiempo de dos años, en que prueba la Compañía a sus Novicios con ejercicios de humildad, y mortificación, quiso el Señor probar al Hermano Clemente, con ocasión del arresto de los Jesuitas, por casi tres años; pero ¡con qué pruebas tan penosas! ¡con qué Noviciado tan riguroso! Nunca Novicio alguno se había ejercitado en mayores actos de humillación, que en los que fue ejercitado por este tiempo el nuestro. No se vio jamás quebrantar más perfectamente la voluntad, ni tener obediencia más pronta, más ciega, ni en cosas tan difíciles, como se vio en este nuevo Noviciado. ¡Qué desprecios! ¡qué abatimientos! ¡qué penalidades! ¡qué peligros! y en fin, ¡qué tentaciones no padeció nuestro Novicio contra su vocación religiosa! Fue tentado en su patria, y también fuera de ella en otras ciudades. Fue tentado de los Hijos de este Siglo, y también de eclesiásticos, y religiosos: fue tentado con sugerencias, y razones, y también con ejemplos a la vista; de suerte, que por lo mismo que era tan acepto a Dios su amor a su vocación, parece que fue preciso, que fuese probado con esta especie de tentaciones; para que brillase más su heroica constancia en ella.

Servirá también de prueba real de su amor a la Compañía, y a su vocación, el testimonio, que da un Con-Novicio suyo, y compañero. Dice, pues: “**Con ser el Hermano Clemente** tan suave y blando de genio, y tan afable en su trato, que jamás vi en él el más mínimo movimiento de ira, por más que sucediera lo que sucediese; solamente cuando oía hablar mal de la Compañía, mudaba de colores, y se revestía de una gravedad más que natural; porque no podía sufrir, que se hablase mal de una Madre, que tanto estimaba, sin salir luego a la defensa. Y parece, que el Espíritu Santo le sugería las razones; porque hablaba con tal acierto, y espíritu, que dejaba convencidos, y confundidos a los contrarios. Tampoco podía sobrellevar, que le dijese una palabra contra su vocación; porque esto era tocarle en las niñas de los ojos. Y así, cuando a nosotros nos decían algo sobre esta materia, luego acudíamos a él, y nos animaba, y esforzaba, suministrándonos las más fuertes razones; aunque lo más acertado es, (nos decía) en este punto no ponerse a razones con nadie, ni disputar, ni dar satisfacciones. Bástale a mi Hermano saber, que su vocación es de Dios, y mantenerse **firme**”. Hasta aquí el testimonio.

Sean la última conclusión de este capítulo los afectos de agradecimientos, que apuntó en los últimos Ejercicios de su vida; y son los que se siguen: “**Yo no sé cómo agradecer**os, Dios mío, este tan grande beneficio de mi vocación a la Compañía; este afecto y amor, que me dais para con esta mi Madre. Yo no puedo explicar lo que pasa por mi Alma en este punto. De solo pensar, que me hallo en tu Santa Compañía, mi buen Jesús, rebose de alegría, no me sé contener; no cabe mi corazón de placer en el pecho. Cuando considero, que dejando otros muchos en el Siglo, y aún de mis Con-Colegas que también pretendían la Sotana, me escogísteis a mí el más ingrato e indigno, no puedo menos que daros infinitas gracias. Cuando contemplo, que algunos de mis Con-Novicios, y que estuvieron conmigo, faltaron a su vocación, y que a mí me conservasteis, no dejo de admirar y alabar vuestra misericordia. Decíanme los hombres, y me amenazaban, que, si no dejaba voluntariamente la Sotana, me la quitarían por fuerza; y que después me vería desamparado de todos, deshonorado, tratado como infame; pero cuán al contrario experimenté, y experimento! Os fui fiel en lo poco, y me habéis colmado de beneficios: arrojado al Siglo por fuerza, encontré muchos benefactores que me franquearon toda su casa: venido a la religión, mis Hermanos me han recibido con caridad y amor; y logro estar en una casa, y aún de lo que nos sobra se reparte limosna a los Pobres; cuando muchos de los que os han sido infieles, andarán tal vez mendigando. Bendita sea vuestra Providencia: alabo infinitamente vuestra **Misericordia**”.

## Capítulo 6º

### Su devoción a la Virgen María y a Cristo Sacramentado

“La Devoción a María y al Santísimo Sacramento son para la perfección, el camino y el sustento”, enseñaba un Doctor Místico muy experimentado, y se vio confirmado en nuestro Hermano Baigorri. Aspiró éste siempre a la perfección; y el camino más breve, que emprendió para conseguirla, fue un tierno amor y devoción a aquella Soberana Señora. Infundiósela primeramente su buena Madre en la misma cuna, en reconocimiento del favor, que ambos habían recibido de su mano, liberándolos de las de los Gentiles. Con esto se adelantó en

el Niño el uso de la devoción al de la razón: y al paso que ésta se iba despejando, iba también aquella creciendo en mayores cultos, obsequios y servicios. En la Congregación de la Annuntiata se esmeró en servirla, procurando aventajarse a todos los Congregantes en los particulares ejercicios de piedad. Tenía dedicados para honrarla con más especialidad muchos días del año, del mes, y de la semana, sin dejar pasar jamás Festividad alguna suya, que no la santificase con más oración, mayor mortificación, y con la confesión y comunión. Para las principales, que son de la Concepción, Natividad, Purificación, Anunciación y Asunción, se preparaba con el Novenario de las flores de María; que consistía en ejercitar, los nueve días antes de la Festividad, nueve virtudes de las más agradables a nuestra Señora; como eran la humildad, o la caridad, para imitarla con la mayor perfección posible. Ya dijimos el Voto o Juramento, que hizo en el Convictorio, de defender su Purísima Concepción, y que lo renovó todos los días de su vida; y también el voto de virginidad, con que se consagró a la misma Señora, a imitación de San Luis Gonzaga.

En la religión se sintió más obligado a servir, y amar más ardientemente a la Reina de los Cielos; porque solía decir, que, si así no lo hacía con la que era Madre muy especial de la Compañía, no pensaba ser verdadero Jesuita. Si veía, que en los encierros, y demás trabajos, que padecieron los Novicios, alguno de ellos estaba triste, le decía con mucha ternura: “**Tenemos**, Hermano mío, a María Santísima por nuestra Madre; ¿por qué hemos de entristecernos? Acudamos a ella, que es consuelo de afligidos; que ninguno sale de su presencia desconsolado”. En una carta, escrita en Jerez, a un Padre, le dice: “**Aquí hacemos** frecuentes visitas a nuestra Madre, y Señora en su Capilla, encomendándola la Compañía de Jesús, y a todos sus Hijos, que padecen más que nosotros. Esta soberana Señora es nuestro refugio en los trabajos, y nuestra resolutora en las dudas que se ofrecen, y en fin todo nuestro único **consuelo**”. En sus apuntamientos es singular la ternura y afecto, con que la trata; ya representándola sus necesidades, como a su Madre; ya pidiéndola favores, como a su Reina; ya rindiéndola gracias, como a su Protectora.

Aunque en sus conversaciones edificaba siempre nuestro Hermano Clemente, por el fervor y acierto, con que hablaba de cosas espirituales; pero cuando trataba de las perfecciones y gracias de la

Reina de los Cielos, parecía, que hacía arder los corazones en amor y devoción, por lo que le caía de los labios. Para que le ayudasen a engrandecer sus misericordias, si eran de su confianza los que le oían, les refería los muchos beneficios, que había recibido de su mano. Oyéronle decir varias veces: “**¡Oh! ¡y cuánto** debo a la Santísima Virgen; y cuán mal la **correspondo!**”. Otras veces dijo: “**En mi casa** me amparó la Virgen de la Concepción; en el Seminario, la de Monserrate; en el Noviciado la de la **Asunción**”. Explicábase con esta materialidad su devoto agradecimiento; porque en casa de sus Padres tenían por especial Patrona a María en su Purísima Concepción, y veneraban su imagen. En el Seminario era Patrona, y titular nuestra Señora de Monserrate, cuya imagen se adoraba en el altar de su Capilla; y en el Noviciado era también titular la Virgen Asunta<sup>113</sup>. Y si después de difunto pudiera hablar, no dudo que diría, que en su muerte en esta casa le amparó la Virgen de la Paz; a quien tomó para este trance por Patrona y Abogada, y con cuya imagen murió dulcemente abrazado víspera de su Festividad. Por último testimonio de su devoción y confianza con esta piadosísima Madre, pondré aquí con traslado del papel de peticiones y carta de esclavitud, que formó en el Convento de Santo Domingo de Jerez para el día de la Asunción, en el cual hizo también los Votos de devoción. Comienza así el papel:

“**Jesús y María.** En la recia tempestad, con que ahora me combaten mis enemigos no hallé más seguro Puerto, que el de María; y como pobre mendigo, que busca el remedio de sus necesidades, esperé, o Amantísima Madre, con ansias, y deseos este día de vuestra gloriosa Asunción a los Cielos, en que estarían abiertas de par en par las puertas de vuestra Misericordia, para obtener feliz despacho a mis peticiones. No seré corto en pedirlos; porque estoy cierto, que sois mi Madre, que podéis, sabéis, y queréis darme cuanto conduzca a mi salvación eterna.

1ª Petición. Un grande Amor de Dios, cual es deseable.

2ª Una entrañable devoción para con vos, mi Madre, y Señora.

3ª Un afecto grande a la Compañía de vuestro Santísimo Hijo Jesús.

4ª La perseverancia en ella con la gracia final.

5ª Una exacta observancia de todas mis Reglas.

---

<sup>113</sup> Virgen de la Asunción.

Todo se cumpla, como os lo pido, y fuere vuestro mayor agrado, en honra de las cinco letras de los Dulcísimos Nombres de **Jesús y María**. Pongo por intercesores a mi Santo Padre Ignacio, a San Francisco Javier, a San Francisco de Borja, a San Luis, y demás Santos; y en especial al Hijo querido de María, mi Madre San Estanislao Kostka, que mereció por vuestra intercesión ir al Cielo a celebrar vuestra Fiesta. Y para más obligaros, me ofrezco todo a vuestro servicio, por medio de los tres Votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, que hago hoy de devoción, y me constituyo en adelante Siervo perpetuo, y Esclavo de María. **Amén**".

Quien amaba tan tiernamente a la Madre, no podía menos que amar mucho a su Santísimo Hijo. Y si la Devoción de María felicitó tanto a nuestro Joven, por ser camino para la perfección y carácter de Predestinados; cuán feliz lo haría la Devoción de Jesús Sacramentado, que es sustento de la más perfecta santidad, y cuyo solo Nombre tiene virtud de salvar a los hombres? Antes del tiempo, que a los demás Niños, se le concedió a nuestro Clemente recibir a este Soberano Pan de los ángeles, por la comprensión de entendimiento, pureza de vida, y costumbres Angélicas, que se le experimentaron: y la fervorosa disposición, con que se llegó a esta Celestial Mesa en esta ocasión, y en las demás veces que comulgó, fueron el más claro testimonio de su grande devoción. El día, que comulgaba, era para él como día de gloria, por las delicias que gozaba su Alma. Ocupábase solamente en dar gracias, guardaba recogimiento como en un día de Retiro espiritual, renovaba sus propósitos, ejercitábase en muchos actos de amor de Dios; haciendo de esta suerte la presente comunión, preparación fervorosa para la siguiente.

Ni esta devota ocupación le impidió jamás la del estudio; antes al paso que lo conducía al ejercicio de las virtudes, le facilitaba el cumplimiento de sus obligaciones. Daba todo el tiempo debido a las letras; pero la interrupción, que debía hacer cada dos horas de estudio conforme a su Regla, era yendo a visitar al Santísimo. Lo mismo hacía en los días de asueto, y tiempos de recreación; empleándolos estos en recrearse a sus solas con su amado Dueño Sacramentado. No hubo para él pena, tristeza, ni trabajo, aunque se viese cercado de tribulaciones, mientras logró desahogar su corazón atribulado delante de este Divino Sacramento; pero si le faltaba este Soberano Propiciatorio, como le

sucedió en uno de los Encierros de Jerez; y lo significa el mismo Hermano en una carta, todo le parecía penalidad, y tormento; aunque no padeciese más que la privación de este solo consuelo, cual era la presencia de su Dios Sacramentado. La reverencia exterior y devoción, con que estaba delante del Sacramento, cuando le visitaba, se dejaba conocer de muchos con edificación. Testifica uno, que le advirtió en una de estas ocasiones estar de rodillas con tan profunda reverencia, con tanta ternura, y afecto de corazón, que le corrían hilo a hilo las lágrimas de sus ojos hasta la tierra.

Esta devoción sensible al Sacramento Eucarístico no fue en el Hermano Clemente pasajera, como acontece las más veces; sino muy constante, y durable. Todos los días parece que se le aumentaba, al paso que crecía más en edad; y tanto más se encendía su corazón en su amor, cuanto más se ilustraba su entendimiento con la meditación y conocimiento más vivo de este Divino beneficio. Aún en las últimas llamaradas de su vida dio señales, no vulgares, de su afecto para con Cristo Sacramentado; porque cuando no podía recibirlo tantas veces, como deseaba, por razón de su enfermedad; ni visitarlo con la frecuencia, que acostumbraba, cuando estaba sano; suplía su Divina presencia con las continuas adoraciones interiores, y comuniones espirituales; y el día, que lograba recibirlo realmente, se renovaban sus delicias y ternuras; como se vio con especialidad la vez última, que lo recibió por Viático, en que se le experimentó una alegría extraordinaria, y un gozo tan grande, que, admirado su Padre espiritual, le dijo después de haber él dado gracias: “**Parece**, que mi Hermano quiere ir cuanto antes al **Cielo**?”. Y él respondió: “**Sí Padre**, sí Padre, ya recibí a mi Señor, ya estoy bien **aviado**”; y con esta alegría, y consuelo dio su espíritu al mismo Señor. Alcanzó nuestro devoto Hermano este afecto sensible para con Jesús Sacramentado con la continua mortificación de sus pasiones, lo conservó con la penitencia de su cuerpo, y lo aumentó con la oración frecuente; y así no podía menos que ser muy durable. Colígese también esta su devoción y amor a Cristo en el Sacramento del altar de sus apuntamientos y propósitos. En uno de estos dice: “**Consideré** este día, como que los hombres le decían a Jesús Sacramentado; Señor, ¿qué hacéis aquí en la tierra? El Mundo está ya redimido, el Infierno confundido, los Patriarcas y Profetas conducidos ya a la Gloria: pues ¿qué haces ahora en la tierra? Oye, hombrecillo ingrato, la respuesta de nuestro amante Jesús, capaz de quebrantar las

mismas peñas: *“deliciae meae esse cum Filiis hominum”*<sup>114</sup>: por el amor, que os tengo, estoy con vosotros en la tierra. ¡Oh! ¡mi buen Jesús! ¡cómo no te amaré a costa de mil vidas! Aquí sentí una grande ternura de amor para con mi Señor **Sacramentado**”. Hasta aquí sus palabras.

No quedó únicamente en ternuras su devoción; porque como estaba bien fundamentada en una viva fe y caridad ferviente, encendiendo su corazón, alumbraba su entendimiento como una luz calurosa, para meditar mejor las excelencias de este Misterio, para aspirar a mayor perfección, y para corresponder con más fineza al amor Divino; como lo confiesa el mismo Hermano en otro de sus papeles, cuando dice: **“La consideración** de los Divinos beneficios en el Sacramento me mueve mucho a la perfección, y a la correspondencia del inmenso amor de un Dios **Sacramentado**”. También se le traslucía su devoción sólida, y amor al Sacramento en sus conversaciones; las que eran siempre de esta materia todas las vísperas de comunión; y con tal fervor, que atestiguan sus Con-Novicios, les era su santa conversación la prevención más fervorosa para recibir al día siguiente la Sagrada Eucaristía. Para prueba de su viva fe para con este Divino Misterio, diré una cosa, que sucedió en esta casa. Estaba el Hermano Baigorri en conversación con otro Hermano, que había sido su compañero en las peregrinaciones; y tratando ellos del célebre Santuario de Loreto, que habían merecido visitar, les preguntó un Padre, si habían experimentado en aquella Santa Casa la devoción sensible, ternura y reverencia, que comúnmente testifican otros haber experimentado? Respondieron ambos, que **sí**; y el otro compañero prosiguió engrandeciendo el prodigio de mantenerse aquella Santa Casa, donde encarnó el Divino Verbo, y admirando la fe y devoción de las gentes, que allí se deja ver. Entonces el Hermano Baigorri, volviendo a su conversación antecedente le dice: **“Todo eso** es verdad: ¿pero aquí en nuestra Capilla no logramos también nosotros el mismo, o mayor prodigio, que baje, no una vez sola, sino todos los días, el mismo Jesucristo, y se conserve Sacramentado? Y si aviváramos nuestra fe, quién duda que sentiríamos el mismo, o tal vez mayor efecto de devoción y ternura, que en aquella Santa **Casa!**”.

---

<sup>114</sup> “Mis delicias son estar entre los hijos de los hombres” (Prov. VIII, 31).

Consiguiente a esta devoción fue la que profesó al Sagrado Corazón de Jesús.

Desde el tiempo de estudiantito Gramático dedicó todos los primeros viernes del mes, y todo el Octavario de Corpus Christi para obsequiar a este Divino Corazón, ya confesando, y comulgando aquellos días, ya practicando otros ejercicios de piedad, y mortificación. Aumentósele esta devoción después que entró a la Compañía; y solía decir, que todos los Jesuitas debíamos arder en el fuego de este Divino Amor, y encenderlo en otros, por haber merecido ser escogidos del mismo Señor, para propagar la devoción, y culto de su amante corazón. En aquella carta escrita desde el Convento de San Francisco del Puerto de Santa María a su Maestro de Novicios, que la pusimos en la primera Parte de esta Vida, en la que refiere la devoción y fervor, que habían mostrado sus Con-Novicios para con el Santísimo Corazón de Jesús; aseguran estos, que el principal motor de esta devoción y obsequios, era el Hermano Baigorri, yéndoles delante con el ejemplo. Fue singular la complacencia, que tuvo, cuando vio generalmente introducido en nuestra desterrada Provincia lo que antes era practicado en particular de solamente algunos devotos del Sagrado Corazón: esto es, el especial culto, que se le hace el primer viernes de cada mes. Era para él este día, como uno de Ejercicios, en que guardaba sumo retiro. Se esmeraba en la preparación para la Confesión y Comunión, para que fuesen más fervorosas. Observaba exactamente el ayuno; y la oración, y función de Desagravios, y consagración la hacía con tal devoción, que enfervorizaba a los que le notaron. Las otras devociones que tuvo, ya con el Soberano Misterio de la Augustísima, e individua Trinidad, ya con las Ánimas benditas del Purgatorio, en quienes había renunciado todas sus obras satisfactorias; no se especifican más, por no alargarnos. Tampoco se individualiza su particular devoción a nuestro Santo Padre Ignacio, a San Francisco Javier, a San Luis Gonzaga, a San Estanislao, y al Venerable Hermano Juan Berchmans. Baste decir, que en sus Festividades los obsequiaba con especiales cultos, y actos de mortificación; y que su principal devoción con estos Santos era, procurar imitar sus virtudes; que es la verdadera y más sólida devoción.

## Capítulo 7º

## **Pónense últimamente dos informes de dos Con-Novicios del Hermano Baigorri; dos cartas y una Instrucción escritas del mismo Hermano**

Dos Con-Novicios del Hermano Clemente, que fueron sus compañeros desde la América, y testigos de sus virtudes, y vida ejemplar, han informado verbalmente, y aún por escrito, de muchas cosas, que hemos referido en esta vida; y en particular de los motivos, que tuvo dicho Hermano para escribirlos las cartas e instrucción, que luego pondremos. Apreciaba mucho y estimaba el Hermano Baigorri uno de estos Novicios, así por su virtud, como por los ejemplos y consejos, que le daba; y mientras estuvo a su lado se mantuvo éste firme en su vocación. Fue separado dicho Novicio en Jerez a otro Convento y viéndose aquí solo con tentaciones del enemigo, y sugerencias de otros contra su vocación, se afligió grandemente, y comenzó a titubear. Escribió en este estado una carta al Hermano Baigorri, describiéndole todo lo que padecía, para que lo alumbrase, y confortase, como lo había hecho otras veces. El Hermano Clemente le respondió prontamente; y suponemos, que la respuesta sería tal, cual pedía la necesidad, y lo sabía él hacer en semejantes ocasiones; pero ella no llegó a manos del Novicio vacilante, o por infidelidad, o por temor del conductor, que era un barbero; quien no sabemos lo que hizo de la carta.

Faltándole de esta suerte la respuesta de su oráculo, consultó el Novicio sus tentaciones y aflicciones con el Superior de aquella Casa Religiosa donde estaba; y el medio, que tomó este Religioso para consolar al Novicio, fue ensancharle la conciencia, para que dejase cuanto antes la Religión, a que Dios le había llamado. Guiado de este consejo el Novicio, firmó ante el Juez, que renunciaba su vocación; pero apenas echó esta firma fueron tales los remordimientos interiores, que sintió, que confiesa el mismo, que le parecía haber firmado la sentencia de su eterna condenación. El único medio, que entonces se le ofreció para hallar algún consuelo, fue repetir segunda carta al Hermano Clemente dándole cuenta de todo lo que había hecho; en la que también le decía, que, no obstante de haber firmado dejar la sotana, mantenía en su corazón el mismo amor, que antes a la Compañía; y que deseaba mantenerse en aquellos buenos propósitos y dictámenes, que

había aprendido, y concebido en ella, para no perder su eterna salvación, que era lo que más temía. La respuesta de esta carta la recibió el Novicio; la que, según asegura él mismo, al paso que lo consoló mucho, fue como una espada, que le atravesó el corazón de sentimiento, y arrepentimiento de lo que había hecho. A la verdad, que no podía menos que causar este efecto la carta: porque está escrita con tal arte y prudencia, que aunque está tan suave, pues no le toca nada de lo mal que había obrado, ni le da en rostro con su deserción, con todo le habla con tanta eficacia a no dejar los Ejercicios espirituales, y sobre el amor que debía conservar a la Compañía, y a la Santísima Virgen, que no podía menos que moverlo al arrepentimiento del bien perdido.

Habiendo en fin dejado el Novicio la sotana, salió al Siglo, experimentó la apariencia de los placeres, fuese a su patria, recibióle sus Padres sin disgusto, estuvo algún tiempo regalado en su casa; pero en ninguna casa de estas encontró cabal gusto, ni quietud; porque los remordimientos de conciencia no lo dejaban reposar, la memoria del bien perdido lo atormentaba, aumentábase cada vez más la tristeza, y su corazón no respiraba sino arrepentimientos y temores de futuras infelicidades. Tan cierto es, que en los que declinaron del buen camino, que habían emprendido, no se vio sino dolor e infelicidad, sin que puedan hallar la vereda de la verdadera paz: “*contritio & infelicitæ in viis eorum; & viam pacis non cognoverunt*”<sup>115</sup>. ¡Oh! ¡Santo Dios! y si esto sucedió a uno, que todavía no tenía su domicilio en la Compañía de Jesús, y aún no estaba ligado con los Votos Religiosos; “*Angelos vero, qui non servaverunt suum principatum, sed dereliquerunt suum domicilium*”<sup>116</sup>, ¿qué les sucederá? Dios lo sabe.

Pero veamos en qué pasó este hijo pródigo. Viéndose, pues, reducido a la última miseria de sinsabores, e inquietudes, acordóse de la alegría interior y paz de su corazón, que gozaba estando en la Compañía; resolvióse a volver a dejar el Siglo, y saliendo de la casa de sus padres naturales, vino a Italia buscando la casa de su Divino Padre. Pidió humildemente volver a ser admitido en la Compañía de Jesús, y habiendo sido recibido con los brazos abiertos, tenido su Noviciado, y

---

<sup>115</sup> “La destrucción y miseria hay en sus caminos, y no han conocido el camino de la paz” (Pablo 3:17).

<sup>116</sup> “Y los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada” (Judas 1:6).

hecho sus Votos, perseveró ahora gustosísimo, y muy contento, dando infinitas gracias al Señor por sus grandes misericordias. Atribuye este sujeto en gran parte su felicidad presente a los consejos, que le dio el Hermano Baigorri en aquella carta, y también a sus oraciones; y confiesa, que la pena, que sentía en haber dejado la Compañía de Jesús, se le aumentaba mucho más, cuando se acordaba, que se veía también privado de la compañía del Hermano Clemente, que había sido siempre para él Ángel del buen consejo. Cuando vino acá, encontrólo aún vivo, y se halló en su enfermedad y muerte; y también asegura que le han confirmado tanto en su vocación la paciencia, con que sufrió sus penas el Hermano Baigorri, y la paz y alegría con que murió, que en adelante primero perdería mil vidas que tuviera, que volver a faltar a ella; porque así como le consta, por experiencia de lo que le sucedió a sí mismo, lo amargo que es vivir fuera de la Compañía de Jesús; así le consta, por experiencia de lo que vio en su Hermano Baigorri, lo dulce que es morir en tan Santa Compañía. Hasta aquí el informe de este sujeto<sup>117</sup>: veamos ahora la carta, que le escribió nuestro Hermano Clemente en aquella ocasión, que dijimos arriba; la que es como se sigue:

“**Amado Hermano mío P.C.** Recibí la suya con aquel sentimiento, que se deja entender por su no esperada determinación; pero me consolé mucho sabiendo, que aún persevera mi Hermano en aquellos antiguos fervores; que, aunque ha hecho renuncia del hábito religioso, no por eso se ha desnudado de aquel espíritu de devoción, que vistió en la Compañía de Jesús; ni ha dejado aún la aplicación a las cosas espirituales, que mamó tierno a los pechos de la religión. Esté mi Hermano en la persuasión de lo que tantas veces oyó a sus Maestros de espíritu, y nos lo repite el Padre Alonso Rodriguez, **que el Hábito no hace al Monje**; pues vemos a algunos, que tienen el nombre de religiosos, y las obras de seglares, pero no corresponden a su profesión; y al contrario muchos seglares, que hacen en el Mundo vida de perfectos religiosos, y que pueden con su santidad ilustrar las más observantes religiones. Lo que sí ha de procurar con toda diligencia en el Señor nuestro, es, conservar en su corazón aquellas máximas, que aprendió en el Noviciado; y de esa manera será, aunque seglar, religioso de la Compañía de Jesús. En ese estado, si conserva el espíritu

---

<sup>117</sup> Se trata de Manuel Lara, ya mencionado.

de la Compañía, puede ser otro Maestro Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía; quien debería ser modelo de todos los sacerdotes, que viven fuera de los claustros religiosos.

No tiene, pues, mi Hermano que desconfiar, ni caer de ánimo; antes ha de tomar ahora nuevamente el negocio de su salvación y perfección muy a pechos; y si es posible, con mayor cuidado y empeño. Válgase de las armas, que le ofrece la misma Compañía de Jesús, que son, oración, Exámenes, lección espiritual, etc.; porque no son estas armas como aquellas con que pretendió el Rey Saúl vestir al pastorcillo David, que no le armaban, ni podía avenirse con ellas, sino que hacen a todo género de personas; porque fueron fabricadas con luz del Cielo para hombres que debían hacerse todo a todos, para ganar a todos para Dios. Cuando las dejase de la mano, tema y tiemble no lo deje también Dios de la suya. Pero, si se vale siempre, y usa de ellas, consuélase; que será esta una de las más ciertas señales, que Dios mora en su alma, y le guarda para su Gloria. Sobre todo, Hermano mío, si quiere verdaderamente asegurar su salvación, tenga una muy tierna, y entrañable devoción a María Santísima, nuestra Madre, nuestro consuelo, y nuestro único refugio después de Dios. Este es el más poderoso medio, para que lleven feliz despacho todas nuestras súplicas, y pretensiones. Si nos acogemos a este Puerto seguro de María, crea, y esté cierto, que no naufragaremos en el Mar tempestuoso de este Mundo. Acuérdesse, que ha sido criado en la Compañía de Jesús, a los pechos de María; y si ama esta Compañía, como me dice, que la ama, es forzoso que ame también a María su principal Fundadora.

Le encargo, y pido, a más de esto, muy de veras, que, cuando vaya a Sevilla, procure con toda diligencia propagar aquella devoción de la Santísima Trinidad, que nos enseñaron en el Noviciado; y si le merezco algún afecto, quisiera lo mostrase en esto, y en dar a cinco personas en mi nombre la dicha devoción, instruyéndolas en ella, y ponderando su eficacia, que es muy grande, para los que la hacen por un año entero de rodillas en honra de María santísima, como lo experimentaría mi Hermano. Haga este obsequio a nuestra Señora, y confíe de su misericordia, que lo ha de amparar todos los días de su vida, y al fin le alcanzará una dichosa muerte. Encomiéndeme también mucho a esta Soberana señora, y pídale, me alcance mucha gracia de su Santísimo Hijo Jesús, con la perseverancia en su Compañía; que a mí

ciertamente me quiere en ella. El Hermano no deje de servirla en el Estado, que ahora toma; que yo no lo dejaré de hacer en el mío; y estemos ambos seguros, que lograremos lo que más nos conviene. **Dios guarde a mi Hermano**".

**Instrucción, que dio el Hermano Baigorri al otro su Con-Novicio,  
que le pidió, cuando lo separaban de su compañía para otro  
Convento,  
en la ciudad de Jerez**

“Luego, que mi Hermano entre al Convento, procure entablar su distribución de ejercicios espirituales, según lo permitieren el tiempo, y las circunstancias; y no los deje por caso alguno, especialmente la oración, y Exámenes de mañana, y tarde. Visite frecuentemente al Santísimo Sacramento en su Iglesia, con lo que evitará muchas conversaciones inútiles, y peligrosas, y otros muchos males, que trae consigo la ociosidad. Advierta mucho, y persuádase, que muy pocos son los que nos quieren bien, para que no dé oídos a los consejos de muchos, que con celo nada conveniente, y menos provechoso a mi Hermano, le persuadirán a que deje la sotana. No sufra tales consejos, y menos conversaciones, o disputas sobre este asunto; porque no le acarrearán bien alguno. Desde luego, que entre en esa casa, dé a entender, que está firmemente resuelto a ser Jesuita; pero sin contiendas, le vuelvo a encargar. No se muestre vacilante en su vocación por respetos algunos; porque esto ha traído a muchos grande mal, que hubieran evitado, si a boca llena, y delante de todo el mundo hubieran confesado constantemente, que eran Jesuitas, y que deseaban serlo hasta la muerte. Sobre su vocación no los consulte, ni tome parecer alguno de ellos. No tiene que escrupulizar, ni aún poner duda, que Dios lo llamó, y quiere en su compañía. Esté en esto cierto, y firme hasta morir, por más que le oponga pensamientos contrarios el Demonio; porque éste solamente quiere ser ruina, y con nada menos que con eso se contenta.

Establezca para sí esta Máxima, que es de nuestro Santo Padre Ignacio, y por eso la debe estimar mucho, y practicarla; **no tomar**

determinación, ni mover una paja sobre este asunto, cuando se halle su corazón turbado, o poseído de algún afecto de tristeza; o **melancolía**; que no será mucho, que el Diablo le ocurra entonces, viéndolo solo: mire solamente a lo que determinó, cuando se hallaba en consolación, y paz de su Alma: lo que hizo después de haberlo mucho encomendado a Dios en la oración, y otros ejercicios, y haberlo también consultado con hombres muy doctos, muy prudentes, y sobre todo virtuosos. Deje lo demás, que no es tiempo de consultar este negocio ahora, por estar el corazón de los más de ellos impresionado contra la Compañía; el de unos, maliciosamente; y el de otros, por malos informes. En fin, no dude, ni retrate lo hecho. Cuidado con esto; mire, que en ello no le va menos, que su salvación. Cierre la puerta a las visitas, y en especial a las de los desertores: porque estos, (yo no sé su intención), si tientan, hacen oficio de Satanás. Despídale primero con buen modo, excusándose con algunas ocupaciones: pero si insisten en visitarlo, y disuadirlo de su vocación, como lo han hecho con otros, despídale sin reparo alguno; pidiéndolos por favor, que no pongan los pies en su aposento. En las otras visitas vaya también con mucha cautela, y proceder en todo dando buena nota de su persona; y dé también muestras de que de veras desea **ser Jesuita**". Hasta aquí la Instrucción.

El sujeto, que pidió, y para quien hizo el Hermano Clemente esta Instrucción, afirma, que la estimó siempre como si fuera de un Santo Padre: lefala muchas veces, y procuró observarlas exactamente: y asegura, que a su observancia debió en mucha parte la constancia de su vocación entre los muchos peligros y combates, que padeció; porque todo cuando le dice en ella, era lo que más le convenía por entonces; y que no podía haberle dado cosa, más acomodada a su genio y condición. Atestigua más; que no encontró jamás estímulo más eficaz para la virtud, y para el cumplimiento de sus obligaciones, que el buen ejemplo, y los buenos consejos, que le dio muchas veces el Hermano Baigorri: que no había tristeza, pena, ni tentación alguna, que le durase, después que acudía con toda confianza a su dirección: que en todas las ocasiones de peligro siempre lo animó a padecer con fortaleza, y aún con gusto las mayores adversidades y trabajos: que nunca temió ser vencido en combate alguno contra su vocación, si estaba de antemano instruido y confortado del Hermano Clemente: y en fin, que por la virtud y santidad, que observó siempre en él, lo tuvo en su opinión por otro San Luis Gonzaga. Conforme a este concepto fue el cuidado, con

que recogió este sujeto, y guardó, después de la muerte de nuestro Hermano, algunas de sus cosillas como por reliquias. Entre estas logró su librito de nuestras Reglas, que después de difunto le sacó de la cabecera; en el cual tiene su lección ordinaria; y concluye su informe por escrito con estas cláusulas: “**Siempre** que leo nuestras Reglas, se me refresca su dulce memoria; porque en ellas me parece, que veo la imagen más verdadera, y perfecta de su vida. El recuerdo de sus ejemplos causa en mí grandes deseos de servir a Dios con alegría y constancia. Todas las circunstancias de su Santa Vida y dichosa muerte, me hacen creer, que más necesito yo de su intercesión en el Cielo, que él de mis oraciones. Confieso, que le estoy muy obligado, y debo estarle eternamente **agradecido**”.

A este mismo sujeto fue, a quien escribió la otra carta. Tuvo noticia el Hermano Baigorri, que este Novicio, y otros tres compañeros, que fueron los primeros, a quienes separaron a otro Convento, estaban algo tristes y afligidos; así por esto, como por otros trabajitos que padecían: y para consolarlos y confortarlos en el espíritu, les escribe de esta suerte: “**Mi amado Hermano P. C.** Ofrécese ocasión de escribirle, y la logro, por saludar en Cristo a mi Hermano, y a los otros tres muy amados Con-Novicios. Quiera su Divina Majestad conservarlos buenos, alegres, y fortalecidos para su mayor gloria. Bien se ve, que a este fin van dirigidas las trazas todas de la Divina Providencia; pues han sido mis Hermanos de los primeros en llevar el más duro y sensible golpe, que nos tiró el mundo hasta ahora, separándonos unos de otros. Denle infinitas gracias de que les ha dado algunas mayores ocasiones de padecer por su amor. ¡Oh! si pluguiera al Señor, castigar misericordiosamente en vida nuestros pecados, para perdonarnos en la otra! No hay que desconsolarse, amados Hermanos; que por estos medios quiere Dios nuestro Señor despegarnos de cuanto el mundo ama, y abraza, y echar sobre nosotros el suave yugo de la Cruz; con la que, camino derecho; y con mayor brevedad, lleguemos al Cielo, que es nuestra Patria, y olvidemos las miserias de ese valle de lágrimas. ¿Para qué queremos esta frágil vida, de que ahora gozamos, sino para emplearla en el Divino servicio? Y si esto es así, ¿no es locura grande buscar otro camino, que el que llevó nuestro Redentor? Pues vamos por él alegres y contentos, dispuestos a todo lo que el mundo quisiere hacer de nosotros; y estemos ciertos, y seguros, que nada sucederá, a pesar de

las humanas ideas, sino lo que Dios nuestro Señor tiene decretado desde la Eternidad, y lo que fuere para nuestro mayor bien.

Lo que hemos de procurar, es, ganar con buenos servicios la voluntad de este Señor, que todo lo puede, no olvidando nuestros ejercicios espirituales: que mientras con diligencia nos mantuviéremos en ellos, podemos estar seguros de no faltar a nuestra vocación; antes cada día nos hallaremos más fuertes para los asaltos del común enemigo. Procuremos en todas ocasiones dar evidentes pruebas con nuestro edificativo proceder, de que en realidad somos llamados para compañeros de Jesús; y persuadámonos, que sólo de esta manera desharemos la falsa opinión, que algunos tienen de nosotros, de que vamos engañados con nuestra perseverancia en la vocación. Si vieren en nosotros el retrato de un verdadero Jesuita, o compañero de Jesús, ciertamente que dirán, como no faltó aquí quien lo dijo: **“En verdad**, que estos hacen lo que deben, y tratan de veras agradar a Dios, y procuran fielmente el negocio de su salvación”. Por último, Hermano mío, no eche en olvido la Instrucción, que con tantas instancias me pidió, y se la di por escrito. Juzgo, que ella le conviene: acuérdesese de su palabra de guardarla. Trate en fin de hacer una vida muy fervorosa; que es lo que más le aprovechará. Mándeme, así mi Hermano, como los demás.

**Muy Siervo de mi Hermano Jáverius in desiderio”.**

**Carta escrita en el Puerto de Santa María a nuestro Padre General,  
atribuida al Padre Polo, donde ha del proceder de los Novicios  
Americanos**

Dieciséis novicios de la Provincia de Santa Fe, siete del Paraguay, dos de México, y uno de la de Lima salieron de este Puerto para Civitavecchia. Su constancia, fervor y valor es sin igual han mostrado en su vocación fortaleza de Mártires. Después de haber vencido en sus Provincias de Indias cuantos combates les dio el poder, la astucia, la Patria, la sangre y la carne, manteniéndose firmes en seguir por las incomodidades de tierra y peligros de mar a su querida y

desterrada Madre la Compañía de Jesús, han convertido en mayores triunfos el campo de batalla que se les presentó en estas partes, en las cuales por el espacio de un año entero no les han dejado sosegar casi un instante por quitarles la palma, y joya más estimable de su perseverancia. Han sido llevados de uno a otro lugar, encerrados ya en uno, ya en otro Convento de diferentes religiones, conducidos ya a uno y a otro juez, conminados con las penas más severas de reos de Estado si no abandonaban su firme resolución privados muchas veces estos jóvenes de toda comunicación, aún entre sí, para que no se esforzasen mutuamente en el conflicto, tentados de mil modos, ya con promesas ventajosas, ya con terrores y espantos, ya con sofismas, y razones de personas bien autorizadas religiosas y seculares, afrentados con injurias privadas y públicas, como burlados, como ilusos, como hipócritas, y secuaces de una religión sentenciada por mala, perniciosa, imbuida de pésimas doctrinas, hasta llegar al punto de que a algunos se les negase la absolución, por no querer deponer su propósito religioso, como infractores, que decían de todos derechos divino, natural y humano: a todo lo cual se añadía no pocas veces, el embarazarles el pasado espiritual de Oración, lección y demás Ejercicios, y el socorro temporal negándoles el vestuario, y calzado tan preciso, para conquistarlos con el rigor, y con la hambre, ya que se frustraban las otras armas con que pretendían rendirlos. Pero estos jóvenes más esforzados con la divina gracia, ninguno de estos medios ha sido capaz de hacerlos flaquear en el amor de la Compañía de Jesús; mostrándose cada uno más constante, aún teniendo a la vista el mal ejemplo de muchísimos ancianos y no ancianos, que han desertado pidiendo la expulsión, lo que ha causado no pequeño asombro a muchos aún de los seglares, al ver tanto valor en unos jóvenes y tanta constancia en su vocación, y sobre todo el tesoro con el cual guardaban en medio de la tribulación la distribución del Noviciado en el Examen, Oración, Lección, y frecuencia de Sacramento y lo que es más la obediencia, sujetándose perfectamente a uno de ellos, guardando sus órdenes y la voz de una campanilla que adquirieron para regla práctica de su fervor. Lo que movió a un religioso dominicano a decir a uno que se admiraba de ver tanta constancia y fervor, en unos jóvenes: “¿Cómo los han de apartar de la Compañía si están todo el día hablando con Dios?”. En este estado los halló la Corte que después de haber visto frustrados todos sus medios para separarlos de su vocación, mandó fuesen despojados de la sotana y

extrañados de estos Reinos con plazo de tiempo señalado para salir, ellas si bien en lo exterior estaban relajados al siglo, no por eso dejaron el rigor de la observancia religiosa, unos habiendo llegado a este acuerdo con el favor de personas piadosas se juntaron todos en una casa en la cual, como en un Noviciado se han conservado exactamente en todos sus espirituales ejercicios, con tal recogimiento y modestia en sus ojos, y en su trato, que han edificado a este pueblo, llenándole del suave olor de sus virtudes hasta que finalmente a costa de la piedad, desvelo, y limosnas de algunos, emprender ya la navegación con solo el fin de su perseverancia en la Compañía de Jesús”.

Hasta aquí la carta del Padre Polo.

**Carta de dos Hermanos Novicios de la Compañía de Jesús de Sevilla, donde siguen después de nuestro destierro la distribución del mismo Noviciado, y solicitan venir a Roma, a seguir los Jesuitas.**

P.C. Nuestro M. V. P. Rector, hemos celebrado mucho esta ocasión de remitir a V.R. esta escuela, y con ella mostrarnos obedientísimos hijos. Deseamos su más perfecta salud, y principalmente su aprobación en la determinación, que intentamos de ser Jesuitas, aunque nos cueste el trabajo, que a un San Estanislao. No lo ponemos desde luego en ejecución, por no juzgarlo conveniente nuestro Confesor, el Padre Don Teodomiro Ignacio Díaz de la Vega<sup>118</sup> en la Congregación de San Felipe Neri de esta ciudad, a no ser que supiéramos, nos habían de recibir de Novicios. Nosotros no dejamos de clamar a Dios, le ilumine, para que nos mande especialmente en este asunto, lo que fuese de su mayor agrado, pues es lo único que deseamos.

El haber dejado de seguir a nuestra muy amada la Compañía de Jesús, cuando nos pusieron en libertad (fuera de que no nos pusieron en

---

<sup>118</sup> Célebre personaje de Sevilla de mediados del Siglo XVIII. Fue un eximio orador sagrado y como calificador de la Inquisición, estuvo presente en la última hoguera inquisitorial española prendida sobre una anciana acusada de molinismo en 1781. Fue también promotor de famosos ejercicios espirituales Noticias suyas en Tomás y Asensio 1809.

estado tal, que se pudiera decir libertad, pues nos ponderaron tanto lo contrario y nos ocultaron tanto lo favorable, que ningún hombre de seso se atrevería a emprender una cosa tan ardua, sino con un superior espíritu) no fue por propio capricho, sino guiados Luis Cerero del parecer de Don Martín de Arenzana y yo del de Don Miguel Sánchez, no convenciéndonos otras razones, sino la de que unos hombres, como estos, nos lo aconsejasen. Muchas fueron nuestras instancias, pero no conseguimos sus aprobaciones. Ahora deseamos la de V.R., o ya para ir a Roma, o a otra cualquier parte del Mundo, sin que ocupe nuestro corazón otra cosa, que el deseo de padecer grandes trabajos sean imaginables, a fin de conseguir aun el último instante de nuestra vida con el distintivo y carácter de hijos de San Ignacio.

No haga V.R. caso de trabajos, ni de las resistencias, que podamos tener para ellos, cuando la misma muerte sufriremos gustosos a los rigores de la hambre, desnudez. Parecerá amor propio: pero, Padre mío, el amor de Dios puede mucho, y si éste actualmente no abraza nuestro corazón, no obstante pretende acalorarlo.

Verdaderamente, Padre nuestro, que no somos dignos de que la librea de Nuestro Capitán Jesús, y su Alférez Nuestro Padre San Ignacio sea nuestro adorno.

En nuestras casas nada saben, esto es, si escribimos, o no. Seguimos nuestra distribución, sin declinar ápice de nuestro Noviciado Santo Padre, prontos estamos, lo estamos; nuestra voluntad se mueve continuamente con ardientes afectos (V. R.) Sáquenos V.R. del Mundo, e introdúzcanos en el Paraíso de la religión; hágalo por Nuestro Santísimo Padre Ignacio, por la Santísima Virgen, y por nuestro especial blanco de amor y virtudes, San Luis Gonzaga. Tibios fuimos en medio de las inspiraciones de Nuestro Padre Dios, y continuadas amonestaciones de V.R.; seremos en adelante perfectos Jesuitas con la Gracia Divina, seremos santos, que así lo esperamos de quien mueve los corazones.

No hay más tiempo, ni más papel. A Dios, Padre mío, y háganos V. R. participantes de sus trabajos.

Consuélenos V.R. por Dios, a quien rogamos, guarde la vida de V.R. m<sup>o</sup> a<sup>o</sup> Sevilla y Septiembre 30 de 1767.

Humildes, y obedientes siervos de V.R.

H. Francisco Agustín y Carreras - H. Luis Cerero.

**Copia de otra carta a nuestro Padre general que por mano de los Novicios Americanos escriben sus H.H. los Andaluces Novicios, que fueron en Sevilla, remitida por el Padre Asistente a mi Padre Provincial, dice así:**

Reverendísimo Padre P.C.

Nosotros los Hermanos José de Rojas, Balthasar Dominguez, Ildefonso Canera, Ignacio Javier Balzola, Patricio Bonard, José de Silva (que este escribe), Norverto Binno, José Arroyo, Antonio Fernandez, José Alvear, Antonio de Vargas, Francisco Antonio de Torres, José Iñiguez, Francisco de Borja Almoríña, Manuel Lubeiza, Francisco Javier Luardin, Vidal de la Carcel, Luis Cerero, Estudiantes; Joaquin Rivera, Francisco de Panta Martinez y Felix Payet Coadjutores, Novicios, que fuimos en Señor San Luis de Sevilla postrados a los pies de Vuestra Paternidad le representamos con el más profundo respeto.

Hemos amantísimo Padre desamparado a Nuestra dulcísima Madre la Compañía de Jesús, más bien por error del entendimiento, que por seria deliberación de la voluntad. Consideramos a Vuestro Padre bastante instruido del tropel y confusión, que se experimentó, que nos sacaron de entre nuestros Padres, atónitos de un suceso tan inesperado, pues puestos en diferentes casas, sin noticia de la Orden del Rey, ni sabíamos lo que hacernos, ni supimos lo que hicimos. Nos persuadimos que nuestro Padre Provincial, Padre Rector y demás Padres, que presenciaron este lance informaran a Vuestro Padre tanto de nuestra conducta, en aquel santo Noviciado arreglada al espíritu, y máximas de nuestro gloriosísimo Padre San Ignacio, cuando de la involuntariedad con que desamparamos esta vocación. En lo de nuestra conducta en aquella santa casa, también informará el Padre Asistente de España pues que S.R. fue Rector de algunos de nosotros, y presentaremos certificaciones de el porte que hemos mantenido, dadas por personas bien conocidas de nuestros Padres.

Con todo confesamos a Vuestro Padre que fuimos cobardes, y que erramos en dejar la más oportuna ocasión de beber inocentemente

el cáliz, y de sufrir el destierro sin culpa alguna. Este fue sin duda (a pesar de las calificaciones y alabanzas de muchos doctos, y lo juzgan como acción prudente) un hierro, que nos ha costado, y cuesta muchas lágrimas y penas. Dios ha querido darnos a entender, que somos miserables, y ha castigado nuestra soberbia, con la que nos juzgábamos capaces de llevar la Cruz; pero a favor nuestro es este castigo, pues nos hace fervorosos, y nos obliga a amar intensamente aquel bien que hemos perdido. Casi todos hemos practicado muchas y vivas diligencias a fin de arrojarnos a los pies de Vuestro Padre en quien por acá abajo fundamos nuestras esperanzas; pero estas diligencias se nos han frustrado, y haciendo los gobernadores a unos que se volviesen a sus patrias, y ya impidiéndolo nuestros Directores, acallándonos con la promesa de que luego que Vuestro Padre admita alguno nos enviarían prontamente. Así hemos pasado llenos de dolor, y quebranto sin poder lograr medio de conseguir nuestras ansias, hasta este tiempo en que por la caridad de nuestros carísimos Hermanos de las Provincias de la América presentamos a Vuestro Padre nuestra humilde súplica: los mismos Hermanos por su piedad y compasión se interesarán a favor nuestro, y Vuestro Padre olvidando nuestra pasada infidelidad nos ha de admitir por hijos suyos, en atención a estos Hermanos que nos prometen su protección. ¿Podremos expresar nuestros sentimientos al verlos caminar a aquellos brazos de que violentamente nos arrancaron? ¿Cuántas son las noches, y los días, que pasamos en continuo llanto? ¡Qué de veces nos hemos ofrecido a Dios para militar en la Compañía de Jesús aún a costa de nuestra misma vida! Crea Vuestro Padre que son nuestras voces hijas de nuestro corazón, y que tenemos a nuestra Madre la Compañía de Jesús un amor excesivo, únicamente por Dios y porque depende quizá, y sin quizá nuestra salvación de que seamos hijos de Vuestro Padre no por interés alguno temporal cargaremos con toda la Cruz, si llegamos los últimos al trabajo procuraremos alcanzar a los primeros. Estos mismos Hermanos que logran aquella felicidad, que no merecemos, testificarán si han conocido nuestro amor, y si está bien claro. Todos lo ven, todos nos reconocemos por hijos de Vuestro Padre. Nuestras patrias, y los lugares en que vivimos nos vocean por las calles, y siempre hemos procurado dar honor (si esto cabe) con el modo de vida a Nuestra Madre amantísima. Al fin V.P. no nos permiten que vayamos en la compañía de nuestros Hermanos solamente esperamos que nos mande Vuestro Padre caminar: nos ponemos en todo, y por

todo a la orden de Vuestro Padre. Ya parece bastante castigo una separación que cuenta 21 meses, y medio, y que nos es tan terrible. No nos querrá perdonar Vuestro Padre y admitirnos a sus pies? Nos dejará Vuestro Padre en medio de nuestros enemigos, tan lejos de nuestra Madre, cuando a fin de ser sus hijos, y esclavos despreciamos lo que tenemos, lo que podemos tener, y nuestra misma vida? ¡Qué prontos estamos para cualesquiera pena que se nos imponga! ¡Qué deseosos de morir por alcanzar nuestra vocación, y qué dispuestos para obedecer a la menor insinuación de Vuestro Padre! Llenos de dolor, de confusión, y de lágrimas, arrepentidos de nuestros hierros, con un sincero y cordial amor, y puestos a los pies de Vuestro Padre por los méritos de María Santísima Nuestra Madre y Señora por nuestro gloriosísimo Padre San Ignacio, y por nuestra perseguida, y amantísima Madre la Compañía de Jesús, cuyos hijos nos hemos manifestado siempre, pedirnos de todo nuestro corazón se digne Vuestro Padre mandarnos caminar a esa santa ciudad y nos mande lo que hayamos de ejecutar porque así lo ansiamos, y nuestros Directores esperan las órdenes que nos dé Vuestro Padre para ayudarnos a obedecerlas. Mientras no llega esta orden tan deseada nos disponemos a obedecerla, y seguirla prontamente y pedimos a Nuestro Señor guarde la importante vida de Vuestro Padre para guía y amparo nuestro y para que nos libre de este terrible cautiverio.

Cádiz, enero 18 de 1768. Reverendísimo Padre. En manos de Vuestro Padre M.R. nos ponemos en un todo, y esperamos cuanto nos quiera mandar; nosotros sus humildes hijos, y esclavos en todo tiempo y lugar. Los Novicios de San Luis de Sevilla. Hasta aquí la carta.



## Fuentes

Archivo de la Compañía de Jesús de la Provincia de Cataluña (ARXIU)

Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba (Argentina) (AHP)

Archivo Histórico de Loyola (AHL)

Archivo Histórico Nacional de España (AHNE)

## Bibliografía

AGUSTÍ SJ, Vicente (s/f). *Una página de la historia moderna. Clemente Baigorri, ó, fidelidad hasta la muerte. Breve reseña de cómo fueron expulsados los jesuitas de América*. Barcelona: Librería y Tipografía Católica.

ALTAMIRA, Luis Roberto (1949). *Xuárez, Gaspar, Elogio de la Señora María Josefa Bustos: Madre del Deán Funes*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Instituto de Estudios Americanistas, Cuaderno de historia, 15.

BLANCO, José María (1942). *Vida documentada de la sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa, Fundadora de la casa de Ejercicios de Buenos Aires*, Buenos Aires: Amorrortu e Hijos.

BOERO SJ, Giuseppe (1859). *Menologio di pie memorie d'alcuni religiosi della Compagnia de Gesit che morirono in virtu e santità per Giuseppe Antonio Patrignani e continuate ... per Giuseppe Boero*. Roma.

COGHIAN, Eduardo A. (1972). *Historia genealógica de algunos linajes argentinos*. Buenos Aires: ed del autor.

*Colección General de las Providencias hasta aquí tomadas por el gobierno sobre el estrañamiento y ocupacion de temporalidades de los regulares de la Compañia.... Primera Parte*, Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1767.

DOBRIZHOFFER SJ, Martín (1967-1784). *Historia de los abipones, una nación ecuestre y belicosa de Paracuaría*, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste (III).

EZCURRA, Marcos (1980). *Vida de Sor María Antonia de Paz y Figueroa*. Buenos Aires: Ed Difusión.

FERNÁNDEZ ARRILLAGA, Inmaculada Ed. (2001). *Memorias de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España (1767-1768) Manuel Luengo SI*. Alicante: Universidad de Alicante.

FURLONG SJ, Guillermo (1938). *Entre los abipones del Chaco, según noticias de los misioneros jesuitas Martín Dobrizhoffer, Domingo Muriel, José Brigniel, Joaquín Camaño, José Joís, Pedro Juan Andreu, José Cardiel y Vicente [Luis] Olcina*. Buenos Aires: Talleres San Pablo.

- FURLONG SJ, Guillermo (1952). *José Manuel Peramás y su diario del destierro (1768)*. Buenos Aires; Librería del Plata.
- FURLONG SJ, Guillermo (1953). *Pedro Juan Andreu y su carta a Mateo Andreu (1750)*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SJ, Guillermo (1954). *Gaspar Juárez SJ y sus “noticias fitológicas” (1789)*, Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SJ, Guillermo (1963). *Francisco J. Miranda y su Sinopsis (1772)*. Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SJ, Guillermo (1965). *Juan de Escandón SJ y su carta a Burriel (1760)*. Buenos Aires: Ed. Theoría.
- FURLONG SJ, Guillermo (1966). *Ladislao Orosz y su "Nicolás del Techo (1759)*. Buenos Aires: Ed. Theoría.
- GOROSTIAGA SALDÍAS, Leonor (2008). *María Antonia de Paz y Figueroa. La Beata de los Ejercicios (1730-1799)*, Buenos Aires: Editorial Dunken.
- GREÓN SJ, Pedro (1920). *Los Funes y el P. Juárez*. Dos tomos. Córdoba: Biblioteca Funes.
- HANISCH SJ, Walter (1972). *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*. Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello.
- HERNÁNDEZ SJ Pablo (1906). “Los novicios de Córdoba del Tucumán y otros novicios Americanos – Relato de sus pruebas y constancia en seguir la Compañía de Jesús en la expulsión de Carlos III; y sucesos de otros novicios americanos. Ms copiado en el Archivo de Loyola por el R.P. Pablo Hernández SJ en 1902”. *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, Año VI, 1906.
- IZAGUIRRE OFM, fray Bernardino (1908). *Historia de San Francisco Solano*. Tournai (Bélgica): Desclée y Cía.
- MIRANDA SI, Francisco Javier (1916). *Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel. Religioso un tiempo de la abolida Compañía de Jesús y último provincial de su provincia del Paraguay*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- PAGE, Carlos A. (1998). *La estancia jesuítica de San Ignacio de los Ejercicios, Calamuchita, Córdoba. Reconstrucción histórica del último gran establecimiento rural*. Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba.
- PAGE, Carlos A. (1999). *La Manzana Jesuítica de la ciudad de Córdoba*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba y Universidad Católica de Córdoba.
- PAGE, Caros A. (2001). “Gaspar Juárez SJ y su relación inédita sobre la expulsión, en Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba, Año 2, Nº 2.

- PAGE, Carlos A. (2010). “El exilio de los novicios jesuitas de la provincia del Paraguay”. *Archivum*, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica, N°XXVIII.
- PAGE, Carlos A. (2011a). *Siete ángeles. Jesuitas en las reducciones y colegios de la antigua provincia del Paraguay*. Buenos Aires: sb ediciones.
- PAGE, Carlos A. (2011b). *Relatos desde el exilio. Memorias de los jesuitas expulsos de la antigua Provincia del Paraguay*. Asunción del Paraguay: Servilibro.
- PAUCKE SI, Florián (1944). *Hacia allá y para acá (una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767, traducción castellana por Edmundo Wernicke*. Tucumán-Buenos Aires, Tomo III.
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1793). *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum*. Faventiae: Ex Typographia Archii
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1946a). *Vida de seis humanistas*, Traducción de Antonio Ballus y Prólogo de Guillermo Furlong SJ. Buenos Aires: Editorial Huarpes.
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1946b). *La República de Platón*. Traducción al español de Juan Cortés del Pino, Buenos Aires: Ed. Emecé.
- PERAMÁS SJ, José Manuel (2004). *La República de Platón*. Francisco Fernández Pertíñez y Bartolomé Meliá. Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch”.
- SAENZ QUESADA DE SAENZ, Lucrecia (1957). *María Antonia de Paz y Figueroa*. Buenos Aires: Serviam.
- SLAVÓ Ladislao (1984). *El húngaro Ladislao Orosz en tierras argentinas 1729-1767*. Buenos Aires: FECIC.
- STORNI SJ, Hugo (1980). *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma: Institutum Historicum S.I.
- STORNI SJ, Hugo (1967). “Jesuitas argentinos exiliados por Carlos III en 1767”, *Archivum*, N° IX, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina.
- TOMÁS Y ASECIO, Lucas de (1809). *Breve noticia de la exemplar vida del varón apostólico Padre Don Teodomiro Ignacio Díaz de la Vega, sacerdote de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de Sevilla, Fundador de su Real Casa de Ejercicios*. Sevilla: Imprenta de la calle de la Mar.
- VIOTTO, Italo Miguel (1999). “Vida del estudiante Clemente Baigorri”, Córdoba: Congreso 400 años de los jesuitas en Córdoba (3).

## Índice

Introducción .... 3

¿Qué más podemos decir de Gaspar Juárez? ... 5

El personaje, su infancia y juventud ... 10

La expulsión y los novicios ... 15

Gaspar Juárez

Vida del Hermano Joseph Clemente Baigorri de la Compañía de Jesús

Al lector ... 25

PRIMERA PARTE DE LA VIDA DEL HERMANO JOSEPH  
CLEMENTE BAIGORRI DE LA COMPAÑÍA DE JESUS ... 26

Capítulo 1º.- Su nacimiento y su educación en las escuelas ... 26

Capítulo 2º.- Estudia filosofía y teología y hace de colegial una vida  
ajustada ... 34

Capítulo 3º.- Entra en la Compañía y da las primeras pruebas de  
constancia en su vocación religiosa ... 41

Capítulo 4º.- Parte de Córdoba a Buenos Aires: lo que padeció en el  
viaje y lo que sucedió en aquel puerto ... 51

Capítulo 5º.- Navega a España y lo que pasó en el Puerto de Santa  
María ... 5

Capítulo 6º.- De otros casos más en particular que aquí le  
sucedieron ... 64

Capítulo 7º.- Su ida a Jerez, la división de los Novicios y las demás  
cosas que allí sucedieron ... 70

Capítulo 8º.- Quitarle la sotana en el convento del Carmen: retorna al  
Puerto de Santa María y se embarca para la Italia ... 76

Capítulo 9º.- Navega por el Mediterráneo y lo que en esta navegación  
sucedió: llega a Roma, donde vuelve a vestir la sotana ... 81

Capítulo 10.- Su viaje de Roma a Faenza y lo que aquí observó ... 88

Capítulo 11°.- Su enfermedad y muerte dichosa ... 92

SEGUNDA PARTE DE LA VIDA DEL HERMANO JOSEPH  
CLEMENTE BAIGORRI DE LA COMPAÑÍA DE JESUS ... 99

Capítulo 1°.- Sus deseos de padecer a imitación de Christo y de alcanzar la perfección ... 99

Capítulo 2°.- Su perfección en la observancia de las reglas y votos y principalmente de su pobreza ... 106

Capítulo 3°.- Su perfección en la observancia de la castidad, y obediencia ... 110

Capítulo 4°.- Su humildad y su conformidad con la voluntad de Dios ... 113

Capítulo 5°.- De su amor, y aprecio a la Compañía de Jesús y de su constancia en su vocación religiosa ... 119

Capítulo 6°.- Su devoción a la Virgen Maria y a Cristo Sacramentado .... 125

Capítulo 7°.- Ponense últimamente dos informes de dos con-novicios del Hermano Baigorri; dos cartas, y una Instrucción escritas del mismo Hermano ... 132

Apéndice ... 136

Fuentes y Bibliografía ... 147

Índice ... 150

En el valioso acervo documental y bibliográfico del Archivo de Loyola en Aspeitia, se encuentra un texto inédito del jesuita santiagueño Gaspar Juárez. Desarrolla la vida de un singular joven que siendo novicio, le tocó transcurrir los aciagos días de la expulsión. Se transcribe aquí íntegramente el texto del Siglo XVIII, con estudio introductorio y notas del doctor Carlos A. Page.

José Clemente Baigorri, cuyo origen familiar se ubica en Navarra, nació en Soconcho, Córdoba (Argentina), en tierras por donde dejó sus huellas el franciscano San Francisco Solano y con ellas las brisas milagrosas por la que transcurrió la niñez del futuro novicio. Incorporado al Instituto y puesto bajo arresto en 1767, fue conducido a España y luego a Italia, donde después de sortear difíciles vicisitudes, muere en Faenza a los 23 años, envuelto en una aureola de santidad, por lo que el famoso P. Manuel Luengo, lo comparó con San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kotska. Pero no eran tiempos de distinciones eclesiásticas para jesuitas y su vida quedó olvidada hasta que hoy, después de más de dos siglos, se pone a consideración de los lectores. Sin tumba que visitar, ni pretensiones de placas recordatorias, ni mucho menos monumentos; pues no fueron hombres que necesitaran de esas frivolidades, aunque construyeron un pasado digno de ser recordado y emblema cultural que llevamos en parte de esa memoria etérea que conforma nuestra identidad como personas.

**Carlos A. Page** es Arquitecto y Doctor en Historia. Investigador Independiente del CONICET con sede en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS).

Fue becario de la Fundación Carolina, dos veces del Ministerio de Cultura de España, e investigador invitado del CNR (Consiglio Nazionale delle Ricerche de Italia) y del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España).

En la función pública fue director de Patrimonio Cultural de la Municipalidad de la ciudad de Córdoba (2000-2002) y director del Museo Histórico Provincial "Marqués de Sobremonte" (2002).

Organizó y participó en numerosos congresos internacionales y publicó más de 20 libros, algunos en coautoría con Ramón Gutiérrez, Marcela Aspell, Sonia Berjman, Nani Arias Incollá y Luis Tognetti. Además de alrededor de 200 artículos en revistas científicas y de divulgación en Argentina, España, Estados Unidos, Suiza, Bolivia, Paraguay, Italia, Brasil y Colombia.

Báez  
qwertyuiopasdfgh  
jklñzxcvbnmqwrt  
uioqpqwertygfjdh  
ediciones



978-950-789871-4